



CRÓNICA HISPANO-AMERICANA

POLITICA, ADMINISTRACION, CIENCIAS, LITERATURA, ARTES, AGRICULTURA, COMERCIO, INDUSTRIA, ETC., ETC.

COLABORADORES: Señores Amador de los Ríos, Alarcón, Arce, Sra. Avellaneda, Sres. Asquerino, Auñón (Marqués de), Álvarez (M. de los Santos), Arnó, Ayala, Alonso (J. B.), Araquistain, Anchorena, Albuerno, Ardanaz, Ariza, Arieta, Balaguer, Baralt, Barzanallana (marqués de), Becerra, Benavides, Bona, Borao, Borrogo, Bueno, Bremon, Breton de los Herreros (Manuel), Blasco, Calvo Asensio (D. Pedro), Campoamor, Camus, Canalejas, Cañete, Castelar, Castro y Blanc, Cánovas del Castillo, Castro y Serrano, Calavia (D. Mariano), Calvo y Martín, Cazorro, Cervino, Cheste (Conde de), Collado, Cortina, Corradi, Colmeiro, Correa, Cuesta, Cueto, Sra. Coronado, Sres. Calvo Asensio (D. Gonzalo), Callamaque, Dacarrete, Diaz (José María), Dardín, Duque de Rivas, Echevarría (J. A.), Espín y Guillén, Estrada, Echevarría, Equilaz, Kacozura, Estrella, Eulate, Fabié, Ferrer del Río, Fernández y González, Fernández Guerra, Fernández de los Ríos, Ferrn Toro, Florea, Figueroa, Figueras (Augusto Suarez de), García Gutiérrez, Gavarrón, Galvete de Molina (D. Javier), Graells, Giménez Serrano, Giron, Gomez Marin, Güell y Renie, Guisvenza, Guerrero, Inciarte, Hartsenbusch, Irriarte, Zapata, Janer, Labra, Larra, Larrañaga, Lasala, Lezama, Lopez Guizarro, Lorenzana, Lorente, Lafuente, Macanaz, Martos, Mata (D. Guillermo), Mata (D. Pedro), Masé y Pláquer, Marelo, Montesiros, Molins (Marqués de), Muñoz del Monte, Ochoa, Olavarría, Orgaz, Ortiz de Pinelo, Olveaga, Palacio, Pasaron y Lastra, Pascual (D. Agustín), Perez Galdós, Perez Liria, Pi y Margall, Poiré, Reinoso, Retes, Revilla, Ríos y Rozas, Rivera, Riquero, Romero Ortiz, Rodríguez y Muñoz, Rodríguez (G.), Ross y González, Ros de Olano, Rossell, Ruiz Aguilera, Sagarmínaga, Sanz Perez, Sanz, Salvador de Salvador, Salmeron, Sanromá, Selgas, Segovia, Serrano Alcazar, Sellés, Tamayo, Trueba, Tubino, Ulloa, Valera, Velez de Medrano, Vega (Ventura de la), Vidart, Wilson (baronesa de), Zapata, Zobel, Zaragoza, Zorrilla.

PRECIO DE SUSCRICION.  
 España: 6 pesetas trimestre, 20 año.—Europa: 40 francos por año.—Ultramar: 12 pesos fuertes oro por año.

PRECIO DE LOS ANUNCIOS.  
 España: 4 rs. línea.—Resto de Europa: 1 franco línea.—Ultramar: 4 rs. senillos línea.—Reclamos y comunicados precios convencionales.

Madrid 28 de Setiembre de 1882.

La suscripcion en provincias se hará, como en Madrid, en las principales librerías, y directamente en nuestras oficinas, acompañando su importe en libranzas del Giro Mútuo, letras, ó sellos de Comunicaciones; optando por este medio deberá hacerse bajo certificado.

Redaccion y Administracion, Jacometrezo, 65.

SUMARIO.

Revista general, por Hoe.—Filipinas; criaderos auríferos de Mindanao, por D. Enrique Abella y Casatiago.—Las Repúblicas hispano-americanas, por D. Eusebio Asquerino.—No habrá guerra, por D. P. Ruiz Albistur.—Autores alemanes, por D. José María Pellozo.—Un episodio en ferrocarril, por D. Héctor F. Varela.—Camilo Desmoulins, por M. Anatolio de la Forge.—Estado comparativo de la mujer bajo el influjo de la legislación pagana y de la cristiana, por D. Ignacio Gomez.—El regreso, por D. Eugenio de Olavarría y Huarte.—Errores de publicistas extranjeros en asuntos hispano-literarios, por D. Antonio M. Duimovich.—Historia de tres secuestrados, por D. Julián Zugasti.—A nuncios.

REVISTA GENERAL.

Ha transcurrido la quincena sin traer nuevos asuntos en que ocuparse la atención pública. El acto del señor duque de la Torre, su actitud como paladín de la Constitución del 69 ante los ministeriales, defensores acérrimos de la del 76, que juzgan inviolable; la manera que tienen de considerar ese acto los políticos más importantes, y discusiones sobre el procedimiento más ventajoso y menos dado á perturbacion que habría de seguirse si la corona, aceptando el programa del general Serrano, se decidiera á llevar á cabo la reforma constitucional, han sido las cuestiones sujetas al debate, debate sostenido por los periódicos ministeriales y de oposicion, para el cual se ha aprovechado la última fase de estas vacaciones parlamentarias, que se nos anunciaron como campo de una gran campaña administrativa, cuyos efectos, sin embargo, no ha visto el país. El verano agoniza; el calor ha desaparecido de nosotros, y bien pronto, cuando la corte regrese de su expedicion veraniega, vamos á entrar en un gran período de actividad; período que, á juzgar por los preparativos, será en extremo fecundo en acontecimientos de trascendencia.

Todos los ilustres personajes cuyas primeras impresiones acerca de las declaraciones del ex-regente, apuntamos en nuestra última Revista, se han ratificado en ellas. Desde Cánovas á Ruiz Zorrilla todos acogen con benevolencia el ensayo y le prestan su incondicional concurso. Y es que la Constitución del 69 ejerce tan mágico influjo sobre todos los liberales españoles, que en su altar se sacrifican todas las diferencias, se deponen todos los ódios, y se funden en una todas las aspiraciones. Porque ese Código insigne es obra de todos ellos, fruto de aquella gloriosa revolucion de Setiembre que consumó nuestra regeneracion política y dió vigor á nuestras fuerzas, y dió ideas á nuestros cerebros, haciéndonos entrar en el concierto de los pueblos europeos; y como obra de todos ellos, es de todos ellos querida y apreciada, y

ni las contrariedades, ni las desgracias, ni la diversidad de apreciaciones que más tarde ha separado elementos unidos hasta entonces, han bastado á borrar de sus almas el recuerdo de aquellos días gloriosísimos en que España trabajaba para el porvenir.

Grato es volver la vista á aquellos tiempos, inmediatos á una victoria, victoria sin torrentes de sangre, sin lucha encarnizada, porque el enemigo huyó á los primeros disparos despues de encomendar su suerte á una sola batalla, y el país entero estaba unido en un solo deseo, el deseo de libertad. La luz que á torrentes irradiaba en el horizonte cegó los ojos de muchos que no vieron las espinas ni las asperezas del camino y juzgaron fácil la ascension peligrosa y expuesta que la nacion debia hacer para volver á la cumbre de que el absolutismo la habia derribado. Aquel período de nuestra historia es un período de confianza para todos los liberales; la Constitución que en él elaboraron contenia la cifra de sus aspiraciones, el logro de sus ideales: el cambio de un solo artículo hacia entrar en ella al mismo partido republicano. Es tambien un período de fuerza, un período de vida, en el cual la nacion despertaba del letargo en que tantos años habia estado sumida, y despertaba joven, vigorosa, libre, llena de fé y de esperanza.

Estas viejas memorias evoca en la mente de todos la Constitución del 69. De aquí, pues, esa unanimidad de pareceres que ha saludado la tarea que se ha impuesto el duque de la Torre.

Una carta escrita á un periódico republicano por inspiracion del Sr. Ruiz Zorrilla, ha venido á corroborar el juicio que en España se tenia sobre su manera de apreciar el acto del general Serrano. Dicese en esa carta que «si la Constitución del 69 se plantease íntegra y sin modificación del art. 110, el Sr. Ruiz Zorrilla, consecuente con sus ideas de siempre, consideraría como un crimen la revolucion desde el momento en que quedasen abiertas las puertas de la legalidad, y entendiendo que la libertad es tan solo un medio, se serviría de ella para demostrar que este es incompatible con la monarquía, y para hacer ver que los republicanos somos los más en la nacion española.»

El Sr. Márto, que llegó el 25 á Madrid ha hecho declaraciones en idéntico sentido.

Cree, en efecto, segun se habia dicho, que si el general Serrano persevera en su actitud de hoy, tendrá muy pronto á su lado la mayor parte del radicalismo; es decir, todos aquellos que han considerado siempre como accidental la forma de go-

bierno y han dado la importancia debida á los principios siempre defendidos por la democracia. Considera como de grandísimo y vital interés para el país y para los intereses generales de la democracia el mantenimiento del programa publicado en *El Imparcial*. En cuanto á su actitud personal, el Sr. Márto, fiel á sus opiniones republicanas, y sin abandonar el campo en que milita, prestaría todo su apoyo á la situacion que para el desarrollo de ese programa se formase.

Es inútil, despues de esto, encarecer la importancia del acto llevado á cabo por el general Serrano, y bien lo conocen así los periódicos ministeriales, que, fieles á la consigna recibida, argumentan sobre los peligros de un período constituyente y lo innecesario de plantear el código revolucionario, atendido á que el Gabinete actual piensa llevar el espíritu de aquel á las leyes orgánicas próximas á redactarse, argumento que ni siquiera vale la pena de discutirse, porque parte de la base de esa amalgama monstruosa de espíritu y letra distintos, peregrina teoría inventada por los fugitivos de la república, como medio seguro de alcanzar un poder que de otro modo tal vez no hubieran conseguido. En España, que es el país de las sorpresas políticas; aquí, donde todo parece tomarse en broma por los mismos á quien la gravedad debia ser impuesta, la fusion nos reservaba este contraste delicioso, que forman el Sr. Cánovas aceptando la Constitución del 69, y el Sr. Sagasta oponiéndose á su restablecimiento.

¡Coincidencia singular! Hoy, 28 de Setiembre de 1882, hace catorce años que se llevó á cabo la Revolución inmortal que todo buen español acata y venera como una gloria de la libertad; desde entonces acá, grandes acontecimientos han trastornado el seno de la patria, grandes crisis han removido el país; se han ensayado sistemas de gobierno; se han sucedido instituciones; se ha verificado la restauracion; y pasado este tiempo, precisamente cuando parecian perdidas todas las conquistas hechas, hé aquí que son los mismos servidores de Don Alfonso los que van á buscar el Código memorable de aquella revolucion, tratando de encontrar en él la fuerza que la restauracion cree necesaria para su afianzamiento. Si; la Revolución de Setiembre vive, palpita, se agita en nuestras conciencias, y el hecho de Sagunto no es más que un paréntesis en su carrera; no ha muerto como publicaron sus enemigos, los mismos que hoy declaran aceptarla para gobernar con ella desde las alturas del poder.

En vano han hecho otra ley fundamental; á los seis años la juzgan impotente, porque no ha lo-

grado acallar los odios, disipar las desconfianzas, y juzgan lo expuesto que es ese estado de cosas al afianzamiento de la dinastía. Los que procedemos de la revolución, seguimos sus leyes y conservamos su culto, estamos, pues, de enhorabuena. La restauración viene á nuestro campo á pedirnos nuestro apoyo: demostremos al país que su existencia no es compatible con los principios democráticos, y después la voluntad nacional, imponente, avasalladora, hará lo que aún le quede por hacer.

\*\*

Tenían razón, y con sobrado fundamento se expresaban los que decían que en las cuestiones que con el Oriente se rozan nunca pueden hacerse cálculos, pues los hechos con su brutal elocuencia desmienten las afirmaciones más convincentes, y destruyen las hipótesis mejor sentadas. Razas aquellas que han llegado á su más alta degradación política, el éxito es único señor á quien servilmente rinden párias. Aman hoy lo que ayer aborrecían; respetan ahora lo que hace solo un instante despreciaban; y de la misma manera fabrican ídolos y los levantan á las nubes, que los derrocan y los revuelven por el lodo. Signo es este de fatal decadencia, de próxima muerte; y las razas, como los individuos que lo presentan, no tardan en desaparecer de la tierra, que todo lo abyecto, todo lo bajo, todo lo servil parece como que repugna á la naturaleza, y es para ella una rémora que destruye, porque se opone á su perfeccionamiento. Si no hubiera otra razón para profetizar el desmembramiento del gran Imperio mahometano, y la ruina de esa religión que tan pujante nació y cuyo crimen es haber permanecido estacionaria, bastaría esta sola para conjeturar harto cercano el desenlace del drama que la Europa ha de terminar sangrientamente.

No tiene otra explicación lo acontecido en Egipto. Cuando más pruebas de valor y de pericia militar estaban dando los rebeldes; cuando Wolseley, con sus exageradas precauciones incurria en el desagrado de su patria y daba á sus enemigos una importancia que, por lo visto, estaban lejos de tener; cuando había en Europa quien, simpatizando con la causa de Arabi, esperaba una fuerte resistencia, y llegaba á ver á los ingleses ganando palmo á palmo y alfombrando con sus soldados muertos de fatiga el camino que separa Kassassin del Cairo; cuando en todos los tonos se decía que las líneas de Kafr-Dawar eran inexpugnables, y se había hecho notar la existencia de un partido nacional vigoroso, fuerte, que se alzaba lleno de vida volviendo por la independencia de su patria, hé aquí que el telégrafo sorprende á todo el mundo con una noticia de tal magnitud que en los primeros momentos las mismas Agencias que la transmitían se negaban á concederle entero crédito. Una batalla de unas cuantas horas había bastado á decidir la suerte del Egipto. Derrotados los egipcios en Tell-el-Kebir, diéronse á la fuga cual si las tropas de Wolseley fueran torrente asolador á cuya furia nadie osara oponerse.

El pánico trazaba su camino, y terrible mensajero de derrota, les precedía, sembrando el espanto por donde quiera, haciendo vacilar la fé del creyente, sirviendo de arma seductora al traidor, aterrando al leal, y ante la nueva del desastre di siparóse las confianzas de los rebeldes, y el llamado partido nacional que en tantas alharacas prorumpiera, se disolvió como las nubes que forma la niebla durante la noche, y heridas á la mañana por el primer rayo de sol son bien pronto barridas por el viento. En un momento se olvidaron los compromisos contraídos, las obligaciones aceptadas. Las defensas que antes parecían inexpugnables tuvieron por asilo poco seguro, y se abandonaron precipitadamente antes que el vencedor llegara á su vista, como si nadie se atreviera á presentarse ante sus ojos. No vino á reanimar los ánimos decaídos el recuerdo de los pasados combates en que la victoria, siempre indecisa, repugnaba declararse por uno ú otro combatiente, y á los dos sonreía, y de los dos se burlaba, aceptando ó desdenando sus halagos; aquella firmeza, aquella seguridad que de tal modo sorprendieron á Europa manteniéndola en actitud expectante antes de dar su juicio sobre el probable fin de la campaña; aquel valor en el combate, aquel tenaz porfiar por la victoria, que llegaron á imponerse al mismo Wolseley, el viejo vencedor de los Ashantes, y le hicieron tomar toda clase de precauciones antes de proseguir su movimiento, aún á trueque de ser tachado de inválido y de inepto por sus mismos compatriotas;... todo lo que un momento pudo constituir la esperanza de Arabi, ha caído por tierra como ruedan y se pierden, faltas de alas que las sostengan en la altura, las ilusiones de los hombres.

Los soldados han huido, arrojando vergonzosamente las armas que les fueron entregadas para luchar por su independencia, causa la más santa que puede defender una nación; los jefes se han apresurado á arrojarse á los pies del vencedor, regalándole cobardemente una victoria que hubieran debido hacerle comprar á precio de mucha sangre y de costosos sacrificios; los pueblos han acogido la paz como si no hubieran sido ellos los incitadores para la guerra, como si no hubieran sido ellos los que confundieron en una sola la causa santa del Islam y la rebelde causa de Arabi, como si no hubieran sido ellos los que se rebelaron contra el jedive, desconociendo su autoridad y

atreviéndose á desoír las advertencias del sultan, su único dueño y soberano, legítimo descendiente del profeta, cuyas órdenes son como emanadas de Dios mismo. En esta inmensa conmoción, que ha trastornado la índole de un pueblo cambiando su modo de ser, en medio de tantas ruinas como siembran el país y la conciencia, ruinas de fortificaciones y ruinas de sentimientos, solo una figura se mantiene aún enhiesta en el pedestal que las circunstancias tallaron para ella: la figura del dictador.

Digno en su derrota, prisionero de los ingleses cuyo inmenso poder se atrevió á desafiar haciéndose intérprete de una aspiración generosa de su patria, casi en poder del jedive que de hoy más debe la sombra de poder que disfruta á los mismos que cañonearon Alejandría y devastaron el Egipto, Arabi es el personaje más simpático del sombrío drama que acaba de tener tan trágico desenlace. Vencido y maltratado por la suerte, vale muchísimo más que Tewfic, faltar de importancia para conservar su trono y de valor para reconquistarle; más que todo su pueblo, que se ofrece á las miradas de Europa degenerado y pusilánime, indigno de gobernarse á sí mismo y, por el contrario, merecedor de soportar el yugo que le imponga Wolseley; más que los ingleses á quienes él, bárbaro como le llaman, ha enseñado el respeto á las personas y las ciudades y el respeto á la neutralidad del Canal rota por sus enemigos. Los insultos que el mismo pueblo que trató de libertar le dirige, son su mejor apoteosis; la inmerecida desgracia que sobre él pesa, es el Jordan que lavaría sus culpas si tuviera que arrepentirse de alguna mala acción, como ha lavado las de otros muchos personajes históricos, cuya vida era una sola mancha. Sin prestigio, sin poder, sin soldados, metido en un calabozo, bien guardado en una fortaleza, inspira más respeto al mundo, que antes al frente de sus tropas.

Sus aspiraciones eran muy grandes; pero las alas con que se lanzó al espacio eran de cera, y el sol las derretió, y, nuevo Icaro, se vió precipitado en el abismo. Esto no daña en nada á su figura. Hay algo de grande en su resignación, en su caída. Lo ha perdido todo en un día: poder, amigos, partidarios. Y al convencerse de que sus ideas no eran más que un sueño de su espíritu, un sueño generoso, pero irrealizable; al convencerse de que el pueblo noble y libre que él forjó solo existía en su imaginación acalorada, ha desdenado la fuga, el destierro, y se ha dejado prender, cuando tan fácil le hubiera sido escapar en los primeros momentos. Parece que desengañado de las glorias de este mundo, se ha resistido á toda idea de lucha contra el destino que le perseguía, y fatalista como buen mahometano, ha acogido sin resistencia ni murmuración los decretos impenetrables del Altísimo.

Hoy Egipto es de los ingleses. Damietta, cuyo gobernador resistía la rendición de la plaza, la ha entregado por fin. El ejército egipcio ha sido disuelto por un orden del jedive. El pueblo celebra la derrota de Arabi, aclama á Tewfic y festeja á los ingleses Wolseley ha cumplido su palabra: el día 15 de Setiembre la guerra podría darse ya por terminada: el oro de su Gobierno, ó la cobardía de los egipcios, ¿qué importa? han hecho el milagro y han realizado la empresa.

Concluida tan rápidamente la campaña, no puede deducirse de aquí, ni mucho ménos, que ha concluido la cuestión de Egipto. Por el contrario, entra ahora en un período más, mucho más grave que el que acaba de recorrer, porque está sembrado de mayor número de dificultades, y porque los encargados de arreglarle tienen, ya lo hemos dicho, intereses opuestísimos que á cada momento pueden poner sobre el tapete.

Inglaterra es dueña del Egipto: todo el mundo se pregunta ahora con inquietud: ¿qué será Egipto en manos de Inglaterra? ¿Qué planes abriga la codiciosa Albion, que no deja de aprovechar cuantas ocasiones se la ofrecen de asegurar su dominio en el Mediterráneo? ¿Pretenderá ejercer sobre él un protectorado ofensivo para Europa, que no confía mucho en los ingleses, conocedora de sus malas artes? ¿Intentará conservar Alejandría con un pretexto fútil para hacer de esta plaza que tan bárbaramente bombardeó una especie de Gibraltar oriental? Y si esto es así, ¿lo consentirán las demás naciones, Alemania pronta á reclamar su parte en el botín, Rusia, celosa de Inglaterra y enemiga constante del sultan, Italia y Francia, que tienen sus ideales en Africa y que no gustan de encontrarse á Inglaterra en su camino?

Imposible es contestar por hoy á estas preguntas. Ha pasado todavía muy poco tiempo, y los vencedores no han dicho aún su última palabra, así que las naciones europeas no han tenido motivo para formular sus reclamaciones. Solamente la prensa, eco de la opinión, ha planteado estos problemas que pronto los acontecimientos se encargarán de resolver, de seguro á satisfacción de pocos y quien sabe si á disgusto de todos. Opinan algunos que la situación actual de Inglaterra es la misma que la de Rusia cuando terminó la campaña del 76 contra Turquía, y creen que Inglaterra debe someter sus decisiones á un Congreso europeo que podría poner un veto á pretensiones excesivas, como lo hizo en San Estéfano; disienten como es natural, de esta opinión los periódicos ingleses, abiertamente partidarios de que Inglaterra cobre el pre-

cio que ponga á su trabajo, y lo cobre tomando garantías que le aseguren el cumplimiento del contrato.

Los más se declaran por la idea de un protectorado, que reduciendo á Tewfic al triste papel que representan todos los soberanos de los países protegidos por los ingleses, hiciera de Egipto una nueva posesión inglesa. Entre ambas corrientes, es difícil prever cuál prevalecerá. De todos modos, es indudable que ahora comienza la fase más interesante de esta famosa cuestión, tan insignificante en las causas que la motivaron, como importante por las consecuencias que ha producido; cuestión de solución harto difícil, que empezó por el disentimiento de un soberano y un ministro, que provocó el disentimiento entre dos pueblos, y que todavía puede dar margen á una colisión entre las grandes potencias. Pocas veces podrá decirse tan justamente como ahora que las pequeñas causas son las que ocasionan los grandes efectos.

Corto es el plazo que de la solución nos separa, y aun la impaciencia de unos y otros se encargará de acortarlo. Estamos abocados á una gran crisis, á una crisis europea, que conmueva los imperios, rectifique los límites y fije el porvenir de las naciones. ¡Ay de todos si en la discusión que va á entablarse toman la palabra los cañones, y con su voz potente se empeñan en arreglar á su manera la cuestión, porque cuando hablan los cañones lloran los pueblos, y la tierra, amedrentada, se extremece viendo convertidos en campos de muerte y desolación los que creó campos de vida y regocijo!

\*\*

Una pérdida dolorosa para la democracia registra la pasada quincena. Los fieles amigos de las ideas liberales han debido vestir de luto: Saulate ha muerto.

Para todo aquel que sigue con alguna atención la marcha de la política en nuestra patria, el nombre de Saulate es uno de los más conocidos. Donde quiera que se pronunciaba, era sinónimo de firme convicción, de amor á la idea, de pureza de principios, de patriotismo á prueba de desgracias y contrariedades. Nació para la lucha y en medio de la lucha crió, el ilustre demócrata que tantas veces compartió con nosotros los trabajos de propaganda, y hoy duerme tranquilo bajo la losa de un sepulcro, consagró su vida entera al triunfo de sus puros ideales, defendiéndolos con igual firmeza en el periódico, en la tribuna, en el club, en el Congreso; y todos cuantos le conocían estrechaban su mano como se estrecha la de un hombre honrado, y sus mismos adversarios hacían justicia á su talento y á su acendrada consecuencia.

En la Democracia hizo sus primeras armas y libró sus primeros combates. Perteneciente al grupo democrático que abrazó la revolución de Setiembre, sirvió á D. Amadeo de Saboya, y después de la abdicación de éste, aceptó la República, convencido por aquel triste ensayo de lo imposible que es ese ideal generoso que algunos persiguen todavía, que consiste en reconciliar lo que es de suyo antagónico é irreconciliable, los procedimientos democráticos y la institución monárquica, siendo nombrado director general de Administración después del famoso 3 de Enero.

El hecho de Sagunto le hizo volver á su antigua vida de propagandista infatigable, y continuó desde la vanguardia sus constantes ataques á la reacción. Cuando la división por cuestiones de conducta vino á separar á los que siempre habían combatido juntos, á los que juntos habían sufrido y juntos habían gozado en el seno de la democracia progresista, Saulate, amigo particular de Ruiz Zorrilla se declaró partidario de las ideas francamente revolucionarias de este hombre público, y levantó el estandarte de la intransigencia frente al de la legalidad. Su muerte ha sido una verdadera desgracia para el partido republicano. Era un abogado de fácil y elocuente palabra, un polemista de recursos, un político de talento, un hombre probo. Su recuerdo despertará solamente sentimientos de cariño. Ni una sola voz pronunciará su nombre en una frase de odio.

Cuarenta y cuatro años tenía cuando le ha herido la enfermedad, una enfermedad terrible que presenta á los ojos de aquel á quien ataca una terrible disyuntiva: la muerte ó el idiotismo. Saulate, que no lo ignoraba, manifestaba sus temores de recobrar la salud á precio de su razón, y decía constantemente á sus amigos llevándose las manos á la cabeza: —Salvadme esta, que de lo demás me encargo yo. —Prefiero morirme á quedar idiota. —Y el mismo voto hacían sus amigos. Para Saulate, igual que para otro hombre que vive de su inteligencia, la vida que la enfermedad le dejaba entrever es más horrible que la muerte con la cual le amenazaba. El destino oyó sus votos, y Saulate murió llevándose íntegro á la tumba aquel entendimiento poderoso, aquella razón clara que no quería perder y cuya posesión ha pagado con la vida.

Descanse en paz el noble tribuno de la democracia! Méenos dichoso que otros muchos ha muerto antes de ver triunfar sus ideales, pero sus trabajos no han sido estériles. Lo que él ha sembrado, otros lo recogerán, y al recogerle dedicarán un recuerdo al esforzado campeón, que cayó en el campo de batalla antes de conseguir la victoria.

Hoz.

## FILIPINAS.

## Criaderos auríferos de Mindanao.

## EXPLOTACION ORDENADA DE LOS PLACERES.

A pesar de la última circunstancia enunciada, estos placeres pueden, en mi concepto, explotarse con algún beneficio, siempre que los trabajos se dispongan con el orden, economía e inteligencia necesarios en toda explotación minera; pero imprescindible en las de esta índole, donde cualquier descuido puede hacer variar la producción, y por lo tanto los beneficios.

Para lograr este resultado ventajoso, no sería necesario variar de una manera absoluta el método que hoy se sigue en el distrito, porque tiene sus ventajas y su filosofía especial, y sobre todo se amolda a los recursos y circunstancias del país en que se aplica.

Bastaría modificar el método de desenlodamiento y concentración de los aluviones en los *banlāsán*, evitando en lo posible las pérdidas que se experimentan y los períodos de intermitencia anual, que no pueden admitirse en una explotación regular, así como suprimir en absoluto los lavados del *bilingan*, que es donde las pérdidas son más considerables y donde los lavadores pueden sustraer algunas cantidades del metal rico, substituyendo aquellos lavados por operaciones químicas y mecánicas de poco costo y fácil ejecución, y en las cuales intervenga más escaso e idóneo personal.

Así, en primer término, cuando los placeres estuviesen colocados en puntos donde hubiera corrientes de agua próximas y superiores, podrían aprovecharse éstas, siempre que fuera dable conducir las a los puntos de trabajo por medio de obras ligeras y poco costosas; pero cuando esta circunstancia no se presentase, habría necesidad de elevar las del río principal e inferior, hasta la altura del placer, que nunca sería mayor de unos 25 metros, por medios mecánicos apropiados a las circunstancias especiales de cada caso, aunque empleando siempre una instalación ligera y provisional, puesto que a medida que los manchones aluviales fueran agotándose, habría que variar los puntos de arranque y explotación. En segundo lugar, habría que disponer los *banlāsán* de modo que la corriente de agua, una vez dentro de ellos, tuviera menos pendiente, y hacer a la salida un pequeño depósito donde pudieran precipitarse las sustancias más pesadas, que todavía arrastrase el agua, las cuales vendrían a ser arenas de segunda, que podrían a su vez nuevamente lavarse en el mismo sitio, aprovechando la corriente que sale del *banlāsán*, y constituyendo de esta manera otro *banlāsán* también de análogo trabajo. Por último, las arenas ricas recogidas de ambos puntos, deberían trasportarse por medios adecuados a la oficina de beneficio, sometiéndolas allí a la amalgamación en molinos, calderas ó toneles giratorios, para obtener de esta suerte y por destilación el metal rico, cuya afinación podría practicarse, si su ley y las circunstancias del mercado lo requirieran.

El empleo del cloro, por muy ventajoso que haya resultado en otros países, es todavía muy poco práctico en la generalidad de los casos, puesto que necesita instalaciones y manipulaciones delicadas, y el empleo de sustancias, cuya adquisición no sería ni fácil ni ventajosa en el distrito de Misamis.

En conclusión, la regularidad de las operaciones que acabo de indicar, su buena organización, el empleo en ellas de todos los recursos que pueden adquirirse en el país, y el poco coste relativo de sus escasas instalaciones, parece no dejar duda de que podrían explotarse con buen resultado, si no todos los aluviones del distrito, a lo menos aquellos que por su extensión y riqueza lo merecieran.

## CRIADEROS EN ROCA.

Según ya repetidas veces he indicado, los únicos que se conocen, y que en parte se han explotado en el distrito, se hallan en el cerro de Pigholugan y corresponden a la clase de los de contacto ó metamórficos.

**Situación y circunstancias.**—El cerro de Pigholugan está situado en la margen derecha del río Cutman, entre los arroyos ó barrancos de Cabagahan y Pigholugan, constituido por pizarras antiguas y metamorfoseadas, arcillo silíceas y algo esteatíticas, dirigidas de N.N.E. a S.S.O., casi verticales y atravesadas por vetas irregulares de cuarzo aurífero, cuya dirección general es de E. a O., con varias inflexiones que dependen de su misma irregularidad; con buzamiento también sensiblemente vertical y con espesores que varían en 0<sup>m</sup>.04 a 0<sup>m</sup>.20.

El cuarzo viene, en general, muy cristalizado, con numerosas geodas, en algunas de las cuales se encuentra el oro en filamentos y *dendritas*, presentándose también en manchas y planchitas entre los planos de cruceo de la masa de cuarzo de las vetas. Además del oro se encuentran, aunque muy escasamente, entre el cuarzo, planchuelas de piritas arsenical, que es muy probable sea también aurífera, como lo son casi todas las piritas del Archipiélago.

**Restos de explotaciones.**—Las labores que se han hecho sobre estas vetas se reducen a pozos abiertos sobre las mismas, colocados unos a continuación de otros, constituyendo por su conjunto zanjas que señalan la dirección de las vetas que se han trabajado.

Estas labores no han llegado a gran profundidad, pues ningún pozo pasa de 20 metros, a cuyo nivel los obstáculos con que tropezaron los explotadores debieron ser superiores a sus fuerzas y a los medios de que podían valerse. En alguno de los pozos más modernos se comenzaron galerías siguiendo la dirección de las vetas, que bien pronto fueron también abandonadas, porque se excababan, así como los pozos y zanjas, por medio de barras, cuñas y picos, sin el auxilio de la pólvora.

Todas estas labores las encontré completamente derruidas e inaccesibles, revelando por su aspecto que habían sido abandonadas hacia ya algunos años, y siéndome, por lo tanto, muy difícil penetrar en algunas para estudiar las circunstancias más principales de los criaderos.

Los resultados que debieron obtenerse con estas antiguas explotaciones, parece que no fueron ventajosos, sobre todo cuando el trabajo avanzaba sin encontrar geodas ricas que por su aspecto animasen a los mineros. Sin embargo, este mal éxito no puede atribuirse a pobreza de las vetas, pues los medios primitivos de que se valían para efectuar el laboreo, el desorden de los trabajos, la ausencia de organización, y los medios costosos e imperfectos que empleaban para la preparación mecánica y beneficio de las arenas, eran motivos más que suficientes para ello, aun en criaderos de mayor y más probada riqueza.

En esta clase de yacimientos se necesita, más aún que en los aluviones, inteligencia y una organización adecuada, sin la cual jamás podrá conseguirse otra cosa que hacer dudar de la importancia de los criaderos y desacreditar la industria minera, que no puede decirse haya existido allí.

La situación del cerro, rodeado por barrancos profundos en los que ventajosamente podría colocarse la boca de un socavón de reconocimiento, y la existencia y proximidad en la misma base del cerro del río Cutman, con suficiente caudal de agua que podría utilizarse, tanto para servir de fuerza motriz como para los lavados necesarios, hace que las circunstancias de estos criaderos sean bastante ventajosas y merezcan por lo tanto una investigación formal de su riqueza, emprendida con la inteligencia y tacto necesarios; pues no debe olvidarse que de los criaderos auríferos en roca, las vetas de contacto suelen proporcionar más ventajosa explotación que los filones caracterizados.

De todo lo dicho puede deducirse:

1.º Que en el distrito de Misamis existen criaderos auríferos de dos clases: *Placeres* en las cuencas hidro-geológicas de los ríos Bucalan, Iponan, Cagayan, Bigaan y Bugsug, y vetas en el cerro de Pigholugan.

2.º Que de estos yacimientos, los placeres son hoy los únicos, y han sido siempre los principales productores de oro en el distrito.

3.º Que los placeres más importantes por su extensión y riqueza media son los de la cuenca del río Iponan, y por la riqueza y calidad del oro los de la cuenca del río Cagayan.

4.º Que las vetas de Pigholugan tienen una riqueza todavía desconocida a pesar de haber sido trabajadas en cierta zona superficial.

5.º Que los placeres del Iponan y los del Cagayan son explotables con utilidad, siempre que los trabajos se conduzcan con la inteligencia necesaria.

6.º Que para ello debe modificarse parcialmente el procedimiento usado en el país, y sustituir en absoluto el *bilingan* con una amalgamación bien entendida.

7.º Que las vetas de Pigholugan son dignas por su situación y circunstancias de una investigación inteligente, que puede hacerse sin grandes gastos.

## ITINERARIOS GEOLÓGICOS.—OBSERVACIONES TOMADAS AL PASO EN LOS VIAJES HECHOS A LAS COMARCAS AURÍFERAS DE MISAMIS.

Las escasas observaciones que tuve ocasión de hacer en los viajes a las comarcas auríferas del distrito de Misamis, no pueden verdaderamente constituir, según dije en la Memoria sobre los criaderos auríferos, una descripción geológica de la comarca que aquellos abrazaron, porque para esto hubiera sido preciso ampliar mis investigaciones en el campo, extendiéndolas en otros sentidos; y no me creía autorizado para hacerlo, dado el objeto especial de la comisión que se me había confiado.

Escasas, aisladas, y de poco valor como son, las expongo, sin embargo, en el mismo orden en que las he recogido, casi como las encuentro en mi cartera de campo, con algunas apreciaciones que después me ha sugerido la determinación petrológica y paleontológica de las muestras recogidas, sin pretensión alguna, sin atribuirles una importancia que no pueden tener, y sólo para que personas más ilustradas y competentes en la materia las amplíen y rectifiquen en lo sucesivo.

## DE CAGAYAN A PIGTAO, PASANDO POR IPONAN, SAN SIMON Y TAGSULIP.

La cabecera ó capital del distrito está situada en la margen derecha del río de su nombre, sobre el valle que, abriéndose un poco más al S., se extiende hasta el mar para reunirse al E. y O. con la terminación de los correspondientes a los ríos Bigaan, Cutman, Iponan y Bucalan, y formar el litoral del S. de la bahía ó seno de Marajalar.

Este valle está constituido por lechos delgados,

sensiblemente horizontales, de arenas y arcillas calíferas, que a medida que se avanza hacia el mar van adelgazando, y al mismo tiempo substituyéndose por las calizas madreporicas tan abundantes en aquellas costas. Estas madreporas están cubiertas en ciertos puntos con arenas y restos de moluscos, formando playas muy pendientes en general por esta parte; y en otras con un légameo arcilloso y también calizo que se deposita en los terrenos bajos de las marismas y manglares que el mar cubre en sus altas mareas.

El río junto a Cagayan tendrá unos 100 metros de ancho y es necesario atravesarlo en barca, porque es de bastante fondo, para tomar en la opuesta orilla la calzada de Iponan, que sólo está terminada dentro del valle de Cagayan. Al abandonarla se empieza a subir unas lomas de suave pendiente, que se elevan como 15 metros sobre el valle, y forman por esta parte la divisoria entre los ríos Cagayan e Iponan.

Dichas lomas, de composición margosa y de color amarillento, se distinguen del terreno del valle atravesado, no sólo por su distinta composición petrológica y facies especial, sino también por su aspecto monótono y árido, desprovisto del arbolado y de los terrenos de labor que se ven en el valle de Cagayan que acaba de atravesarse.

Al trasponerlas se baja al valle opuesto del río Iponan, cuyo cauce, de poco fondo, se vadea para llegar al pueblo del mismo nombre, situado en la margen izquierda a algunos minutos de su desembocadura en el mar.

Ya describí, en la Memoria sobre los criaderos de este distrito, el cauce y el lecho aurífero del río: en cuanto al valle que forma, presenta, en su desembocadura sobre todo, análogas circunstancias y composición semejante al de Cagayan.

El camino a Tagsulip tuerce al S. dentro de este valle, paralelamente al río, hasta llegar a San Simon, que es donde precisamente empieza a estrechar, abandonándolo después para subir los cerros que al O. lo limitan.

En la subida se encuentra primero una caliza de estructura algo cavernosa, con circunstancias de yacimiento que no pueden aquí apreciarse, porque sólo asoma en algunos puntos, muy cubierta de numerosos cantos sueltos desprendidos de un banco ó capa de conglomerado que más arriba se encuentra. Este conglomerado es de cemento esencialmente calizo, aunque algo arcilloso también, de color gris, con cantos oscuros muy redondeados y de diversos tamaños, de rocas serpentinosas, pizarras arcillosas antiguas y rocas traquíticas de diversos tipos. Puede, pues, designarse este conglomerado con el nombre de *gonfolita* (*nagelstuhe*) verdaderamente característica. En esta subida es también imposible apreciar con mediana exactitud sus circunstancias de yacimiento.

Sobre el conglomerado, y ya en la parte superior de dicha subida, se encuentra un depósito de margas arcillosas amarillentas, poco consistentes, semejantes en un todo a las que constituyen las lomas de la divisoria entre el Cagayan y el Iponan. El camino sigue después al S. S. O., a través de cerros de una monotonía y aridez impropios de países de tan variada vegetación tropical: monotonía que sólo interrumpen a derecha e izquierda los arroyos y depresiones que se señalan por líneas sinuosas de arboleda, que parecen dibujar la fotografía del país.

Estas líneas de agua, que no siempre la contienen, se dirigen al Iponan las de la izquierda y al Bucalalan las de la derecha; de suerte que el camino marcha próximamente por la divisoria de ambos ríos, subiendo y bajando una serie de lomas, cuyo conjunto da un carácter especial a la configuración de esta comarca.

En algunas de las bajadas se descubre á veces un conglomerado semejante al que se presenta en la subida de San Simon; pero en corta extensión y tan confusamente, que no permite apreciar ni la dirección ni la inclinación.

En el punto del camino llamado Mamilog, como a unos 3 kilómetros antes de llegar a Tagsulip, encontré un pequeño afloramiento de asbesto, que me llamó la atención por presentarse intercalado en este terreno que, por sus caracteres hasta ahora conocidos, no podía considerarse muy antiguo, como suelen serlo los que presentan aquel mineral. No pude, pues, dejar de detenerme un instante para averiguar las relaciones de este asbesto y el terreno que lo contenía; con cuyo objeto hice abrir en el mismo afloramiento una pequeña cata, que dejó ver dicho asbesto formando un núcleo completamente aislado entre las margas que lo envolvían, como si al depositarse éstas hubiese sido arrastrado a aquel lugar y envuelto por sus sedimentos. Sin embargo, el arrastre no debió ser de gran distancia, á juzgar por la forma del trozo de asbesto y lo bien conservado de la estructura fibrosa, siendo muy extraño que estos sedimentos margosos no contuviesen otra clase de materiales de transporte, aunque fueran más pequeños, ya que no tuvieran un volumen semejante. Después de esta particularidad, ninguna otra circunstancia digna de llamar la atención presenta el camino hasta llegar a Tagsulip (Nuevo Pigtao).

Está situado este pueblo en una llanura compuesta de las mismas margas amarillentas, limitada al N. y al S. respectivamente por algunos cerros cuya composición y circunstancias me propuse examinar con cierto detenimiento, aprovechando para esto la estancia que tenía que hacer en dicho pueblo.

Los cerros, que son esencialmente calizas, presentan esta roca con aspectos distintos que forman otras tantas variedades muy dignas de notarse, puesto que por ellas puede deducirse alguna circunstancia que revele la edad de esta formación.

En la cortadura del cerro situado al E. S. E. de la casa tribunal del pueblo, se encuentra una caliza gris blanquecina, compuesta casi totalmente de restos fósiles; áspera al tacto, porque también contiene granos ó trocitos de pizarras de varias clases, con otros elementos duros, constituyendo, por lo tanto, una *gonfolita fosilífera* de elementos muy ténues, que pudiera clasificarse como un término medio entre esta roca y la llamada *maciño* ó, todavía mejor, arenisca terciaria denominada *molasa*.

Un poco más al E. dicha caliza se hace más blanca, toma una estructura más homogénea y presenta en varios puntos de su masa núcleos concrecionados, esféricos ó cilíndricos, claramente cristalinos, con tubuluras interiores que podrían atribuirse á animales análogos á larvas (1), puesto que indudablemente esta cristalización solo puede atribuirse á una influencia orgánica, más fácil de comprobar que de explicar (2), atendiendo á que, en efecto, antes y despues de estas concreciones cristalinas, en el contacto, dentro de ellas mismas, se presenta la caliza con fósiles y sin indicios de haber sufrido metamorfismo de ninguna especie.

Estas variedades de caliza cristalina, se presentan también en otros muchos puntos de los cerros que rodean al pueblo, y en algunos de ellos han quedado al descubierto, sobresaliendo de la superficie concreciones más cristalinas, que por esta circunstancia han resistido mejor los agentes erosivos y de descomposición atmosférica, afectando formas caprichosas, estalagmíticas, semejantes á tiestos ó macetas, en cuyo interior se ha reunido cierta cantidad de tierra vegetal, produciendo vegetaciones de diversas clases.

Los fósiles contenidos en esta caliza se presentan muy deformados, confusos, incompletos y totalmente indeterminables, atendidos los escasos elementos que para este objeto cuenta la Inspección de Minas. Sin embargo, puede arrancar aislado y ménos deformado que los restantes medio individuo, que despues de algunas dudas, nacidas de mi insuficiencia, de la falta de buenos tipos que consultar y de lo incompleto del mismo fósil, creí poder clasificar como perteneciente al género *turbidolia*. A pesar de esto, la sola determinación del género, si estuviera fuera de toda duda, bastaría para asignar á la formación que estoy describiendo la edad que le corresponde en la serie de los terrenos, colocándola en el terciario medio ó mioceno.

Los caracteres petrográficos que acabo de indicar y los que todavía he de señalar en las capas que corresponden á este mismo horizonte geológico; la fásis general que éste presenta; su situación, su configuración y la mayor parte de todos sus detalles, parecen corroborar el anterior aserto acerca de la edad de esa formación, y una vez admitida, el no ménos importante, aunque haya sido ya comprobado en otros lugares, de la igualdad, ó mejor dicho, identidad completa que presentan los depósitos de este terreno con sus similares de otras latitudes más templadas.

Mientras otros datos y comprobaciones más detenidas no rectifiquen esta determinación, dudosa y todo como es, la consideraré verdadera, aunque provisional, calificando por lo tanto las calizas, margas y conglomerados como pertenecientes al terreno terciario medio ó mioceno.

Una circunstancia muy digna de mención puede observarse en estos cerros, que despues ví repetida en otros lugares de la misma formación y de las adyacentes en los itinerarios á Munigue, Quiliut y Tagiptip, con caracteres más marcados, que me permitieron explicarme su origen.

Sobre estos cerros, sin orden ni concierto, encontré unos cantos, algunos de gran tamaño, blancos, de estructura celulosa, que al primer aspecto se semejaban bastante á las calizas que acabo de describir, pero que mejor examinados resultaron ser de una materia feldespática, con cristalizaciones en las celdas de la masa, probablemente zeolíticas y con todos los demás caracteres de rocas volcánicas modernas. ¿Cómo aparecieron estas rocas volcánicas en estos cerros? En el itinerario de Cagayan á Munigue, donde encontré otras rocas semejantes, pero más características y abundantes, pude explicarme mejor el único origen que indudablemente tiene.

Continuando el itinerario, al abandonar el pueblo de Tagsulip en dirección á Pigtao, al O. S. O. se pasa en el primer kilómetro por una llanura cuyas arcillas muy rojizas revelan la presencia del óxido férrico, y en efecto, á las inmediaciones de la senda, no lejos del pueblo, hay un pequeño manantial de agua ferruginosa.

Bajando luego al punto de unión del río Tagsulip con el arroyo Lumayagan, se encuentra un vallecito, limitado al E. por una cortadura acantilada, en la cual se ven en estratificación concordante las margas y calizas ya descritas, con una dirección casi de E. á O. y buzando 35° al N. La mayor parte de esta cortadura, que tendrá unos 20 metros

de elevación, está constituida por una caliza gruesa semejante á la de los cerros de Tagsulip.

Una vez pasado el arroyo Lumayagan, se encuentran á la derecha del camino una serie de cantos redondeados de cuarzo y mineral de hierro de varios tamaños, y colocados los mayores debajo y los más pequeños encima, de una manera tan regular y graduada como si fueran arreglados por la mano del hombre; pero los guías me aseguraron que nadie los había tocado nunca.

Un poco más adelante se encuentra, también á la derecha del camino, una depresión del terreno á manera de gran zanja ó trinchera, abandonada ya de antiguo, en cuyos bordes se observan asimismo numerosos cantos, aunque no tan grandes ni tan ordenadamente colocados, de cuarzo y de un hierro oligisto que á sus inmediaciones había.

Siguiendo el camino se encuentra, antes de bajar al arroyo Maglipulá, otro corte natural del terreno en el que aparecen los conglomerados con la dirección N. 70° O. á S. 70° E. é inclinación de unos 45° al N. 20° E.

Pasando este arroyo, y antes de llegar á otro de más consideración, llamado Quintousan, se encuentra otro corte acantilado cuya parte superior está constituida por margas en unos 8 metros, y debajo hay unos 15 metros de conglomerados; teniendo unas y otras capas la dirección é inclinación que acaba de indicarse en el corte anterior. En el cauce del río Quintousan se encuentran calizas de color más oscuro que las citadas anteriormente y más tenaces.

Al subir la ladera opuesta desaparecen estas calizas, presentándose las margas tan repetidamente citadas; y aunque en este punto aparecen más compactas y homogéneas, son más arcillosas y mucho más blancas, cambio debido á la pureza de la arcilla. La dirección de esta capa de verdadera arcilla esmética es casi de E. á O., con una pequeña inclinación ó buzamiento al N.

Se atraviesan luego los arroyos Lagundang, Naugalion, Tuigalan y Malino, sin encontrar más que las margas y á veces los conglomerados, con el carácter constante de esta formación.

A medida que se avanza, el país se presenta más quebrado y escabroso, viéndose á la derecha del camino cerros cubiertos de espeso arbolado, que van separándose y elevándose hasta perderse en las montañas que se descubren á lo lejos.

Se llega por fin al arroyo Danipiás, cuyo curso se sigue en una bajada de gran pendiente hasta llegar al río Pigtao, por el cual también sigue el camino, atravesándolo muchísimas veces, y encontrando algunos cortes naturales que ponen al descubierto el conglomerado, con direcciones que se aproximan al rumbo N. 60° E. á S. 60° O. y buzamiento de 30° al N.N.O.

El lecho del río está constituido en su totalidad por cantos de este conglomerado y grandes trozos desprendidos del mismo en el centro de la corriente, los cuales han formado luego en ella aterramientos que dividen el río en varios brazos.

Por último, á un kilómetro próximamente de su desembocadura en el Iponan, se abandona el río Pigtao y se entra en el manchón aluvial aurífero del mismo nombre, que ya he tenido ocasión de describir detalladamente.

Atravesando el caserío ya destruido y abandonado del antiguo pueblo, y bajando al cauce del río Iponan por el O. frente á Camingauan, según río arriba el curso del Iponan, con el objeto de visitar los manchones de Camingauan, Tagbagbag y reconocer en lo posible la orografía y circunstancias de esta comarca, ya no tan fácil de recorrer, porque en ella la casi totalidad de los terrenos están cubiertos de frondosa vegetación, y á un bosque, que hace muy penoso su acceso y paso, fuera del cauce del mismo río, que es el camino transitable en los meses de seca, á pesar de lo pedregoso de su lecho.

En este reconocimiento encontré primero, en la misma ladera en que está Pigtao, río arriba, cerca de la cañada de Cayomangon, los conglomerados con una estratificación muy confusa, cuyo arribamiento no me fué posible tomar; pero un poco más arriba, en Cambarong, se presenta un corte de esta misma roca, en el que pude apreciar una dirección de E. á O. y un buzamiento inverso á los observados anteriormente, puesto que es de unos 25° hacia el S.

En el resto del trayecto recorrido, unos 5 kilómetros río arriba, no se ve en los puntos en que la vegetación deja descubrir las laderas, sino los mismos conglomerados de siempre, más ó ménos descompuestos, con sobreposiciones, en algunos puntos altos, de las margas amarillentas tan repetidamente citadas.

Bajando el río, desde el mismo punto frente á Camingauan, se encuentra á la derecha el valle de Dumagdog, y luego, en la misma margen, las estribaciones de un monte llamado Juayas, de composición distinta á la observada hasta ahora. Se ven en su base, recorriendo el río, primero unas pizarras arcillosas negruzcas que se dirigen de N. 50° O. al S. 50° E., buzando de 70° á 80° al N.E.; estas pizarras van tomando luego carácter talcoso y presentan colores claros; pero despues asoman unos lechos de estas mismas pizarras con cantos no muy grandes en su masa algo esteatítica y bastante caliza, interstratificados con otros lechos no con cantos, pero sí de la misma composición de esteatita caliza ú oficalcios.

Cerca ya de la desembocadura del Pigtao se

presenta en esta ladera un manchoncito de aluvion aurífero, depositado sobre las pizarras arcillo-esteatíticas; pero siguiendo el río vuelven á aparecer en la misma ladera, al descubierto, las pizarras con su carácter silíceo muy marcado y direcciones é inclinaciones análogas á las indicadas en el monte Inayao. En la ladera opuesta, que tiene poca elevación, se ven las margas, y á veces por debajo los conglomerados, con circunstancias de yacimiento también análogas á las ya indicadas para estas rocas.

Subiendo la cañada de Dumalogdog, se encuentra á la derecha el manchón ó placer de Sagana-hai, y á la izquierda las laderas muy pendientes del monte Inayao, que en algunos puntos deja ver las mismas pizarras que acabo de describir, haciéndose despues el terreno casi inaccesible.

#### DE TAGSULIP A DOMINOLÓG Y BABANTOHON.

Se vuelve á tomar primero, al E. de Tagsulip, el camino á Iponan, del cual se recorre kilómetro y medio próximamente hasta empezar una bajada bastante rápida hacia el cauce del río Iponan, en la cual se encuentra el conglomerado ya tantas veces citado, sumamente descompuesto y formando verdaderas pedrizas por el desprendimiento de los cantos rodados contenidos en su masa.

Ya en el cauce del río, cerca del pueblo de montes llamado Taglinao, se descubre este conglomerado con la dirección N. 50° O. á S. 50° E. y buzamiento de 35° al N. E.; y encima, en estratificación concordante, las margas y maciños ya descritos.

El camino, si tal puede llamarse el cauce del río, continúa, atravesándolo multitud de veces, hacia el S. S. O., sin encontrar circunstancia digna de mención hasta el placer de Dumalogdog, que ya describí oportunamente.

Atravesando este placer y siguiendo el cauce del río, se presentan en varios puntos los mismos conglomerados, margas y molasas tantas veces citadas con direcciones análogas á las ya expresadas y con sólo pequeñas variaciones en uno y otro sentido, observándose que la región del E. ó ladera derecha del río Iponan es más quebrada que la opuesta y ménos accesible, por la vegetación que la cubre.

De la misma manera, subiendo el río desde San Simon hacia los placeres de Pasayanan y Batinay, se descubre con gran constancia el depósito aluvial moderno del cauce del río y los conglomerados y margas amarillentas, casi nunca las calizas interiores del horizonte geológico, cuya edad he fijado provisionalmente, con circunstancia de yacimiento muy constantes, aunque en algunos puntos presentan pequeñas variaciones en uno ó en otro sentido, debido á causas puramente locales.

La ladera derecha del río, que hacia Pigtao es bastante quebrada y montañosa, se hace más suave y llana hacia el N.N.E., hasta convertirse en las lomas que cité al describir el camino del Cagayan al Iponan.

#### DE CAGAYAN Á MUNIGUE.

Para tomar desde Cagayan el camino de Munigue, es necesario atravesar el río y subir los cerros del Carmelo Viejo, en cuya subida se encuentran conglomerados primero y margas despues, de composición y circunstancias análogas á las que acabo de describir en la cuenca del río Iponan, aunque aquí ambas rocas parecen ménos inclinadas.

La parte superior del cerro de Carmelo, desde la cual se domina al N. el valle de Cagayan, forma una llanura de bastante extensión hacia el S. y S. E., sólo interrumpida por algunos barrancos no muy grandes y el cauce del río Cagayan al E. Dicha llanura está en general constituida por las margas amarillentas, cubiertas en ciertos puntos por manchones arcillosos de carácter muy ferruginoso, ó sean depósitos limitados de óxido de hierro hidratado isolítico, cimentado en arcillas más ó ménos irisadas, bajo la influencia del mismo óxido.

Sobre esta llanura se encuentran esparcidos multitud de grandes cantos de color parduzco ó gris, textura celulosa y escoriácea, análogos á los que ya cité en los cerros de Tagsulip, y que son indudablemente de origen volcánico. Su yacimiento, en grandes cantos aislados y algo empotrados en las margas de estas llanuras, parece indicar que han provenido de la erupción de algún volcán, constituyendo *bombas* (1) ó masas de lava lanzadas á grandes distancias.

En el presente caso, la distancia á que deben de haber sido lanzados no puede bajar de seis á siete leguas en línea recta, pues en toda la parte ó región central que es dable recorrer en el distrito, no se encuentra ni se sabe que haya ningún volcán á que atribuir estas bombas; de suerte que únicamente puede suponerse que en las cadenas montañosas que hacia el S. y S. O. se distinguen exista algún cráter, que en otro tiempo lanzase sobre estos parajes las referidas *bombas volcánicas*.

ENRIQUE ABELLA Y CASARIEGO,

Ingeniero Jefe de segunda clase.

(Continuará.)

(1) Vezian: Prod. de Geol.

(1) Según el Sr. Burat.—Geol. Prac. 1870.

(2) Idem el Sr. Vizian.—Prod. de Geol. 1867.

## LAS REPUBLICAS HISPANO AMERICANAS

MÉJICO, SALVADOR, GUATEMALA Y LA ARGENTINA.

Hemos manifestado que el régimen colonial estancó la agricultura por favorecer la minería de los metales preciosos. Inmensos males produjo su menosprecio de los agentes principales de la industria, el hierro, el cobre, el carbón y las canteras de piedra, que son los que constituyen un pueblo activo, emprendedor é inteligente.

El comercio y la industria multiplican los centros de población, impulsan las vías de comunicación para trasportar los productos, y se acrecienta el estímulo del trabajo, que es el signo más evidente de la moralidad de un Estado.

Al contrario, la explotación del oro concentra enormes fortunas en muy pocas manos en las ciudades más populosas, estimula el fausto, la vanidad, la ostentación, el juego, la disipación y todos los vicios; desarrolla las desigualdades sociales, porque condena á las masas á la miseria y al embrutecimiento.

Los especuladores que se enriquecieron con las minas auríferas, no se preocupaban de costear la construcción de puentes, caminos, escuelas, de establecer ingenios, almacenes y todo lo que tiende al impulso de la vida social.

Así, minas excesivamente ricas, como la famosa de esmeraldas de Muzo, en Nueva-Granada, explotadas antes por el Gobierno de nuestra patria, se encontraban en el fondo de los desiertos, de selvas vírgenes y solitarias, y aldeas miserables, como la de Muzo, vegetando en las cercanías, y más allá, en muchas leguas á la redonda, solo reinaba la soledad de los bosques, la barbarie primitiva en toda su rudeza.

Y el contraste no podía ser más extraordinario, según el juicio de viajeros ilustrados y de estadistas americanos, porque Méjico y Bogotá, Buenos-Aires, Lima y Caracas, Santiago de Chile y otras ciudades, por su aspecto, por sus formas, su cultura, su riqueza y su elegancia, parecían ciudades europeas; y á algunas leguas de distancia, los miserables ranchos perdidos en las selvas, las deplorables aldeas en la mayor miseria, semejabán los desiertos de Atrica.

Este fenómeno se explicaba hace veinte años; además de los obstáculos formidables que ofrecían la naturaleza abrumadora, la grandeza de la creación que rodea aquella sociedad, por las innumerables prohibiciones y monopolios del sistema colonial, que había excluido á los indígenas de la agricultura, de la industria y del comercio exterior.

Aquel mundo de imponderable exuberancia, tenía que vencer inmensos obstáculos para constituir gobiernos regulares, después de luchar tantos años por su independencia. Se vieron obligados á crearlo todo, á hacer esfuerzos colosales, consagrados á la obra de su constitución, atender á enormes deudas, y apaciguar las borrascas que producía su inexperiencia, al iniciarse en el gran drama de la vida social y política. La organización del ejército era muy viciosa, para deprimir en las colonias el sentimiento del honor.

Los regimientos españoles, en general, iban completos desde España, y no admitían el elemento criollo, ni el indígena, aunque muchas veces eran bárbaramente reclutados los hombres de tropa, pero salían de las turbas de indios y de mestizos, sin garantía de ascenso. Así los tercios españoles eran temidos, pero no despertaban el sentimiento de simpatía que ha inspirado casi siempre el carácter expansivo, alegre y bravo del ejército español, porque aquella sociedad le miraba como un ejército extranjero.

Las colonias se decidieron á arrostrar los terribles azares de la revolución, para emanciparse del yugo de hierro que las oprimía. Verdad es que Inglaterra, que en nuestra patria favorecía la heroica empresa de nuestra grandiosa independencia contra el pérfido Napoleón, también suministró legiones de combatientes auxiliares, armas, buques de guerra, municiones, equipo y dinero para impulsar la insurrección de nuestras antiguas colonias, y fué la primera en reconocer su emancipación de España.

El Inglaterra no prestó sus servicios con desinterés, que no es la cualidad que distingue á la poderosa Albion, si no con enorme usura, lo que caracteriza á este pueblo de mercaderes.

Lo cierto es que el obcecado gobierno colonial no adoptó las reformas políticas que le aconsejaba su tiempo, el previsor conde de Aranda, y si hubiera abierto los puertos de América al comercio del mundo, ninguna nación habría tenido interés en favorecer el alzamiento general de pueblos que vivieron en secuestro absoluto: los sucesos, siguiendo otro curso, la revolución realizada acaso más tarde, de un modo más pacífico, si aquella era un hecho inevitable, no habría contraído tan abrumadoras deudas, ni derramado los torrentes de sangre que inundaron sus campos y sus ciudades en una lucha desastrosa de quince años, que engendró en las nacientes Repúblicas la plaga desoladora del militarismo.

Se ha debatido mucho, y se ha creído y afirmado la tesis de que la idea democrática se inició en la América-hispana, por el ejemplo y la influencia que ejerció en el espíritu de los innovadores, la revolución de los Estados- Unidos.

No se puede negar que el hecho material de su independencia fué para los americanos españoles

un despertador de sus aspiraciones, una enseñanza viva, y un precedente justificativo de sus resoluciones.

Pero debe advertirse que era muy difícil, hasta para los criollos más notables, el conocimiento exacto de los acontecimientos del Norte que produjeron la constitución y la independencia de los Estados- Unidos. La policía inquisitorial en las colonias era vigilante y activa, impidiendo la entrada de libros y periódicos que pudieran excitar el espíritu público ó seguir el ejemplo de la unión-americana, se perseguía con rigor extremado todo conciliábulo de los patriotas más ilustrados que pudieran propagar ideas y noticias entre la clase media y las masas del pueblo, relacionadas con la situación de los Estados Unidos.

Además, las comunicaciones marítimas entre los dos pueblos eran fenomenales, y los Estados- Unidos siguieron desde el principio una política de egoísmo; jamás ostentaron su solicitud á favor de la emancipación de pueblos de otra raza, y se mostraron indiferentes durante la revolución hispano-americana, y no la prestaron ningun auxilio en los períodos más azarosos de la contienda.

Hay que tener presente el carácter mezquino de la revolución del norte que comenzó por una cuestión mercantil, de derechos sobre el té y otros artículos y terminó por la ignominiosa esclavitud.

Por tanto, es errónea la opinión sustentada por algunos publicistas, de que las constituciones federales de las nuevas Repúblicas no fueron más que la imitación servil de la obra de los Estados- Unidos. Solo se hizo sentir su influencia secundaria en Guatemala, Méjico y las regiones del Plata, y dimanó especialmente de las condiciones de la guerra y de la composición múltiple de sus poblaciones, mas fué nula en los demás Estados del continente.

Al contrario, la revolución francesa hizo estremecer todas las fibras de los hombres capaces de comprender tan grandiosa epopeya. Al proclamar los derechos del hombre y la solidaridad de su causa con la de todos los pueblos oprimidos, palpitaron de indecible entusiasmo los corazones de los hispano-americanos, el aliento abrasador de los inmortales legisladores, pasó sobre el océano en lenguas de fuego, y enardeció la sangre de los que aspiraban á la emancipación de la humanidad, y Mariño, Cea, Bolívar llevaron personalmente de Europa, así como otros ilustres patriotas, la emoción y el contagio de las ideas regeneradoras, traducidas en folletos que difundieron en las almas generosas y ardientes la fé sublime para seguir tan glorioso ejemplo.

Si, la tempestad de 89 llevó á las colonias de España la semilla revolucionaria que se arraigó en aquella tierra preparada para hacerla fructificar, que solo aguardaba una ocasión propicia para recoger el fruto.

Los hispano-americanos aprovecharon las terribles circunstancias en que se encontró España en su sangrienta guerra á muerte con Napoleón, para romper los lazos que los oprimían.

Ya habían estallado insurrecciones abortadas en aquellos pueblos que fueron ahogados en sangre. La de Quito, en que sucumbió el desventurado Tupac-Amaru, que tuvo la demencia de creerse heredero del trono indígena de sus antepasados, y la de los comuneros en Bogotá, cuyo desenlace fué también sangriento.

Estos trágicos sucesos aumentaron los resentimientos más profundos en el alma de los indígenas, que debían ostentarse en ocasión oportuna.

En vano el gobierno constitucional concedió á sus colonias continentales, elevadas al rango de provincias, el derecho de elegir diputados para las Cortes de la monarquía. Este reconocimiento y esta garantía fueron ilusorios, porque no sirvieron más que para hacer patentes las aspiraciones de las nuevas provincias á su antonomasia.

Buenos Aires dió el primer grito de su independencia en 1809, aunque hasta 1810 no formuló su revolución, haciendo abdicar al virey Cisneros. Buenos-Aires había sido fundada por nuestro compatriota Pedro de Mendoza y constituida en capital del virreinato.

España había sostenido una guerra reciente con Inglaterra, y un cuerpo de tropas británicas, relativamente formidable, invadió á Buenos Aires, que fué valientemente rechazado y destruido; y aunque el Gobierno español sacó provecho de la victoria, tuvo que contar con el pueblo criollo, y los argentinos ensayaron en aquella empresa su valor y sus fuerzas, que volvieron después contra nuestra patria.

La ciudad de Quito, predispuesta á insurreccionarse desde 1797, bajo la conjuración de Montufar, secundó el levantamiento de Buenos-Aires. Nueva-Granada se levantó la tercera, y ya se había ensayado en sus actos revolucionarios con los Comuneros de 1781, y donde el elemento español puro preponderaba y la mezcla de las razas había sido ménos intensa, como en Méjico y Colombia, se retardó la revolución algunos años.

En el año 10 se inició también la insurrección en Venezuela; después en Bolivia, en Chile y más tarde en el Perú.

La revolución buscó su apoyo principal en las ciudades y villas; se constituyeron ayuntamientos y juntas, formadas por las personas más notables por su fortuna, su ciencia, su carácter sacerdotal ó su influencia, encargadas de entenderse

con el virey, capitán general ó presidente, que tenían algunas fuerzas militares; pero vacilantes y débiles, no acertaron á obrar con resolución; hicieron concesiones que rebajaron su autoridad y los sucesos se precipitaron con rapidez extraordinaria.

Más olvidemos, por hoy, los tiempos pasados, para fijar nuestra atención en la época presente.

Méjico avanza con paso firme por la ancha vía del progreso. Su hermosa capital se ensancha y engrandece para constituir en breve tiempo una de las más grandiosas ciudades del mundo. El valor de la propiedad acrece de un modo notabilísimo, por la multitud de construcciones emprendidas en todos los barrios de la famosa patria de Motezuma.

El aliento de vida de la civilización moderna, el ferro-carril de Morelos ha transformado los basureros y muladares, las casuchas inmundas, refugio del crimen, en una colonia de trabajadores, y el trabajo es la escuela práctica de la moralidad.

Se levantan casas, donde se albergan familias honradas, sobre los escombros de las cloacas que exhalaban el miasma fétido de los prófugos de presidio, que eran el terror de los pacíficos ciudadanos.

Se proyectan grandes edificios, está trazada su planta, y construidos sus poderosos cimientos; una escuela de tiro para las tres armas, y un campo de maniobras para ejercitar al soldado en los progresos del arte de la milicia.

Pero Méjico necesita, sobre todo, las grandes obras de canalización subterránea, el desagüe del insalubre lago de Texcoco, la plantación de árboles que absorban y evaporen rápidamente gran cantidad de agua de los diversos pantanos que rodean la ciudad y los que contiene en su seno.

Son obras de magnitud, que han de elevar á Méjico en el porvenir á su más brillante apogeo, para competir con las más célebres capitales del universo.

La comunicación telegráfica enlaza ya á todas las ciudades de la República, y se proyectan nuevas líneas que se extenderán hasta los villorrios más insignificantes; realizadas estas mejoras honrarán la inteligente solicitud de aquel Gobierno, para que participe el pueblo mejicano del gran beneficio que hizo el génio de Morse á la cultura de las naciones.

Cuando el microsismo se perfecciona más cada día, y la ciencia estudia los fenómenos prodigiosos de la electricidad, que hace progresos infinitos, ¿quién es capaz de marcar el límite de la inteligencia del hombre, si hoy mismo los físicos americanos creen realizar la maravilla de sustituir el cable telegráfico submarino por el cable telefónico interoceánico?

¡Qué portentoso! La voz humana resonando á través de los mares, hará enmudecer la voz de las tempestades; y á pesar de las rudas tormentas del Océano, vibrará vigorosa en el alma humana!

Acaso en el año venidero podamos tener la ventura de conversar con nuestros hermanos del Nuevo Mundo.

Por de pronto, la República de Méjico multiplica sus vías férreas, y la locomotora llegará, de uno á dos años, á los Estados- Unidos.

Magníficas fiestas han solemnizado en Veracruz la colocación de la primera piedra para comenzar la grande obra de la ampliación de su puerto. Todas las clases sociales han rivalizado en la demostración de su regocijo, porque el proyecto es de gran importancia para los habitantes de aquella ciudad.

El puerto de Veracruz, que rinde sumas cuantiosas al Tesoro, porque su comercio adquiere cada día proporciones colosales, bien merece que se activen los trabajos de una obra que ha de redundar en su beneficio y en el de la República.

Se alimenta la esperanza consoladora de que, ampliado el puerto y mejorada la población y sus alrededores, mejorarán también sus condiciones sanitarias.

LA AMÉRICA se asocia á la expansión de alegría de la ilustre ciudad, y desea con noble interés que vea realizada pronto tan importantísima mejora.

Un grito unánime de indignación profunda estalló del corazón de los patriotas yucatecos al leer en varios periódicos la infame proposición que, al parecer, suponen que ha hecho el Gobierno inglés al de Méjico, de comprar á Yucatan y sus habitantes á razón de veinticinco pesos por cabeza.

No podemos creer que esta noticia sea cierta, porque la rechaza el sentido común, pero nos complace leer la manifestación dirigida á nuestro estimable colega *El Monitor Republicano*, por M. Vales F., que rebosa de heroico patriotismo, y afirma que los yucatecos defenderán su libertad hasta exhalar el último aliento, y que responderán á los ingleses las bocas de los cañones.

Juzgamos que es un absurdo este rumor, pero lo hacemos público porque revela el ardiente amor á su independencia del bravo pueblo de Yucatan. Atendemos con predilección sincera todo lo que afecta al interés vital de los pueblos de nuestra raza, de los hispano-americanos. Así deseamos vivamente que se arregle la cuestión de límites entre Méjico y Guatemala.

El señor general Barrios, presidente de Guatemala, en el viaje que ha emprendido á los Estados- Unidos, quedó muy satisfecho de su presidente Arthur que actuará como árbitro entre Méjico y Guatemala, apenas los dos gobiernos apelen á su arbitraje.

El Sr. Barrios ha rechazado la calumnia de la cesion de una parte del territorio de Guatemala, á los Estados Unidos, ó á otra potencia.

Esta afirmacion honra al Sr. Barrios, porque lo que más dignifica á un pueblo y á un gobierno, es que sea el custodio enérgico y decidido de la integridad del territorio nacional.

Nos parece digna también su resolucion de no contestar á las falsedades inventadas contra su administracion por los enemigos del progreso y de la libertad, á cuyo triunfo consagra sus persistentes esfuerzos el Sr. Barrios, por amor á su país.

Habló con entusiasmo de los variados productos de su patria, desconocida aún en la *Union Americana*, reconociendo que la carencia de las vias de comunicacion era el gran obstáculo para el desarrollo del comercio de exportacion. Con este fin laudable se ha comenzado la construccion del importante ferro-carril que debe unir á San José de Guatemala con la capital, y que llega hasta la poblacion de Escuintla.

Que Guatemala realice grandes reformas, innovaciones fecundas para su engrandecimiento y su porvenir, nos satisface en extremo; pero deploramos y combatiremos siempre con insistencia ese afán inconsiderado, esa imprevisión funesta de apelar á una nacion tan opuesta por su lengua, por su raza y su historia á las Repúblicas hispano-americanas.

Condenaremos constantemente las mezquinas rivalidades, los egoismos inveterados de pueblos y de gobiernos que se hacen una guerra fratricida; y en vez de apaciguar sus disensiones por árbitros elegidos entre todas las Repúblicas de idéntico origen, patrios sábios, prudentes, patriotas y conciliadores de los intereses y de los derechos recíprocos, el vértigo de la pasion, del encono y de las bastardas ambiciones los lancen en brazos de una nacion, muy poderosa sin duda, pero la más contraria en realidad á la conservacion de la dignidad y de la independencia de los pueblos de la raza latina, que no tiene nada de comun con la raza anglo-sajona.

Y en corroboracion de nuestros asertos sobre la tendencia avasalladora de los Estados-Unidos con aquellas Repúblicas, los periódicos el *World*, el *Commercial Advertiser*, el *Port* y el *Tribune* de Nueva-York, se atreven á sostener, fundados en la violacion de la neutralidad del canal de Suez por los ingleses, que debe pertenecer á los anglo-americanos la posesion del canal de Panamá, que todavía abierta ó por abrir entre los Océanos Atlántico y Pacífico por el istmo americano, será puesta y mantenida bajo el predominio militar y político de los Estados-Unidos, y para no dejar la paz futura del Nuevo Mundo á merced de todas las intrigas, complicaciones políticas y ambiciones comerciales de Europa.

Es el colmo de la impudencia pretender usurpar, en plena paz, el dominio del canal de Panamá, porque los ingleses, por las necesidades transitorias de la guerra, han ocupado provisionalmente el canal de Suez para las operaciones militares; ¿cuándo se convencerán las Repúblicas hispano-americanas de que el enemigo más encarnizado y perseverante de su libertad y de su engrandecimiento es la astuta y ambiciosa América del Norte?

¡Ah! si se unieran fraternalmente las Repúblicas, que son también nuestras hermanas, si cesaran las discordias sangrientas entre el desventurado Perú; y la afortunada Chile si se constituyeran gobiernos sólidos, amantes del bien público, y no estallarían fratricidas discordias, todos aquellos pueblos avanzarían con paso firme y seguro por la senda grandiosa del progreso y de la prosperidad, libres é independientes de tutelas ignominiosas y funestas para su porvenir.

La paz, la libertad y la independencia son los bienes más inestimables y los que desarrollan todos los gérmenes de riqueza, la agricultura, el comercio y la industria, y dan impulso y vigor á todos los elementos morales, la instruccion de la juventud y la educacion del pueblo.

Consuela nuestro ánimo el ver los adelantos de Méjico, de la República Argentina, de Venezuela, cuyo censo de poblacion levantado en 1881, arroja un total de 2 075 245 habitantes, ó sea 291.051 más que en 1873, y que el patriotismo se ha sobrepuesto á pequeñas ambiciones en Colombia, y su presidente, Sr. Zaldua, dió el decreto por el cual se promulga como ley de la República el tratado de arbitraje *in juris* entre Colombia y Venezuela.

Después del tratado con Venezuela, el pacto con Chile, el convenio de España con el Uruguay se ratificará por doce años.

Además de las dignas satisfacciones dadas á nuestro país, del pago de las indemnizaciones justas á los españoles maltratados ó á las familias de los fallecidos, nuestro comercio con Montevideo es de gran importancia, porque asciende por año cerca de 1.500.000 pesos en mercancías de todos géneros desde la Península, de la isla de Cuba 1.300.000 pesos, y sólo del puerto de Barcelona salen anualmente para el Uruguay 18.000.000 de litros de vino y cantidad doble de los demás puertos de España.

Ya sabemos por un colega de esta corte, que en el año pasado, una casa sola de Pontevedra pagó en letras enviadas de Montevideo á españoles, más de 20.000 000 de reales.

No podemos olvidar á San Salvador un día so-

lo en nuestra Revista, por el rápido desarrollo de todos sus intereses; la construccion de carreteras, de edificios notables, el fomento de la instruccion primaria, la creacion de una Universidad, de una Academia, y todos sus esfuerzos por engrandecerse, debidos exclusivamente á los recursos y á la iniciativa del país, constituyen á este en una República modelo, pequeña por su extension, pero grande por sus aspiraciones y por sus actos.

Ha cubierto ya la suscripcion necesaria para la segunda y más importante via férrea desde Sonsonate á Santa Ana, cuyo coste, pagado por el país, ascenderá á tres millones de pesos.

En nuestro número anterior nos hemos ocupado de la inauguracion del primer ferro-carril entre Sonsonate y el puerto de Acapulca.

El Salvador, Guatemala y Nicaragua estrechan sus lazos fraternales, abren caminos de hierro, fomentan la agricultura, las artes, y Honduras también, merced al celo de su gobierno, borra de su memoria anteriores empréstitos ruinosos, y hace mejores positivas que redundan en su provecho y dilata los horizontes de su cultura.

Deploramos en el alma la pérdida de sus cosechas, y aplaudimos que los gobiernos de aquellas Repúblicas, estén comprando maíz y arroz en el extranjero, y que hayan declarado libres de derechos la importacion de sus cereales.

Se escita la opinion pública en el Brasil y Buenos-Aires por la *cuestion de Misiones*.

Es indudable el derecho que existe á la República Argentina á poseer ese territorio, atendiendo al último tratado de límites celebrado entre España y Portugal en 1777, conocido en la historia con el nombre de tratado de San Ildefonso, para demarcar sus respectivas posesiones en América, iniciado por todas las Repúblicas de origen español, y por la Argentina, para trazar sus fronteras con las colonias portuguesas refundidas en el Imperio.

Y un comentador del tratado, el vizconde de San Leopoldo, manifiesta que: «defraudó al Brasil de la colonia del Sacramento de las Misiones orientales del Uruguay, del territorio a Norte de Castillos grandes, hasta la laguna Merim y las vertientes de esta; haciendo retroceder sus fronteras hasta el rio Piritani, y vedándole el tránsito fluvial por el Uruguay y por el Plata.»

En 1784 empezó la demarcacion de límites, con sujecion al tratado de 1777, y los portugueses opusieron dificultades sobre la laguna Merim que no seguía la línea divisoria por Piritani, si no por Yaguaron, sobre las cabeceras de arroyos hasta llegar al alto Uruguay, y sobre la margen Occidental del Uruguay, y estas cuestiones prolongaron los trabajos de la demarcacion hasta 1791, que por escaso interés de Portugal en resolverlas, y por indolencia de España quedó paralizada la obra.

Pero las autoridades españolas estaban en posesion de los límites más importantes que sus demarcadores sostenían, y todas las Misiones orientales reconocieron tranquilamente el dominio de las armas castellanas.

La guerra estalló en 1801, después de veintitres años de tregua, entre España, aliada á Francia, y Portugal á Inglaterra, y los portugueses avanzaron sobre el Yaguaron, hacia el lado de la laguna Merim, y aquel quedó, desde entonces, como línea definitiva entre la banda oriental y las posesiones portuguesas, y aunque un paisano y un desertor con fuerzas colectivas lograron subyugar las Misiones orientales, extensivo á tres cuartas partes de la provincia de Rio Grande, no es cuestion histórica y jurídica que pueda ofrecer dificultad.

Después de muchas peripecias se restableció la paz entre España y Portugal por el tratado que se hizo en Badajoz el 6 de Junio de 1801.

El art. 2.º establecía que España devolvería á Portugal las plazas y territorios que había conquistado á excepcion de la plaza de Olivenza, su territorio y pueblos del Guadiana, etc., para unirlos perpétuamente á sus vasallos.

El tratado de 1801 no cita el de 1771, ni lo restablece, ni lo anula.

Pero reconocida la conquista de Olivenza, y como no se reconocieron del mismo modo las conquistas de los portugueses en América, ellas no han podido anular estipulaciones del tratado de 1777, que es la regla suprema del derecho territorial de la América.

Este es el juicio de nuestro ilustrado colega la *Razon de Montevideo*, que ha examinado esta cuestion bajo su aspecto histórico y jurídico.

No creemos que se turbe la paz de que disfruta la República Argentina, que avanza visiblemente por el majestuoso camino del progreso.

Nos inspira gran interés un pueblo tan culto, que de una manera extraordinaria desarrolla su prosperidad, su riqueza y sus libérrimas instituciones.

Abrigamos también la confianza de que, en caso de un conflicto, se apele al arbitraje de un tercero para dirimir la contienda, aprobando los beligerantes el pensamiento patriótico que ha defendido el Sr. Calvo, diputado en el Congreso argentino.

Amamos la paz fecunda para la República Argentina; pero si un imperio invade su territorio, recordamos el ejemplo glorioso de Méjico, que destruyó dos imperios, y no es menos valerosa y

amante de su libertad y de su independencia la digna República Argentina.

EUSEBIO ASQUERINO.

## NO HABRÁ GUERRA.

Una antigua cuestion de límites se halla pendiente entre las Repúblicas de Colombia y Venezuela.

No pudiendo estas llegar á un avenimiento, han nombrado árbitro de la misma al rey de España.

Desde que este tuvo conocimiento de la eleccion que dos pueblos hermanos habían hecho de su peticion, manifestó la natural complacencia de verse elegido *por sus hijos de América*, como hace poco llamaba á los del Continente, teniendo sobre el particular francas expansiones con un personaje muy conocido, que con frecuencia ha estado hablando de la cuestion con el rey Don Alfonso.

Cercano el momento en que los plenipotenciarios de las dos Repúblicas deben comunicarle su nombramiento, un diario inglés dice: «que el marqués de la Vega de Armijo ha manifestado á S. M. que no debe aceptar, aún cuando otros de sus colegas de Gabinete opinan y sostienen lo contrario.»

En primer lugar, nos llama la atencion, y aún nos duele que en cuestiones de esta magnitud, sean los corresponsales de los diarios extranjeros los que parezcan tener la primacia de noticias que de derecho nos corresponde á los periodistas españoles, y en segundo lugar nos sorprende también lo que se dice respecto á las opiniones de nuestro ministro de Estado.

Sabemos que su especialidad es el acierto, y que su conocida competencia para ocuparse de nuestras cuestiones internacionales, la pone de manifiesto cada vez que una de ellas surge; pero no queremos ni podemos creer que, valiéndose de la ingerencia constitucional que su posicion le dá en este asunto, emplee sus esfuerzos en contrariar las inclinaciones del monarca, sugiriéndole la resolucion de no aceptar el arbitraje que se le confía; y decimos que no lo queremos creer, porque, le negaríamos el derecho de privar á su patria de la legítima influencia que á España daría la mision confiada al jefe del Estado por dos Repúblicas americanas.

No teniendo más datos por el momento que los que nos dá el diario de Londres, creeríamos aventurado entrar en otras consideraciones, que solo serian de oportunidad ante la evidencia del hecho citado.

En momentos en que toda la prensa de Madrid creía inevitable un rompimiento entre el imperio del Brasil y la República Argentina, con motivo de otra cuestion de límites, la palabra autorizada del cónsul general de ésta ha venido á calmar las inquietudes, haciendo una declaracion cuya importancia apreciarán nuestros lectores.

Es esta, publicada en casi todos los diarios de Madrid.

«Sr. Director de LA AMERICA.

Distinguido amigo: Algunos diarios importantes de esta ilustrada prensa, hablan con insistencia de un próximo rompimiento entre la República Argentina y el imperio del Brasil, refiriéndose á telegramas llegados estos días, que anuncian la guerra como única solucion posible en el debate que las cancillerías de San Cristóbal y Buenos Aires sostienen sobre los límites de las Misiones.

Creería faltar á un doble deber que me imponen mi patriotismo y mi conciencia, si en presencia de todas esas noticias tan alarmantes no llevase una palabra de seguridad y confianza á los que sostienen vastas relaciones comerciales con mi patria, así como á los deudos y amigos de los 150 000 españoles que en ella comparten con los argentinos la inmensa dicha que les brinda una nacion que se engrandece por la libertad y el trabajo.

Yo también recibo constantemente telegramas oficiales del Gobierno que represento, y puedo asegurar, que hasta ahora no hay un solo motivo, ni el más leve fundamento para temer la guerra de que se habla; y que, aun cuando es cierto que en la prensa y los Parlamentos de uno y otro país se hayan pronunciado frases belicosas, todos tienen la conciencia íntima en el Brasil y en las márgenes del Plata, de que el tino del emperador por una parte, y por la otra la prudencia del presidente Roca y sus consejeros, harán de todo punto imposible el rompimiento, encontrando al debate pendiente una solucion digna de dos pueblos cultos y civilizados.

Espero que esta declaracion calmará las inquietudes producidas por las noticias alarmantes de que se han hecho eco algunos diarios importantes de Madrid.

Tengo un placer en saludar atentamente al ilustrado director de LA AMERICA.—Hector F. Varela.—Cónsul general de la República Argentina.—Madrid, 14 Setiembre.»

Efectivamente: dadas las condiciones en que hoy viven aquellos dos países, sería un verdadero crimen por parte del Brasil provocar una guerra con su vecina la floreciente República, y decimos *por parte del Brasil*, porque, de todas las cuestiones de límites que se debaten en América, ninguna más clara que esta, hallándose perfectamente reconocidos los derechos de la República Argen-

tina, no solo por la posesion de los territorios de Misiones y los títulos documentados que hace valer, sino por declaraciones de los mismos diplomáticos brasileños, á los que no se habia antojado hasta ahora poner en duda la legitimidad de los derechos argentinos.

¿Qué ha pretendido, entonces, el Imperio, al suscitar tan inoportunamente la cuestion?

Tomar el pulso á la República Argentina? Nos parece que no lo necesitaba para saber que es una nacion pundonorosa, viril, digna y altiva, que á pesar de su inmenso amor á la paz, no retrocederia ante las consecuencias fatales de la guerra, si á ella la arrastraba la vanidad del Imperio.

Pero no será: los hombres de Estado de este país saben, que á pesar de sus recursos, esta seria una guerra en la que nada tendria ni podria ganar; porque admitiendo que su poder naval sea más poderoso que el de la República Argentina, jamás soldados del Imperio pisarian su territorio, mientras que las legiones argentinas bien podrian llegar al Largo do Paço.

Pero, felizmente no se trata de eso: no se trata de hacer el balance de las fuerzas de uno y otro país, ocupacion que podria haber sido grata en ellos, á ciertos periodistas, que creyendo obedecer á inspiraciones del patriotismo, cometen actos de verdadera imprudencia, tratando de excitar el espíritu público con la risueña perspectiva de fáciles victorias, que no pocas veces sólo existen en la fantasía del que con ellas ha soñado.

De lo que se trata ahora es de hacer comprender á la nacion española—ligada hoy á los pueblos del Plata por valiosos vínculos comerciales—que la guerra de que tanto se habla, no estallará, y que, como lo asegura el Sr. Varela, el conflicto pendiente tendrá una solucion digna de dos pueblos cultos y civilizados.

No conocemos ni el carácter ni los antecedentes de los hombres públicos brasileños, llamados á entender y formar opinion en este debate internacional; pero conocemos perfectamente los antecedentes, el carácter y la manera de ser del emperador Don Pedro II, y esto nos basta para alimentar la firme é inquebrantable conviccion de que no se lanzará á la guerra, dejando á la diplomacia la solucion del enojoso litigio.

En cuanto á la República Argentina, nos sucede lo contrario.

Su presidente y los ministros que le acompañan á gobernar, nos han dado, hace poco tiempo, el programa de su política en estos conflictos internacionales en ocasion de la cuestion con Chile.

Colocado entre la predicacion sangrienta de la prensa de uno y otro lado de los Andes, acosado por las impacencias de los argentinos, que pedian la guerra á gritos, y provocado sin cesar por los chilenos, que parecian desearla como una necesidad, el presidente Roca no perdió un instante su serenidad, resuelto á no ahorrar sacrificio por alcanzar una solucion pacífica; y cuando nadie la esperaba, ni en Chile, ni en la República Argentina, ni en América, ni en Europa, esa solucion vino á coronar la política templada y digna del Gabinete argentino.

¿Cómo no esperar entonces un desenlace parecido en el actual conflicto con el Imperio?

Si en vez del general Roca se hallase Mitre en la presidencia—el de la guerra contra el Paraguay—temeríamos, efectivamente, que un rompimiento irreflexivo alterase la paz entre aquellos países; pero con el presidente actual no hay que abrigar semejante temor.

El general Roca y los hombres que con él comparten las responsabilidades del mando, están identificados con la paz, con el trabajo y el progreso, bajo cuyos auspicios la poblacion se aumenta con diez mil emigrantes por mes, los ferro-carriles y telégrafos se construyen por do quier, y el país realiza tan extraordinarias conquistas; y no hay temor de que cediendo á instintos belicosos, ó alucinándose con la gloria de una campaña memorable, renuncien á esa prision de su Gobierno para lanzarle á una guerra que podria saberse cuando empezaba, pero que no seria fácil vaticinar cuándo ni cómo acabaría.

Escrito lo anterior, acabamos de leer en *El Progreso* los siguientes párrafos, tomados de la Memoria del Ministro de Estado argentino, llegada hace poco á Madrid:

«Mantenemos con el Gobierno imperial del Brasil la franca y leal correspondencia que antecedentes comunes y propósitos elevados en favor del progreso de estos países hacen cada día más cordiales.

«La fidelidad con que ambos Gobiernos cumplen las estipulaciones de los tratados vigentes, y la buena disposicion con que recíprocamente son atendidas las peticiones razonables en casos que no están regidas por convenios, contribuye á robustecer la indeclinable armonía de una amistad bien cimentada.

«Ultimamente, algunos órganos de la prensa de Rio-Janeiro han tratado de conmover la opinion publicando escritos alarmantes sobre la cuestion de límites.

«Estas publicaciones, emprendidas con móviles de política puramente interna en el Imperio, no han conseguido alterar las amistosas relaciones, ni ménos ha sido obstáculo para que se inicien trabajos diplomáticos entre los dos Gobiernos en el sentido de llegar á un arreglo definitivo de la cuestion.

«Las discusiones sobre límites con el Brasil nunca pueden producir desavenencias peligrosas para la tranquilidad

de estos dos países. Versan ellas sobre territorios desiertos y que están situadas en la zona más interna de esta parte del continente, en donde ningun interés extraño, ni aun de los propios nacionales, puede ser afectado.

«Por otra parte, existen documentos y antecedentes auténticos y de indisputable mérito jurídico, histórico y geográfico que, á no dudarlo, arrojarán la claridad necesaria para la solucion de la cuestion, y es de esperarse de la sensatez y elevado espíritu de los dos Gobiernos, que, una vez planteada la cuestion y compulsados estos antecedentes con lealtad, la resolucion surgirá sin tropiezo, y será aceptada sin violencia, como corresponde á dos naciones que se estiman y se dispensan recíproco respeto.»

Como se vé, estas importantes declaraciones del ministro argentino, confirman cuanto acabábamos de decir: *no habrá guerra!*

P. RUIZ ALBISTUR.

## AUTORES ALEMANES.

### I

Siguiendo la literatura alemana hasta la generacion contemporánea, muchos nombres notables continúan su brillante historia en el presente siglo.

Prosistas y poetas de mérito, iniciados en el movimiento de las ideas nuevas, cuya influencia ha penetrado en el mundo moderno, componen la era clásica de las letras germanas, abundante en obras que no son para ignoradas por lo mismo que forman época en la historia del pensamiento humano.

Así pues, comenzaremos por histo-biografiar los principales autores del siglo.

Hebel, autor de las *Poesías Alemanas* y de *Rheinloendischer Hausfreund* que traducimos—«El Amigo de la casa en las provincias del Rhin» es un escritor notable por su pureza, elevacion de sentimientos, apasionado acento y rápido tono de sus concepciones. Vigoroso siempre é igual en sus pinturas, ha sabido manejar la lengua con tanta firmeza como sencillez dando frescura á sus narraciones. Hebel es interesante, y es vivo contraste de la escuela romántica, llena de nebulosas abstracciones, la cual presenta tan solo muertos conceptos desnudos de forma poética.

Desde temprana edad sufrió los rigores de azarosa existencia. Muerto su padre, Hebel, cuya familia oscura y pobre no podia costearle una educacion completa, fué á aprender á una escuela de aldea gratuitamente, demostrando desde un principio condiciones de talento. Sin duda su aficcion á la vida campestre, cuyas bellezas describe con profundo sentimiento es debida á su estancia en el campo en la edad primera en que son tan vivas las impresiones.

Del Gimnasio de Basilea pasó á la Universidad de Erlangen á estudiar teología. Profesor y pastor á la vez, llegó á dirigir el Gimnasio (colegio) de Carlsruhe, siendo además miembro del Consistorio protestante y dean de capitulo, lo cual no le privó para que en sus ratos de ocio dedicase á la poesía la inspiracion de que habian de brotar sus poesías y sus Cuentos que hacen la delicia de los lectores por el tinte humorístico y la modesta sencillez de que están impregnados.

Koerner, hijo del gran escritor amigo de Schiller, hombre de tanto gusto como corazon, sintió desde niño despertar en su alma la inspiracion poética. Estudiante inscrito en Leipzig, abandonó su carrera científica, pasando á Berlin, donde fué amigo de Humboldt y Schlegel, y concluyó por establecerse en Viena. Allí hizo representar algunos dramas y comedias, que obtuvieron éxito, aun cuando solo eran imitaciones de Schiller, y tenian el sello de la inexperiencia.

De carácter independiente, ni el éxito en el mundo de las letras, ni el amor de las mujeres fueron bastante á retenerle ante el movimiento patriótico que estalló en Alemania en 1813. Alistado entre los cazadores de Lutzow en Breslau, se hizo notable por su bravura, ascendiendo á oficial, y apenas curado de una herida, tomó otra vez las armas para ir á hacerse matar en Dresde.

La *lira y la espada* es un monumento de canciones guerreras, que honran al autor dramático de *Zriny*, que decia no querer morir en prosa, y que, soldado y poeta, componia su *Cancion de la espada*, rebosando patriotismo la víspera del combate en que debía sucumbir.

Decia Girardin hablando del poeta:—«El génio de Koerner era todo patriótico entusiasmo. No es el Tirteo de gabinete que junto al fuego compone en un rincón cantos guerreros, sino el soldado, el voluntario de los Cazadores Negros que, espada al cinto y mosquete á la espalda, se alista para salvar la patria y castigar á los tiranos. Su valor y su génio se encienden con el fuego de la guerra. Todo es poesía para su imaginacion; la llama del mosquete, es la chispa de la libertad; la sangre que enrojece los campos, es la púrpura de la aurora de la independencia.»

### II

Chamisso nació en Champagne en el Castillo de Boncourt, de una familia de alta nobleza que emigró al comienzo de la revolucion. Desde temprano comenzó á iniciarse en los secretos del arte en aquella tierra alemana que debia ser su patria adoptiva por más que fuese la del destierro. Pintor en porcelanas, oficial del ejército prusiano, y

profesor, se captó muchas enemistades por su talento, no dejando de contribuir también la intimidad de relaciones que sostuvo con Madame de Stael, lo cual se miraba con envidia.

Durante las guerras de invasion, su patriotismo fluctuaba entre Alemania y Francia, no sabiendo á quién desear la victoria. Avido de ciencia fué naturalista notable, y poeta delicado, compuso baladas y odas de mérito. Su viaje al estrecho de Behring en la explotacion emprendida por Kotze le valió por sus descubrimientos el empleo de director del Jardin Botánico de Berlin.

El nombre de Hölderlin no despierta en muchos más que el recuerdo de una pasion novelesca que esclavizó su vida entera. Poeta de nervio, lleno de emocion penetró el sentimiento del arte antiguo. Nacido en Lauffen, quedó, por muerte de su padre, sometido á la tutela maternal, y esto sin duda desarrolló en él la sensibilidad, al extremo de hacer que su carácter se resintiera de la falta de virilidad. Dedicado á la teología que cursó en los Seminarios, pronto la abandonó, despertando en su alma la lectura de Klopstock y Ossian las más fuertes emociones poéticas.

En el *Almanaque de las Musas* vieron la luz sus ensayos poéticos; pero las ideas de Kant, que privaban entonces, y el movimiento político que agitaba la Europa, le distrajeran de la poesía.

En Jena fué amigo y compañero de Schiller y Fichte, y de allí pasó á Francfort, donde sonó para él la mala hora que debia llenar su vida de amargura.

Un amor funesto, causado por la llama que brotó en el corazon de la madre de uno de sus discípulos, fatal para ambos, le ocasionó el destierro de Francfort. Pero en vano. Aquel afecto, creciente siempre por lo mismo que era combatido, no pudo ser vencido jamás. La reflexion es impotente ante los deseos de las almas que se penetran. Y ambos se amaban.

Después de viajar inútilmente por todas partes, pasó de Suiza á Burdeos, donde encontró asilo en el seno de una familia. Pero la locura se apoderó de él. Y en los intervalos de lucidez, su estudio se concretaba á los modelos antiguos, y Sófocles y Píndaro eran, con sus serenas bellezas, remedio á su letal melancolía. Así pasó largos años, mientras se agravaban sus dolencias; pero sensible siempre á los encantos de la poesía y la naturaleza.

*Hiperion*, el héroe de una de sus novelas, es el amoroso ideal de sus esperanzas y sus sueños, cruelmente combatido por las realidades de la vida. Ese es su retrato, lleno de entusiasmo por la patria, á la cual consagró sus votos postreros.

Tieck, berlinés, fué uno de los más notables poetas románticos. Desde la infancia se dedicó con celo al estudio de las lenguas y literaturas modernas, llegando á familiarizarse con los dos géneos más difíciles: Shakspeare y Cervantes.

Al lado de Schlegel y su escuela no pudo ménos que pertenecer á las doctrinas del *Atheuicum*. Fuése al fin á Italia, la tierra clásica del gusto, y allí, en Roma mismo, entre las maravillas del arte, estudiaba la Edad Media alemana en los menestrales nómadas de los siglos XI y XII que representaban los homéricos *Minnesengens*.

Un viaje á Londres le permitió acabar sus estudios sobre Shakspeare y sus predecesores, llegando á ser una reputacion en el mundo de las letras.

Pocos autores son tan fecundos como Tieck, ni alcanzaron mayor popularidad. Sus obras, *Guillermo Sowel* y el *Emperador Octaviano*, como los cuentos románticos el *Gato con botas* y *Barba-Azul*, son tan apreciables como sus novelas *Sternbald*, y *Vitoria Acorombona*.

Escritor y poeta, era á la vez actor y lector de génio, lo cual le grangeó grandísima popularidad.

A pesar de la influencia romántica y de su sentimentalismo místico, su imaginacion no obedeció á ningun sistema, teniendo el talento de animar sus creaciones, siempre frescas y llenas de vigor poético, hijas de los lijeros caprichos de su fantasía.

Arndt, sededicó desde muy jóven á estudios serios, que templaron su espíritu, desarrollando la energia de su carácter. Teólogo y filósofo, después de viajar por Europa, vino á tomar parte en el movimiento político de Alemania contra el primer imperio francés, dando á luz su *Espíritu de los tiempos*, obra interesante en que el amor á la libertad y el patriotismo despertaban el sentimiento nacional. Fué profesor en Bonn, y defendió la libertad de pensamiento, pidiendo garantías constitucionales en relacion con el progreso creciente del país. Diputado en 1848 á la Asamblea de Franckfort sostuvo los ideales de los hombres de 1813, fiel á sus convicciones políticas, con igual brío que en su juventud compusiera versos llenos de energética grandeza.

Hauff, imitador, siguió los pasos de Hoffman, en menor escala, y publicó en el *Morgenblatt* artículos chispeantes, con rápido y vivo estilo. La muerte le sorprendió en lo mejor de su edad; pero ha dejado novelas satíricas en que campean la gracia y la viveza. *Lichtensteins* del género caballeresco, y las *Memorias del Diablo*, y el *Hombre en la Luna* dan muestra de su talento. Vivió veinte y cinco años.

Oehlenschläger, dinamarqués, es como Holberg honra de las letras de su patria y tiene á la vez la pasion de los hombres del Mediodía con el talento reflexivo de los hombres del Norte.

Actor y autor desde joven; soldado y viajero, descolló en derecho y en filosofía, siendo tan buen poeta como profundo pensador.

Amigo de Mme. de Staël, y entusiasta por Italia y Francia donde vivió, se apoderó de los secretos del arte en estos dos países del gusto y el estilo y al volver á su país desempeñó la cátedra de estética en Copenhague, donde colmado de honores vino á morir en 1850.

Sus *Palmsoke* y *Hakon Tarl* son modelo de caracteres heróicos; y sabiendo pintar los hombres con sus pasiones, ha hecho revivir la vida de sus héroes. El *Corregio*, uno de sus dramas más populares, es el retrato de las cualidades del poeta. Su famoso cuento *Aladino* es modelo de estilo y tiene bellezas de primer orden.

### III

Inmermann era de Magdeburgo, y desde la infancia dominó en él la melancolía y el gusto por la soledad. Su educación, severa y triste, inclinó más su espíritu reflexivo á la meditación interior, llegando á ejercer tal influencia en su carácter, que fué el lado flaco y el rasgo sobresaliente á la vez del poeta, que á los doce años no tenía más atractivo que el teatro.

Fuése á Italia á estudiar derecho; pero la guerra le arrancó á sus proyectos, y tomó parte en la campaña de 1815, en la que contra una enfermedad mortal que contribuyó mucho á agriar su carácter. Esto, y el combate que empujó contra las ideas liberales, le trajeron el odio de los estudiantes de Halle, viviendo en continua polémica, á más de ser combatido por Platen, el terrible adversario del romanticismo.

Sus obras dramáticas más conocidas son: *Cardenio* y *Zelinda*, y la *Tragedia en el Tyrol*. Su imaginación, caprichosa y fantástica, no se sometía á las leyes del arte: el desorden y la falta de relieve afean sus mejores cuadros que carecen de gusto poético. Su mejor novela es el *Münchhausen*, en que pintó la vida del campesino de Westfalia.

En Oldemburgo nació Schlosser, que desde su infancia tomó gusto por la historia, pasando á continuar sus estudios á la Universidad de Goettinger, donde las ciencias naturales, las matemáticas y la filosofía le decidieron por la erudición, elevando su pensamiento á la altura de Kant, con esa energía y honradez que caracterizan sus obras históricas. Profesor del Gimnasio de Francfort, donde se dió á conocer por su talento, pasó luego á la Universidad de Heidelberg, donde continuó hasta su muerte, fiel á las convicciones que dieron calor é interés á sus escritos.

Profundamente humano, su creencia firme en el progreso y su talento sintético se revelan en sus obras por la idea filosófica que preside al desenvolvimiento de los hechos en las revoluciones de la historia.

Varnhagen Von Ense, estudiante de medicina en Berlin, se dedicó á los estudios literarios, cuando la invasión francesa le obligó á tomar las armas en pró de su país. Concluida la guerra fué encargado de misiones diplomáticas en París y Viena, y su afección por las letras y las artes le dió gusto acendrado, siendo su prosa elegante, sóbria, y con tal lucidez de dicción que recuerda á Goethe por su discreción y reserva. Sus biografías son notables, y puede ser colocado entre Maucaluy y Mignet por el arte de retratar los personajes.

Los hermanos Grimm, fueron académicos notables á quienes debe mucho Alemania; así como á los Humboldt, de los cuales el naturalista Alejandro goza reputación universal, y Guillermo, poeta, crítico y hombre de Estado, nos dejó su «Ensayo sobre Herman y Dorotea, de Goethe» que es trabajo apreciable.

Ruckert es uno de los poetas más populares que más influencia han ejercido en Alemania. Discípulo de la Universidad de Jena donde hizo serios estudios, tomó afición por las lenguas y las literaturas orientales, y penetró así profundamente el espíritu de la civilización asiática.

Periodista en Stugart, después de haber hecho la campaña de 1809, defendió con la pluma las libertades conquistadas con las armas en favor de su país. Después de su viaje á Italia (1817) estudió la poesía popular trasplantando á su lengua la viveza, gracia y sencillez de expresión de los países meridionales.

Su obra *Primavera de amor*, es joya que encierra la sávia de la juventud, así como su ardor bélico se revela en sus primeras composiciones.

Ranke es el representante de la escuela histórica contemporánea. Su erudición y gusto, y su manera de concebir y expresar los relatos, le conquistaron el nombre de maestro.

Profesor en Francfort, publicó su primera obra de historia titulada *Naciones Romanas y Germanas*, y después su *Ensayo crítico sobre historiadores contemporáneos*, cuyo brillante éxito le valió ser llamado á la Universidad de Berlin. Más tarde dió á luz otras obras: *Príncipes y pueblos meridionales*; *Historia de la Alemania de la Reforma*; *Historia de los Papas*, y la de la *Francia del siglo XVI y XVII*.

Un defecto tiene, sin embargo: la falta de sentimiento moral, efecto del escepticismo diplomático que engendró en él una vida política que fluctuaba entre la libertad constitucional y el absolutismo.

El historiador, jurisconsulto y político Gervinus, estudiante en Heidelberg y profesor en Goettinger, fué notable por su erudición enciclopédica, y defendió la causa de la nación en el *Diario Aleman*, que fundó con miras trascendentales, preparando así en sus cálculos políticos el hecho resuelto hoy de la Unidad Alemana.

Liberal y austero, su talento juicioso ejerció la sana crítica, y las letras le deben estudios sobre Shakspeare, que son verdadera tesis ó apología sistemática.

Caracterizan su rara independencia de juicio y su doctrinarismo, que le hacen el más completo representante de esa escuela. Su última obra es la *Historia del siglo XIX*, en que sigue con interés el desarrollo del sistema representativo.

Simrock estudió derecho en Berlin, de donde tuvo que emigrar por una poesía política que compuso titulada *La bandera tricolor*. Ha reunido en un vasto *Ciclo épico* las leyendas heróicas de Alemania, lo cual es obra notable en nuestro siglo.

Su pensamiento conmueve por las plásticas de su composición, que demuestran el vigor primitivo en sus canciones (*lieds*) y por la sencillez maravillosa de su dicción, siendo un eco de los grandes maestros Walter y Wolfram, y recordando por su lirismo el antiguo espíritu germánico que brilla en los *Nibelungen* y el *Heldenbuch*.

### IV

Teodoro Monmsen, hijo de un pastor de Garding, estudió jurisprudencia en Kiel, y fué discípulo del gran maestro en arqueología Otto Jahn.

Un volumen de poesías le dió á conocer, siendo redactor del *Diario del Schleswig Holstein* donde defendió la causa nacional, pasando luego á Leipzig como profesor de derecho. Sus viajes por Italia y Francia fueron útiles por los datos que recogió haciendo trabajos numismáticos y arqueológicos.

Su *Historia Romana* le dió representación por la severidad del método, espíritu crítico, y talento plástico, empleados en la disposición de inmensos materiales que representan el esfuerzo paciente de medio siglo, desarrollando su relato con la limpia facilidad de los antiguos historiadores.

Su *Colección de inscripciones latinas* le dan patente de erudito, siendo un monumento de la epigrafía contemporánea.

Auerbach se dedicó al estudio de la teología judaica. Sus primeras obras, el *Judaismo y las letras contemporáneas*, *Spinosa*, y *Poeta y Mercader*, son apologías y pinturas de la vida hebrea, llenas de frescura, como si reviviera la novela que se había perdido en las vagas abstracciones del romanticismo. Verdadero poeta, sabe describir el campo, y las escenas de la vida lugareña las pinta como pocos. Los *Cuentos de la Selva Negra*, traducidos á varias lenguas, le conquistaron inmensa popularidad.

En efecto, además del interés de las descripciones locales, sus historias campestres ofrecen la particularidad de estar escritas sin pretensiones filosóficas ni morales, y tienen tal fondo de sencillez que encantan á cuantos las lean, pudiendo ponerse al lado de los *Cuentos* de Hebel, por pintar la vida tal como es en sí. Otras de la sociedad aristocrática, en sus últimos tiempos, le hacen igualmente acreedor á una reputación; pero sin duda sus cuentos de aldea son cuadros de género dignos de los maestros de la escuela flamenca.

Geibel, natural de Lubeck, hizo sus estudios en la Universidad de Bonn. Causado de la teología y de los estudios filológicos, siguió la de las letras. Un viaje á Atenas fecundó su imaginación poética, penetrando el génio de Homero y de Sófocles, cuya traducción parece animada del espíritu ático. De vuelta á Berlin publicó su primer libro de poesías, dedicándose al estudio de la literatura española, cuyos romances, cantos populares y dramas imitó, en gracia de la afición que tuvo á la poesía meridional. Su popularidad fué grande por haber sido extraño á las luchas políticas, y por conservar siempre sus sentimientos humanitarios con la energía de carácter que se retrata en sus obras.

Sybel pertenece á la escuela de los que se forman estudiando las revoluciones humanas en sus luchas políticas. Historiador, tan hábil en la tribuna parlamentaria, como en la cátedra del profesor, supo crearse una reputación, pasando de la Universidad á la Asamblea, donde combatió por la idea de la Unidad nacional, para dedicarse más tarde á escribir la historia.

La extensión de miras, y las cualidades de exactitud y precisión, como la independencia de criterio que reinan en su *Historia de la Revolución de Europa*, hacen del libro una obra original y nueva, con el mérito además de ser un cuadro lleno de calor y viveza, rico en detalles, é inspirado por la convicción.

Además de innumerables *Memorias* en que hizo el análisis concienzudo de la situación moral de los pueblos, coleccionó datos importantes relativos á la historia, consultando los archivos de Londres, Bruselas y París. Su prosa es selecta.

Halm, fué también otro de los amantes de la poesía meridional, y se dedicó con afán á penetrar las letras españolas.

*Griseldis* es el drama cuya elegancia de estilo, y frescura de fábula, corren parejas con el vigoroso dibujo de los caracteres, cuya gracia solo pudo darles Boccaccio. Descuella en la pintura del corazón humano y en el análisis psicológico del

sentimiento, lo mismo que en el arte de manejar los contrastes. La naturaleza salvaje y la sociedad civilizada están descritas con igual verdad por el poeta de Cracovia, siendo prueba de ello *Camoens* y el *Hijo del Desierto*.

### V

Grün, hijo de un conde austriaco, adquirió bien pronto una brillante popularidad, consagrándose desde muy pronto al estudio de las letras. Viajó mucho, y debido á su posición social desahogada, á pesar de su aristocrática familia, fué acérrimo defensor de la libertad. Entrado en la vida política no mistificó sus convicciones, sino que defendió las ideas reformistas en el Parlamento de Francfort, sirviendo la causa del progreso con la autoidad moral del talento.

El mérito de Grün como folletista es muy raro; y como poeta, sus odas y cantos líricos le recomiendan. Sus primeros versos vieron la luz bajo el título de *Paseos de un poeta de Viena*, en los que su imaginación recorre la escala social, pintando las violencias, sufrimientos, opresiones y escándalos que se ven en el mundo, sintiéndose palpitar en sus pinturas el corazón del ciudadano, que lucha virilmente contra las preocupaciones de su país, cuya desgracia lamenta.

Su emoción poética se comunica al lector por el fondo bueno y elevado del concepto, lo mismo que por la belleza de la forma exuberante de brillo y calor poético.

Freiligrath, destinado al comercio, hizo sus estudios clásicos, y debido al conocimiento del viejo poeta Grabbe, se inició en la poesía que desarrolló su talento.

Amsterdam y Brémen, con su actividad de vida, impresionaron su musa, haciendo que brotase la inspiración. Pero las orillas del Rhin le atraían con sus encantos.

El éxito coronó sus poesías, que fueron miradas con respeto, siendo honrado además con una pensión por el Gobierno prusiano.

Verdadero poeta, sensible á las emociones humanas, vagó en la indecisión hasta que le arrastró á la lucha política el movimiento que estalló en Alemania en 1848. Entonces renunció la pensión, y publicó su *Profesión de fe*, que son poesías tan violentas, que le costaron el destierro á Inglaterra.

Después se refugió en Suiza, y no volvió al país sino ya consumada la revolución; pero el espíritu de partido de que fué víctima le obligó á expatriarse de nuevo, fijándose al cabo en Londres, país adoptivo de los desterrados políticos.

Pückler-Muskau, príncipe de Lusacia, cursó derecho en Leipzig al mismo tiempo que seguía la carrera de las armas. Su gusto por los viajes, y el contacto con poetas y artistas, desarrollaron en él gusto por las letras.

Las *Cartas de un Muerto*, que es lo mejor suyo, son descripciones de su vida.

La comedia ateniense fué tratada por Dahlmann el arqueólogo, que se dedicó á la historia y á las letras antiguas. Economista, y partidario de la monarquía constitucional, se dedicó á la enseñanza; pero en 1837, ante el golpe de Estado que violó la Constitución, optó por el retraimiento. Entonces escribió la *Historia de Dinamarca*, que por su brillante estilo, nervudo pensamiento y clara exposición parece una obra de Agustín Thierry.

Hasta 1848 en que fué de representante á la Asamblea de Francfort, donde defendió el principio de la Unidad alemana, no volvió á la vida pública; pero siempre fué partidario de la causa, y su carácter se revela en sus obras, llenas de vigoroso entusiasmo por las grandes causas de la humanidad.

Strehlenau, conocido por Lenau, que es la mitad de su apellido, comenzó sus estudios en Tokay, y en Viena y Presburgo cursó el derecho y medicina, que abandonó para dedicarse á la poesía. Su débil constitución física se resintió demasiado, y unos funestos amores concluyeron por hacerle perder la razón. Su incurable mal le llevó á la tumba en 1850.

Como poeta puede decirse que es más subjetivo que Goethe, retratando sus sentimientos personales en sus sueños poéticos, corriendo tras irrealizables ilusiones; y todo amor é ideal, ante las realidades de la vida, lloró la suerte de Polonia, cantó la libertad, y solo halló decepciones en su inquieta y dolorosa existencia.

Sedlitz era de Silesia, y comenzó á estudiar teología en Breslau, cuando tomó las armas en servicio del Austria. Distinguióse en las campañas del Imperio y en 1811 se dedicó á la carrera de las letras.

Romántico en su primera época, complacióse en fantásticas creaciones persiguiendo ideas filosóficas y abstrayendo la poesía de la esfera del arte. Sus *Coronas fúnebres* son muestra de ello; sin embargo hay lucidez de dicción y vigor además del sentimiento plástico, lo cual demuestra talento. Mas tarde la influencia de Heine despojó á su poesía de aquella brumosa vaguedad de antes, dándole pureza de contornos y cierto relieve que se destaca entre las sombras de sus fantásticas concepciones.

José M. PRELLEZO.

## UN EPISODIO EN FERRO-CARRIL.

DE MI CARTERA DE VIAJES.

Son las cinco de la mañana.

El día está claro y despejado, y la aurora asoma ataviada con todos los encantos que hacen de Italia una novia fresca, feliz y risueña, en cuya frente parece que jamás hubiesen cruzado las brisas del dolor.

La estación central del Ferro-carril de la Alta Italia, una de las más bellas, monumentales y espaciosas de toda Europa, presenta una gran animación.

Es la época del año en que los extranjeros, y principalmente los ingleses, visitan la patria del Dante y del amante de Laura. Para un inglés un viaje á Italia es una necesidad de la vida: lo necesitan tanto como las flores el beso húmedo de la mañana, y los necios, la adulación de los que les queman incienso.

En un momento como este, la estación de un ferro-carril se convierte en una especie de feria, por la diversidad de trajes que en ella se ostentan, ó en un pedazo de la humanidad, por la diversidad de razas y nacionalidades que momentáneamente se confunden al ir á tomar el tren.

A las cinco y media debe partir un *express* que va á Venecia, tocando en Milan y otras poblaciones importantes.

A medida que la hora se acerca, crece la agitación, el bullicio, los apuros, los gritos de los menos pacientes, el malhumor de los mal criados — que jamás faltan — el cuidado de las *Mamás*, que temen que un hijo querido se les pierda en la confusión general, y las cortesías, hasta el suelo, de los conductores de *Omnibus* de los hoteles que vienen acompañando al pasajero, con la risueña esperanza del *pour boire*.

—Pronto: baje Vd. mi baul.

—¿Y mi saco de noche?

—Apresúrese Vd. á tomar el billete.

—Toma tú el niño.

—Los diarios de hoy. ¿Quién compra? *La Linterna* de Rochefort...

—Bribon...

—¡Los viajeros para la línea de Venecia: *parlencia!*

Nuevo tumulto.

La gran ola de viajeros invade la espaciosa galería en que el tren los espera. Los más diestros y los más ágiles, toman los mejores puestos, que es también cuestión de gusto. Unos no pueden ir en los asientos de *atrás*, mientras que para otros son insoportables los de *adelante*.

Es la eterna cuestión de la existencia: lucha y divergencia en todo.

Como uno de tantos pobres diablos, yo estoy allí también con mi maleta en la mano. Voy á Milan á ocuparme de asuntos relativos á la exposición de Chile, pues formo parte de la comisión italiana que allí trabaja para responder á la confianza de los que nos han honrado con el nombramiento, y porque el gran pensamiento del ilustrado Gobierno de Chile tenga el éxito más completo.

En mi egoísmo, yo no me apresuro como todos los demás, pues de antemano cuento con el asiento que quiera, debido á la exquisita fineza del caballero Stanzani, inspector general de esta sección de la línea férrea, á quien desde mi llegada á Turin fué deudor de las más delicadas atenciones.

Permítame, mi nuevo y digno amigo, que le exprese aquí, de una manera pública, toda mi gratitud por la manera galante con que se ha conducido para con el pobre peregrino que fué á buscar hospitalidad y reposo en el seno de su patria.

Mientras cada cual se acomoda como puede, Stanzani me dice:

—No tenga Vd. prisa, —le guardo un compartimiento reservado.

—Gracias, amigo mio; pero no necesito tanto. Con un puesto me basta.

—No hay tiempo que perder: suba Vd. aquí: *buon divertimento y pront retour*.

Y sin más ni más, me mete en un *wagon* donde me encuentro solo.

Antes, esta soledad me habria entristecido.

Hoy... no sé por qué, la deseo, aspiro á ella, y con ella gozo, dejando que mi pensamiento se pasee por las riberas de un pasado en cuyo recuerdo mi espíritu se baña como en un lago de luz, que lo ilumina y rejuvenece.

Hay en la soledad, en el silencio, no sé qué encanto misterioso, que en el dolor alegre, que en la pena conforta, y yo les confieso á Vds. que al verme solo en el compartimiento que me brindó la galantería de Stanzani, respiré con más libertad y me creí feliz...

Suena la campana, se oye el pito, que sin ser la trompeta del juicio final, es el que dá la última señal para la partida, y el tren va ya á romper su marcha, impelido por la locomotora, en que parece que se encierra el alma de la humanidad, cuando se vé llegar á la esplanada de la estación, agitada, presurosa, y aparentemente fatigada, una mujer vestida de negro.

Su porte no puede ser más distinguido.

Es alta, talle flexible, andar majestuoso y desenvuelto, y en su conjunto todo, cualquiera des-

cubriria, *au premier abord*, una mujer del gran mundo.

De su fisonomía no era posible formar opinión: un velo tupidísimo la ocultaba completamente.

—Pronto, señora. ¿Dónde va Vd.? —le preguntó el conductor.

—A Venecia.

—Pues suba Vd. aquí — y abriendo la puerta de mi compartimiento, la empujó, más bien que la hizo entrar.

¡Adios mis ilusiones y mis esperanzas del primer momento! yo que habia contado hacer el viaje solo, sin compañeros ni testigos, me encontraba, repentinamente, en presencia de una desconocida, que llegaba en el último momento, agitada, aparentemente inquieta, y envuelta en ciertos misterios.

En las manos no traía nada: ni baliya, ni *portemanteau*, ni un simple saco de noche, que jamás falta al más infeliz de los viajeros, lo que puedo afirmar con tanta más razón, cuanto que yo lo tengo!...

Así que el tren empezó á caminar, mi desconocida lanzó un profundo suspiro, y sin cuidarse de mi presencia, ó importándole poco de ella, ó no habiéndola notado, — lo que parece más natural, vista la precipitación con que llegó, subió y se acomodó en el carruaje — exclamó con un acento de profundo dolor:

—¡Esto es horrible!

Las palabras fueron dichas en el más puro italiano, lo que noto al pasar, pues allí se habla en un dialecto piemontés, que sin ofensa á los que se gozan con sus dulzuras, es simplemente detestable.

Yo aparenté no darme por entendido, no ya del profundo suspiro y de la exclamación que le siguió, pero ni aún de su presencia.

Creí que la educación me imponía este proceder, desde que adivinaba y comprendía que aquella mujer se agitaba bajo el imperio de una gran preocupación.

¿Cuál era?

Dios y ella lo sabían en aquel momento...

El tren, sediento de suprimir la distancia que ha sabido vencer sin piedad, avanzaba rápidamente, envuelto en el negro penacho de humo y en la blanquecina nube de vapor que arroja el caño de la locomotora.

Un viaje en ferro-carril es monótono, y cuando no hay con quien conversar, el único refugio para romper, en parte, esa monotonía fastidiosa, es la lectura.

Yo llevaba un paquete de diarios del Rio de la Plata, y me puse á leerlos.

«¡Un gusano, un Dios!» ha dicho Pascal, hablando del mundo.

Luz y sombra, diré yo, contemplando el cuadro general de *nuestras cosas*.

De un lado, me parece sentir las palpaciones de mi patria al verla que asiste alborozada, orgullosa de su conquista y con el corazón henchido á la esperanza, á la inauguración del telégrafo que la pone en contacto instantáneo con el Viejo Mundo, pudiendo así, por medio de este eterno misterio, comunicarse sus dolores y sus alegrías, sus desfallecimientos y sus ilusiones.

Del otro veo, que los odios y los rencores de partido no han cedido todavía su paso al sentimiento de la fraternidad, que debe ligarnos á todos á la sombra de una misma bandera — la de la libertad y el trabajo; y de aquí, de este gran contraste, las emociones distintas con que yo leía los diarios de Montevideo y Buenos-Aires.

El tren caminaba siempre.

Levanté la vista, suspendí mi lectura, y dirijí una mirada á la *tapada*, cuyo semblante continuaba oculto en los pliegues de su tupido velo.

Llegamos á *Novara*, nombre célebre en los fastos de la historia italiana, pues en sus campos fué batido Carlos Alberto por los austriacos, en 1849, viéndose obligado á abdicar.

La dama sacó la cabeza por la portezuela, y al primer *guardian* que pasó le preguntó:

—¿Hay tiempo de poner un telegrama?

—¿Lo tiene Vd. escrito?

—No.

—Entonces es aventurado: escríbalo Vd., verémos.

Con una vivacidad extraordinaria, sacó una cartera de cuero de Rusia, cortó una hoja de papel, y escribió tan ligero como lo habria hecho el mejor taquígrafo.

El tren se ponía ya en camino.

—Tome Vd. —le dijo al empleado, acompañando el despacho con un billete.

—Me dá Vd. demasiado, señora.

—No importa. Guarde Vd. *il rimanente*.

Y el tren caminó.

Lo confieso: escitaba mi curiosidad mi compañera de viaje. ¿Quién era aquella mujer? ¿Era linda? ¿Era fea? ¿Era joven ó vieja?

Allí, donde se come tanto gato por liebre, y donde el arte del *maquillage* ha llegado á levantar á la categoría de una joven, mamarrachos que han pasado los sesenta, la tenacidad de seguir cubierta me hacia temer que aquella mujer no debiese grandes favores ni á la belleza, ni á la edad de las ilusiones.

No importa. Yo estaba impaciente por verla,

tanto más, cuanto que mi destino me ha hecho comprender en los últimos años, que yo he nacido para ser testigo ó actor en las más extraordinarias aventuras.

Pero, ¿cómo conseguirlo?

¿De qué medio valerme para levantar el velo?

Con pretexto de que el sol bañaba el asiento en que me hallaba, me fui á colocar en el extremo opuesto del compartimiento, frente á ella.

Pareció no darse ni por entendida.

El tren se detuvo nuevamente y el conductor dijo:

—Estación de *Magenta*.

—Esta es la mía, me dije yo, y sin más ni más, le dirijí la palabra en el mejor italiano que pude:

—Perdon señora. ¿Es aquí donde fué la batalla del 4 de Junio de 1859, en que los austriacos fueron derrotados?

—Sí, señor, —me contestó al momento. —Con ella la Lombardía se libró del poder de los austriacos.

—Gracias, señora. Soy extranjero. Por eso me he tomado la libertad de dirigir á Vd. esta pregunta.

—¿De veras es Vd. extranjero?

—Mi tipo ¿no se lo indica á Vd.?

—Precisamente no: le habia tomado á Vd. por un compatriota mio.

—¿Italiano?

—Sí; napolitano. En su acento de Vd. veo, efectivamente, que me habia engañado, y me alegro...

—¿Por qué, señora?

—¡Oh! perdone Vd. No sé por qué he dicho esta impertinencia.

Lo que yo anhelaba estaba cumplido en parte con la iniciación de este *entretien*.

Lo que faltaba ahora era el velo. Adelante, pues.

—¿No tiene Vd. calor, señora?

—¡Oh, muchísimo! Me ahogo con este velo.

—¿Y por qué no se lo quita Vd.?

—Temía que...

Al decir estas palabras, se detuvo como arrependida.

—¿Que yo viese una linda mujer, sin duda?

—No caballero. Usted se engaña.

—Entonces...

En ese momento, y como para cortarme la palabra, se descubrió...

¡Santa Cupertina! Al verla, casi me desmayo de admiración.

Si es cierto que los ángeles son lindos — cosa que no sabemos á punto fijo pues no conozco ningún *tourista* que haya venido de la región en que moran — aquella mujer era un ángel de belleza y de encanto. Ojos: como los de mi hermana María, que son los más bellos que conozco; boca: como un nido de amores; dientes que daban gana de comerlos; cabellos abundantes, sedosos y peinados con cierto abandono embriagador; mano... ¡AA Jesús!...

A decir verdad ya estaba arrepentido de mi obra.

¿Para qué habia hecho descubrir aquella mujer?

¿Qué ganaba con ello?

Al ver que me detuve casi repentinamente, ella, con esa coquetería natural en toda mujer que tiene conciencia de su belleza, comprendió que me habia impresionado vivamente; pero tratando de que no lo comprendiese, me dijo:

—¿Viaja Vd. por placer?

—No, señora. Esa palabra hace tiempo que está demás en mi modo de vivir. He viajado mucho por placer: he gozado de inmensas satisfacciones en mis viajes, pero hoy...

—¿Sufre Vd. acaso? ¿Es Vd. desgraciado?

—Sí señora...

—Jamás lo será Vd. tanto como yo.

—¿Cómo! Una mujer como Vd., bella, joven, llena de encantos y atractivos, y desgraciada...

—Cual nadie en el mundo.

Al decir estas palabras, mi compañera de viaje lanzó un profundo suspiro.

A no dudarlo: era un amor desgraciado. ¿Me contaría algo si yo le preguntaba?

Nada se perdía con intentar saberlo. Dentro de una hora nos íbamos á separar, para no volvernos á ver jamás, probablemente.

Si no satisfacía mi curiosidad, me callaba: volví á tomar mis diarios, leía y santas Pascuas.

Sin escrúpulo ni temor, pues, le pregunté:

—¿Y es un misterio, señora, la causa de su pena de Vd.?

—¿Y qué podría importarle á Vd. conocerla?

—Todo cuanto importa á un corazón sensible conocer las desgracias de una mujer como Vd.

—Es Vd. muy galante.

—Soy justo, nada más, señora.

—¿Vive Vd. en Italia?

—Por ahora.

—¿En qué parte?

—En Turin.

—¿Conoce Vd. allí muchas personas?

—Algunas.

Inmediatamente le cité, al acaso, el nombre de alguna de las personas con quienes allí tengo relaciones.

—Entonces, —me dijo vivamente, y como anhelando una contestación pronta. — ¿Ocupa Vd. cierta posición en Turin?

—La de un hombre bien nacido, y que, por cier-

tas circunstancias, lleva un nombre que no es del todo desconocido en Italia.

—¿Me lo quiere Vd. decir?  
—Con infinito placer, señora.  
Saqué una tarjeta, y se la presenté.  
—¿Cómo? ¿Usted es la persona á quien Garibaldi ha recomendado á sus amigos, en una carta publicada en los diarios?

—El mismo.  
—¿Y Vd. vá á fundar un periódico?  
—Lo he fundado ya.  
—¿De modo que Vd. está al corriente de cuanto pasa en Italia?

—Más ó ménos, bella dama.  
Como herida por un rayo, calló...  
Un minuto después, dejó caer su velo sobre su divina cara, y siguió callada.

—¿Qué significa esto?—me dije á mí mismo, no pudiendo comprender la causa del efecto que mis palabras acababan de producirle. Yo no conocía aquella mujer. Ella tampoco á mí. Era la vez primera que nos veíamos.

Impaciente ya, le volví á dirigir la palabra.  
—¿Se encuentra Vd. mal, señora?

Silencio.  
—¿Señora, está Vd. mala?

Silencio.  
—¿Se encuentra Vd. mal, bellísima señora?

Silencio.  
—Encantadora dama, ¿está Vd. mala?

El mismo silencio.  
Insistir, habría sido una tontería, á más de una falta de educación. Me levanté, fuí á sentarme en el asiento que ocupaba al principio, tomé mis diarios, me puse á leer, y no sin mordirme un poco los labios, aparenté no dar la menor importancia á lo que acababa de pasar.

El tren seguía siempre su camino, cruzando aquellos valles tan pintorescos y ricos de vegetación.

A poco andar entrábamos en la estación de Milan, que es magnífica.

Inmediatamente que se detuvo la locomotora, el jefe de estación gritó:

—Nadie baje.  
Al oír estas palabras la desconocida, con el acento de la más profunda desesperación, me dijo:

—Por piedad, caballero. No sé quién es Vd., pero le suplico que no me abandone...

No me dió tiempo de contestarle, pues simultáneamente con su súplica, dos hombres vestidos de negro abrieron la puerta de nuestro compartimiento, y nos decían:

—Bajen ustedes.  
Dirigiéndose á la dama, uno de ellos le dice bruscamente:

—Descúbrase Vd.  
—¿Está Vd. loco?

—Descúbrase Vd.  
—No quiero.

—Se lo ordeno á Vd.  
—¿Ordenarme á mí! ¿Y quién podría tener ese derecho?

—¡La policía!—Y al decir estas palabras le arrancó el velo, cual si fuera la careta de otra Lucrecia.

El otro individuo sacó una fotografía del bolsillo; miró la linda misteriosa, cuyo semblante estaba lívido, y exclamó:

—¡Es ella!... y dirigiéndose á mí:

—Y Vd. ¿cómo se llama?  
Dí mi nombre.

—¿Conoce Vd. esta mujer?  
—La he visto por vez primera en el tren.

—¿Y cómo y por qué vienen Vds. solos?  
—Porque solos nos han puesto.

—Está bien; sígame Vd. á mí.  
Mientras duraba este rápido diálogo, la desconocida había subido á un carruaje con el otro individuo, que, como el que me invitaba á mí á seguirlo, eran buenamente dos comisarios de policía.

—Imagínense Vds. el cuarto de hora que yo estaba pasando!

¿Qué significaba todo eso?

Indudablemente aquella mujer había cometido algún crimen; la policía había tenido aviso de su partida; se había teleografiado, y al llegar á Milan le daban caza.

—Pero ¿y á mí!  
¿Por qué me hacían seguir al comisario?

Llegamos á la Prefectura. Me condujeron á presencia de un caballero de cierta edad, después de haber esperado algunos minutos en una antesala, en que había más de un individuo de aspecto no muy santo.

Con mal modo me interrogó:

—Le han encontrado á Vd. en un wagon, en que venía una mujer, sobre la que pesa una acusación tremenda. ¿La conoce Vd.?

—Ya he dicho que no.  
—Es á mí á quien Vd. debe contestar ahora.

—Ya he dicho que no.  
—¿Y por qué venía Vd. solo con ella en el mismo carruaje?

—Permítame Vd., caballero, que halle ridícula una pregunta semejante. ¿Acaso es la vez primera que un hombre se encuentra solo con una mujer en un ferro-carril? Cuando yo he viajado con la mía, casi siempre lo he hecho así, y si al subir en la estación yo hubiese visto á la dama en cuestión sola en un compartimiento, le aseguro á Vd. que

no habría ahorrado esfuerzo por venir solo con ella.

—Nada de bromas, caballero.  
—Eso podría decir yo, que me veo aquí no sé por qué.

—¿Su nombre de Vd.?

Saqué del bolsillo una tarjeta y la presenté al jefe de policía, que inmediatamente cambió de tono, diciéndome:

—Mil perdones, caballero. La mujer con quien casualmente ha hecho Vd. la travesía de Turin hasta aquí, ha cometido un crimen atroz. En compañía de un amante ha asesinado al marido. Hace días que se busca á los dos, y una circunstancia casualísima ha hecho que se supiese que venía en este tren. Por eso se tomaron las precauciones que Vd. ha visto á la llegada.

—¿Y por eso se me trajo á mí hasta aquí!...

El jefe renovó sus excusas, me despedí y salí fuertemente impresionado con lo que acababa de saber.

—¿Cómo! ¿Aquella mujer tan linda, tan encantadora, tan distinguida y elegante era una asesina!...

Entonces comprendí que al saber que yo era periodista, se hubiese replegado en tan completo silencio. Como venía fugitiva, temió que yo pudiese cometer alguna indiscreción que la comprometiese, y se calló.

¡Desgraciada! El telegrama que mandó del camino, fué la causa de su perdición.

Pocos días después, los diarios anunciaron que lo había confesado todo.

HÉCTOR F. VARELA.

### CAMILO DESMOULINS.

Anatolio de la Forge ha publicado en *Le Siecle* otro de sus admirables retratos de los hombres de la revolución francesa.

Lo transcribimos íntegro, porque es uno de los más acabados que han salido de la castiza y elegante pluma del eminente publicista francés.

#### I

Camilo Desmoulin nació en Guise (Aisne) en 1760. Después de haber hecho buenos estudios clásicos en compañía de Robespierre, su camarada de escuela, se marchó Camilo á París, para ejercer la profesión de abogado. Desgraciadamente estaba afligido de un defecto físico bastante grave para todo aquel cuya profesión es hablar: tartamudeaba. Desmoulin comprendió que su vocación no le llevaba al foro y renunció al papel de abogado sin pleitos. Pero como aquel futuro periodista sabía que un escritor no se improvisa como un demandadero, se preparó por medio de serios estudios, á ser la poderosa individualidad que tan profunda huella ha dejado en la historia.

Desmoulin contaba que había aprendido el francés leyendo el latín, y añadía que debía á Tácito el odio al despotismo y el amor á las instituciones republicanas. Aquel hijo del departamento del Aisne amaba la antigüedad clásica como una primera patria; la conocía á fondo, y hubiera podido escribir sus artículos en la lengua de Salustio. Los hombres de la Revolución, á los que afectan algunos desdeñar, eran tan instruidos como los sabios de nuestras actuales universidades, con la diferencia de que aquellos no creían que la literatura y la ciencia impedirían á los que las cultivaban ocuparse de los negocios públicos. Sobre este punto cuentan algunos imitadores notables, por ejemplo Lamartine y Víctor Hugo.

#### II

Camilo Desmoulin se arrojó en medio del movimiento revolucionario de 1789 con el entusiasmo de un joven y el ardor de un patriota.

El 12 de Julio, antes de la toma de la Bastilla, se halla Camilo en *Palais-Royal* escuchando la lectura de los periódicos, que se hace en alta voz en el jardín, y recogiendo noticias. Estas son alarmantes:

Necker es despedido; las tropas de Versalles marchan sobre París; la corte vá á disolver la Asamblea nacional. Todo está perdido si el pueblo no toma las armas y no protege á sus representantes. Camilo tiene la intuición de esta verdad, y olvidando que es tartamudo se dirige á la multitud:

«Necker es despedido, exclama, y la contrarrevolución nos amenaza. Es preciso que, sin vacilar, corran los ciudadanos á las armas y fijen un signo de reconocimiento. ¿Qué colores quereis? ¿El azul, símbolo de la democracia en América, ó el verde, signo de la esperanza? Le aplauden frenéticamente y todo el mundo grita: «El verde, símbolo de la esperanza!» Entonces arranca Desmoulin una hoja de los castaños del jardín y se la coloca en el ojal de su levita. Cada cual hace lo mismo, y aquella muchecumbre se esparce por las calles de París, gritando ¡A las armas!

A los dos días era tomada la Bastilla y vencida la monarquía.

Antes de redactar un periódico, escribió Desmoulin dos folletos. El primero se titulaba: *La Francia libre*, y el segundo *Discurso de La Linterna á los parisienses*. Estos dos escritos están impregnados de elocuencia y de pasión, y en ellos pone ya de manifiesto el joven publicista sus ideas

republicanas. Invoca los grandes recuerdos de la antigüedad, llama á la erudición en auxilio del patriotismo, y esta mezcla de arcaísmo latino y de sentimiento enteramente moderno, constituye la originalidad literaria de Camilo Desmoulin, como más tarde la unión de las reminiscencias de la literatura griega con el liberalismo de la restauración, formará la originalidad literaria de Pablo Luis Courier.

Poco después del éxito alcanzado con su *Discurso de La Linterna á los parisienses*, emprendió Camilo la publicación de su célebre diario *Las revoluciones de Francia y de Brabante*, sátira semanal de los acontecimientos y de los hombres de aquel tiempo, escrita con una delicadeza de estilo que se ha igualado raras veces.

Camilo Desmoulin ha tenido, sin duda, imitadores de gran mérito, entre otros, Alfonso Karr en *Las avispa*, y Rochefort en *La Linterna*; pero el redactor de *Las revoluciones de Francia y de Brabante* ha quedado sin rival, por la perfección literaria de la forma. Los folletos de este escritor, las poesías de Andrés Chenier y los discursos de Vergniaud son las tres obras maestras de la literatura revolucionaria.

#### III

Como no es posible ser impunemente un polemista de talento, halló Camilo Desmoulin numerosos enemigos. El talento no camina jamás sin esta comitiva. Pero en cambio halló también afectos valiosos y decididos, en particular el de Danton.

En cuanto á Robespierre, había en el futuro gran-sacerdote del Ser Supremo, algo de frío y de personal que le aislaba de todas las naturalezas ardientes y cordiales. Ni Danton ni Camilo Desmoulin pudieron ser jamás los amigos de Robespierre. El primero era demasiado poderoso por el génio para agrandar á cualquiera que viviera en la devoción de sí mismo; el segundo era de carácter demasiado independiente y de burla demasiado fácil para conservar el afecto de un ánimo receloso. No obstante, impulsado Camilo Desmoulin por el instinto de su generosa naturaleza, sostuvo á Robespierre mientras creyó ver en él una de las fuerzas de la Revolución; pero cuando el diputado artesiano intentó dominar por el terror y esplotar en provecho de su vanidad la gran idea revolucionaria, le atacó Camilo resueltamente. Para protestar contra el sistema del terror, empezó á publicar el admirable diario *Le Vieux Cordelier*, periódico de combate que no alcanzó más que algunos números, pero que será la eterna gloria de Camilo Desmoulin. Es un monumento sin terminar, pero ejecutado de mano maestra en honor de la tolerancia filosófica, de la clemencia y de la libertad republicana.

Cuando apareció *Le Vieux Cordelier*, estaba la Francia cubierta de cadalsos y las cárceles atestadas de presos; no había ni libertad de pensar ni libertad de escribir, y el nombre de *libertad*, que se leía en todas las paredes, no existía en otra parte alguna. A aquel triste y humillante estado de cosas, había conducido la nación el orgullo de un advenedizo. El que osaba atacar al omnipotente Robespierre, se exponía á una muerte cierta; pero Camilo Desmoulin tuvo este valor, y en nombre de la república defendió la libertad. Pidió que se hiciera salir á la revolución del sangriento surco en que había entrado, y que concluyeran las prisiones políticas.

El periódico en que usaba este altivo y enérgico lenguaje, fué confiscado, y el escritor fué declarado sospechoso é implicado con Danton en una conspiración imaginaria. El valiente Camilo Desmoulin, brutalmente arrebatado á su esposa, la joven y encantadora Lucila, es llevado inmediatamente ante el tribunal revolucionario, y allí, recordémoslo en honor de nuestra profesión, la actitud del acusado periodista fué soberbia. Frente de aquel tribunal temible no opuso Camilo Desmoulin más que el desden, y cuando uno de los jueces le preguntó su edad, tuvo una respuesta conmovedora:

—Tengo, dijo, treinta y tres años; la edad del revolucionario Jesús.

Danton, más orador y más altanero aún, había contestado:

—¿Mi nombre? Lo hallareis escrito en el panteón de la historia; en cuanto á mi domicilio, estará en breve en la nada.

#### IV

En el momento de dirigirse al cadalso, Camilo Desmoulin, suave poeta, tierno amante y padre cariñoso, tuvo un melancólico recuerdo de su vida pasada. Pensó con enternecimiento en su pequeño hijo y en su amada Lucila. Acabamos de pronunciar el nombre de esta criatura ideal, y este es el momento de citar una de las más hermosas páginas de Michelet: «Generoso instinto de las mujeres! dice el gran historiador. Ese instinto es el que dá á Camilo Desmoulin la incomparable Lucila. Es pobre, está en peligro, hé aquí por qué le quiere ella. Sus padres hubieran deseado que su hija se casara con un hombre ménos comprometido; pero precisamente el peligro era lo que impulsaba y tentaba á Lucila. Leía todas las mañanas aquellas páginas ardientes, llenas de génio y de pasión, aquellos diarios satíricos, elocuentes, inspirados en los acontecimientos del día, y llevando ya el sello de la inmortalidad. La vida, la muerte con Camilo, necesitaba aquella alma generosa, y arran-

cando el consentimiento paterno, ella misma, riendo y llorando á la vez, fué á notificar su ventura al escritor. Así habla Michelet; pero sin querer disminuir el mérito del historiador, ¡qué admirable asunto podía desarrollarse al analizar el carácter simpático y seductor de aquellos dos seres unidos hasta en la muerte!

La carta que Camilo Desmoulins escribió á su esposa antes de marchar al suplicio, es una de las más notables inspiraciones de la historia del Terror, y da la medida de los corazones de aquel tiempo. Es un modelo acabado de ternura y de elocuencia. El valiente sentenciado á muerte hace, en términos sencillos, profesión de deísmo. Si ante la guillotina aparece Danton burlon y resueltamente materialista, Camilo Desmoulins se muestra creyente en Dios.

Peró á esto se reduce la diferencia entre el publicista y el tribuno. Ambos se revelan admirables padres de familia; y ninguna de las virtudes sociales era extraña á aquellos hombres que el conde de Montalembert, el admirador de Sisto V y de la Edad Media, ha creído poder llamar *malvados grandiosos*. Danton parece haber previsto esta acusación, como si en vida la hubiera sentido ya resonar en su oído. Un día, en un movimiento soberbio de indignación contra la calumnia exclama: «¿Qué importa que mi nombre sea execrado, con tal que la Francia sea libre!»

A dos pasos del cadalso, Camilo Desmoulins, tranquilo y resignado, pero siempre tierno, comentaba este verso de Corneille:

*Faisons notre devoir et laissons faire aux dieux.*

¿No es esto sencillamente sublime? Aquellos hombres de la Revolución, objeto de tantos odios, han hecho aún más que dar su vida por la patria: le han sacrificado voluntariamente hasta su fama, hasta su honor.

Así es que, con perdon del conde de Montalembert, la historia les ha vengado ya de aquellos injustos ultrajes y de las dos expresiones del tribunal católico, que trataba á Camilo Desmoulins y á Danton de *malvados grandiosos*; no ha retenido más que el último epíteto.

ANATOLIO DE LA FORGE.

## ESTADO COMPARATIVO DE LA MUJER

BAJO EL INFLUJO DE LA LEGISLACION PAGANA Y DE LA CRISTIANA.

### I

Nadie ignora que la familia es, á la vez que origen, el más firme apoyo y la primera condicion de toda sociedad política y civil, y no es ménos sabido que la mujer es el lazo que une á los diversos miembros de la familia, y que sin ella ésta sería de todo punto imposible. Ahora bien; como los legisladores de ordinario ni hacen ni pueden hacer otra cosa que traducir en leyes las costumbres y modo de ser de la sociedad en que viven, síguese como natural consecuencia que el estudio de las leyes relativas á la familia es de un grande interés para conocer el estado de aquellas sociedades que ya han dejado de existir, y para estimar en su debido precio la revolucion operada en el mundo por la propagacion del cristianismo. En esta revolucion del espíritu contra la materia y de la razon contra la fuerza, nadie ganó más que la mujer, y nada hay por lo tanto más natural que, obedeciendo á una especie de inspiracion, y sin darse cabal cuenta de ello, haya sido en lo antiguo y continúe siendo en nuestros días la más sólida barrera contra la impiedad, y discipula más ferviente del Divino Legislador, que la emancipó de la vergonzosa esclavitud en que yacía.

El primer campo de nuestras exploraciones debe ser la Grecia, y el primer objeto de nuestro estudio buscar el puesto que tenía destinado la patria de las ciencias, las artes y los héroes á la que es hoy compañera del hombre.

Dos metrópolis tenía esta comarca: Esparta y Atenas. Entremos en la primera con Licurgo.

Este legislador, que llegó á ser grande por las consecuencias y duracion de sus leyes, desconoció, como todos los legisladores paganos, el carácter del matrimonio, llegando á desnaturalizarlo. ¿Qué sería de la mujer en un país en que se había perdido completamente la personalidad del ciudadano, llegando á ser éste nada más que una máquina de guerra de propiedad de la república? La mujer no tenía más noble fin que producirla, siendo respetada en razon del número y vigor de los soldados que había suministrado á los ejércitos de la patria.

Cosa admitida era en Esparta é indirectamente autorizada por el legislador la promiscuidad de las mujeres. Los célibes estaban sujetos á la infamia y aún á duros castigos. Las jóvenes, ejercitándose desnudas, desde la edad de la adolescencia, en correr á arrojar el dardo ó el tejo en presencia de los ancianos y los magistrados, poníanse en estado de contraer matrimonio ó más bien de unir su suerte á la del mancebo que la sacase robada de casa de sus padres, si bien esta union no era tan estrecha que las leyes no la obligasen á unirse con otro hombre en caso de no tener hijos de su legítimo marido.

Si tal era el estado de la mujer esposa, no era ménos triste la condicion de la mujer madre. La arrebatában su hijo antes de nacer, colocando en

las paredes de su aposento las efigies de los héroes que estaba obligada á contemplar continuamente. Apenas lo había dado á luz, cuando se lo quitaban para que los magistrados declarasen si debía vivir ó morir. Mientras la madre esperaba esta terrible sentencia, si el niño había nacido débil ó contrahecho, era arrojado irremediamente en el Taigetes. ¡Pobres madres si sentían con intensidad tan inhumana práctica! ¡Desventuradas también si permanecían insensibles y habían perdido lo que conservan hasta las fieras, el amor maternal!

Con razon exclamaba Gaume: ¡Pueblo cruel! ¡Has perecido con justicia! Tú arrojaste tus hijos á millares en el Taigetes, y ¿te atreverías á afirmar que entre ellos no habria alguno cuyo génio hubiese sido tu gloria, y cuyos sábios consejos no hubiesen conjurado tu ruina?

Si el hijo sobrevivía á esta dura prueba, las leyes reservaban todavía otras al corazón de las madres espartanas. Estas tenían que llevar sus niños al altar de Diana y presenciarse, sin dar muestras de dolor, una flagelacion legal que á veces llegaba hasta quitar la vida á las inocentes víctimas, sin más objeto que endurecer sus cuerpos.

En resumen: la guerrera Esparta había cegado á la mujer todas las fuentes de la vida; y llevando los niños á los gimnasios, los jóvenes á los campamentos, á las comidas públicas y á la caza de los Iotas, y los ancianos á los cargos de la magistratura, la había dejado sola en su desierto hogar.

### II

¿Acaso Atenas, la sabia y digna rival de la guerrera Esparta, presentará á nuestra vista el reverso del cuadro que acabamos de bosquejar? Ciertamente no.

Si Licurgo autorizó la promiscuidad de las mujeres en Esparta, Solón, el legislador de Atenas, estableció el adulterio. Además, obligando á la heredera á casarse con el pariente más próximo, violó las leyes de la naturaleza misma. No faltan autores, y bien respetables por cierto, entre quienes merece citarse á Plutarco, que afirman que la poligamia era corriente en la patria de Sócrates y de Pericles, y la prostitucion estaba bajo el amparo de las leyes.

Verdad es que Atenas, donde el individuo no estaba, como estaba en Esparta, enteramente absorbido por el estado, gozaban las mujeres de alguna libertad, y por esto y merced á la fecundidad asombrosa en grandes ingenios de aquella privilegiada tierra, hubo mujeres que llegaron á ser dignas competidoras de los filósofos y de los poetas más afamados; pero, como para presentar á la posteridad un digno ejemplo de que las virtudes no dependen del talento ni se adquieren con la ciencia, casi todas las que han dejado en pos de sí el luminoso surco de su preclaro ingenio y aventajadas dotes nos han dejado también poderosos motivos para poner en duda si estas serian más notables que sus vicios.

¿Qué extraño es, despues de esto, que la exposicion de los recién nacidos fuese un hecho corriente en una sociedad en que las bases de la familia estaban de tal manera minadas por la ley?

Por lo que pasaba en Esparta y Atenas, puede fácilmente colegirse cuál sería el miserable estado á que se veía reducida la mujer en el resto de Grecia y del antiguo mundo, uno y otro ménos ilustrados que aquellas dos famosas ciudades.

Por do quiera los legisladores habían roto la unidad de la familia, desconocido completamente el verdadero carácter del matrimonio y colocado á dos débiles, es decir á la esposa y al hijo, al nivel de los esclavos y al arbitrio del Estado. El hombre, esclavizando á la mujer, la corrompió *ipso facto*, porque los esclavos no sólo pierden la inteligencia (como dijo un poeta griego) sino muy principalmente los medios de adquirir y conservar la virtud.

Creemos que lo dicho basta y sobra para el objeto que nos hemos propuesto. Hemos pasado ligeramente y como temerosos, la vista por las manchas que oscurecen el brillo de los dos pueblos más extraordinarios de la tierra. Hemos señalado apenas algunas de sus profundas llagas. Llega hasta parecer una profanacion mostrar en toda su desnudez el miserable estado de la sociedad doméstica en esos países de los artistas, de los sábios, de los héroes y hasta de los hombres virtuosos. Felizmente, no era de ellos la culpa: para volar se necesitan alas, y para regenerar á la familia y emancipar á la mujer se necesita nada ménos que una legislación basada sobre la moral que debía traer al mundo el *Hombre-Dios*.

### III

Así como vimos á la mujer en Esparta, víctima de un absurdo principio, la encontramos en Roma víctima de una de esas fórmulas que los descendientes de Rómulo llevaban siempre hasta sus últimas consecuencias.

Roma no lo absorbe todo, como el estado en Lacedemonia: concede derechos á los individuos, pero es únicamente á condicion de que sean padres de familia. Fuera de estos, todos los demás son esclavos, son *cosas* adquiridas por ellos.

El hombre que contraía matrimonio no hacia más que adoptar á su esposa, llegando desde este instante á ser considerada nada más que como una hija del marido. Este era por consiguiente dueño de los bienes de la mujer; y como el padre

de familia tenía todos los derechos hasta de vida y muerte sobre sus hijos y esclavos, todos también los tenía sobre su mujer.

El matrimonio por *coemptio* fué el más antiguo entre los romanos: el hombre compraba á su mujer como á cualquier otro objeto, y fácil es adivinar las consecuencias de principio tan bárbaro. Como el comprador adquiere el dominio de la cosa comprada y este era el derecho de usar y de abusar, el padre de familia podía hasta quitar la vida á su esposa sin responsabilidad de ningun género.

La mujer no tenía derecho alguno sobre sus bienes ni sobre sus hijos. Cuando el marido lo tenía á bien, la despedía, la castigaba ó la vendía; y si bien es cierto que despues se estableció el *repudio*, no por eso se vió más libre la mujer, pues siempre caía bajo el dominio del más próximo de sus agnados. Ni se crea que si enviudaba, con la viudez adquiriera la libertad: el yugo del poder marital la oprimía hasta despues de muerto su marido, dándole á éste la ley derecho para nombrarla tutor, ni más ni ménos que á los hijos. Y peor todavía, porque estos al fin tenían la esperanza de salir de la tutela; pero á la mujer se la cerraba la única puerta para salir de ella, las segundas nupcias.

Así es que la que hoy se titula *compañera del hombre*, vivió en los primeros tiempos de la monarquía romana sometida á una odiosa servidumbre, que no tenía más término que la vida. Pasaba los principios de su existencia siendo propiedad de su padre, su juventud bajo la potestad marital, y si esta no la acompañaba hasta la muerte, sus últimos días bajo el yugo del tutor comprado por el difunto marido.

Numa Pompilio suavizó un tanto la suerte de la esposa y de la madre de familia estableciendo el matrimonio *por dote* y habilitando á la mujer para heredar á sus padres. Las costumbres comenzaron á corromperse y ya no se buscaba en el matrimonio sino valiosas dotes. Por último, este mal llegó á ser gravísimo, pues las leyes posteriores que autorizaron el repudio y la retencion por el marido de una parte de la dote introdujeron una especulacion inmoral, de que pronto se supieron aprovechar los maridos avaros ó disipadores.

Tal era el estado de la sociedad doméstica cuando los Decenviros promulgaron sus leyes.

### IV

Si los Decenviros fueron á buscar á Grecia la fuente de sus leyes, fácil es asegurar *a priori* que el código de las Doce Tablas no era propósito para mejorar el estado de la mujer.

Efectivamente, ellas anulaban lo poco que Numa había hecho por la familia.

La Tabla 4.<sup>a</sup> da al padre el derecho de matar al hijo que nazca contrahecho. En la 5.<sup>a</sup> se dispone que la mujer que durante un año haya habitado maritalmente con un hombre, le pertenezca. Era natural que considerándose la mujer como á cosa mueble, se prescribiese por el uso de un año.

En esa misma Tabla se encuentra otra disposicion que llegó á ser la principal causa de la corrupcion de las costumbres. Esa disposicion decia: «Si el marido quiere repudiar á su mujer, es preciso que dé algun motivo»

Sucedió lo que debía suceder. Los repudios fueron innumerables: las mujeres se desquitaban faltando descaradamente á sus deberes, y los hombres se abstienen de contraer matrimonio y vivían en el libertinaje.

Esto obligó á Augusto á dictar las leyes *Julia* y *Papia Popena*, contra los célibes.

Una de las causas legales de repudio era la esterilidad de la mujer. En la disposicion que así lo prescribía es fácil reconocer la influencia de las leyes de Esparta, que consideraban al matrimonio nada más como un medio de aumentar el número de los habitantes de un estado.

La ley *Voconia*, dictada entre la segunda y tercera guerra púnica, quitó á la mujer el derecho de heredar á sus padres, aún cuando fuese hija única.

Las consecuencias de tal legislación fueron funestísimas.

Plutarco dice: ¿Cuán doloroso era para un ciudadano romano tener una esposa que ignoraba las obligaciones y faenas caseras y parecía formada sólo para el lujo!

Como la mayor parte de los hombres no podían ó no querían sostener en su casa á una reina, tomaron el partido de no casarse y cuando se casaban, pronto repudiaban á su mujer.

Ejemplos de este último nos dan Paulo Emilio, Silo, Pompeyo, Catón y Cicerón. Cuando tal era la conducta de los primeros hombres de Roma, fácil es inferir cuál sería la de sus conciudadanos.

Bastaría para hallar ejemplos leer á Juvenal.

### V

Sube Augusto al trono imperial y ve que ni son los conspiradores, que no se atreven á resistir á su fortuna, ni los bárbaros, que permanecen quietos, la amenaza del imperio y la enfermedad que tarde ó temprano debía conducirlos al sepulcro.

La corrupcion de las costumbres; el relajamiento de todos los lazos que forman la sociedad doméstica, base de la política y civil, se habían esparcido como una epidemia desde el corazón hasta los más remotas extremidades del imperio. El señor del mundo, que ni personalmente ni en su familia estaba libre del general contagio, quiso salir de frente contra el mal. Su esfuerzo fué vano, y lo

fué porque, como todos los paganos, Augusto no conoció el carácter moral del matrimonio y porque cuando están enfermas no sanan las sociedades con leyes más ó menos ingeniosas.

Creó que la corrupción de las costumbres había disminuido el número de ciudadanos, y para que todos se casasen y aumentara la población, dictó la ley *Julia*. Muchos racionan en el día como racionaba el primer emperador romano; pero la experiencia de más de diez y ocho siglos nos prueba que aquel racionio es completamente falso. Los hombres se casaron, pero ni se mejoraron las costumbres ni se aumentó la población. Por el contrario, los males fueron en aumento, pues permitiendo la ley *Julia* los matrimonios entre todas las clases sociales y casi entre todos los grados de parentesco, se abrieron al libertinaje y á la codicia mil puertas que hasta entonces habían permanecido cerradas.

Con el objeto de enmendar estos abusos, dictó el emperador la famosa ley *Papia Popena*.

Esta ley contenía los artículos siguientes:

3.º Están obligados á contraer matrimonio todos los púberes y hombres aptos, con el objeto de tener hijos.

8.º Será preferido en la provision de los empleos públicos el que tenga más hijos.

9.º Gozará de la inmunidad de todas las cargas personales el que tenga tres hijos nacidos en Roma y con buena salud y el que tenga cuatro en Italia y cinco en las provincias.

12.º La mujer ingénuca que tenga tres hijos ó el derecho de tres y la liberta que tenga cuatro ó el derecho de cuatro, estarán libres de tutela.

26.º La mujer ingénuca que tenga tres hijos y la liberta que tenga cinco, podrán heredar.

36.º Los célibes que en el término de diez días no hayan obedecido esta ley no podrán recibir sucesion ni legados testamentarios con excepcion de los de sus parientes.

37.º El esposo de veinticinco años de edad y la esposa de veinte que no tengan hijos sólo recibirán la décima parte de sus sucesiones.

Estas leyes, que no se ocupan del amor mútuo que deben tenerse los esposos y que no se preocupan más que de la propagación de la especie, fueron las más sabias leyes con que pudo el paganismo proteger á la familia, en Roma en el siglo de Augusto.

La justicia romana estableció penas para un crimen de nueva especie: la esterilidad. ¿Qué culpa tenían de ella los esposos? Para contestar de antemano á esta pregunta, el emperador hizo obligatorio el repudio y el divorcio. De esta manera se pretendió regenerar á la familia con sus dos mayores enemigos.

El mal siguió su curso, y el emperador no se dió por vencido. No pudiendo tener hijos de matrimonio, legalizó el concubinato é hizo de preferible condicion á la concubina que tuviese hijos que á la esposa que no los tuviera.

La última tentativa de Augusto para aumentar la población fué la segunda ley *Julia*, que legalizaba el divorcio. Para éste no exigía sino que cierto número de ciudadanos prestasen su consentimiento. De esta manera concluyó hasta la apariencia de matrimonio, y tales son las leyes que sobre él dictó Augusto.

## VI

Réstanos, para concluir, indicar brevemente cómo la legislación cristiana, basada en la morada evangélica, emancipó á la mujer y enseñó el verdadero carácter del matrimonio.

La moral predicada por el hijo de Dios, haciendo del matrimonio un acto religioso, un sacramento, un símbolo de la union de Cristo con la Iglesia, dignificó á los esposos y abolió, por consiguiente, para siempre las leyes absurdas fundadas en la idea de que no era otra cosa que un medio para la propagación de la especie. Dejó de ser por lo tanto este acto solemne de la vida una adopción, como lo había sido en los primeros tiempos de Roma, un contrato leonino, como lo fué después, una medida política, como en tiempo de Augusto, para llegar á ser una union religiosa y santa, un contrato más alto que todos los demás contratos.

Nada puede imaginarse de más solemne y augusta que las sencillas y graves ceremonias con que celebraban sus matrimonios los primeros cristianos.

El dogma, pues, enseñando que ante Dios no hay señores ni esclavos, débiles ni fuertes, hombres ni mujeres, sino almas creadas por él y para él, levantó á la mujer hasta el nivel del hombre.

La moral cristiana, predicando la ley del amor y aboliendo la de la fuerza, reanudó los lazos de la familia, miserablemente despedazados por la moral pagana.

Por último, el culto tributado á la Virgen María, como á madre de Dios y á madre de los hombres, contribuyó tanto á ennoblecer á la mujer, que andando el tiempo y por una especie de saludable reaccion, el hombre cifró toda su gloria, no en humillarla y oprimirla, sino en honrarla y hasta tributarla una especie de culto.

¿Quién no admirará la energía divina de la moral cristiana cuando compare las leyes de Augusto con los códigos cristianos de la edad media y cuando vea á una raza de hombres de hierro formar sociedades para la defensa de los débiles y principalmente de los que siglos antes sólo eran

mirados como instrumentos de las pasiones de los hombres? ¿Quién no se asombra al ver llegar á las mujeres de los más poderosos y postrarse á los pies de los sucesores de Pedro, pidiéndoles protección y alcanzándola cumplida contra las pasiones de sus coronados esposos? Y cuando vemos que sólo por sostener esos derechos adquiridos por la mujer y no permitir que en lo más mínimo ni bajo pretexto alguno sufriese detrimento la indisolubilidad del matrimonio, un Papa permitió que males sin cuento se desencadenasen sobre la Iglesia y se separase de la comunión católica la *isla de los Santos*, no puede uno menos de asombrarse en presencia de la revolucion operada por el cristianismo.

Ciceron repudió á su mujer para pagar sus deudas. Enrique VIII de Inglaterra para repudiar la suya se perdió él y perdió á su reino.

Desde que resonaron en el mundo aquellas palabras: *no desuna el hombre lo que Dios ha unido*, la indisolubilidad del matrimonio fué un hecho y el bienestar de la familia quedó asegurado. Las leyes humanas en todas las legislaciones cristianas no hicieron más que corroborar y confirmar aquellos fecundos principios llamados á regenerar la humanidad.

IGNACIO GOMEZ.

(Salvadorino.)

## EL REGRESO.

La sociedad, como la tierra, tiene también sus estaciones, períodos de tiempo en que el cielo es más ó menos azul, más ó menos puro el aire, en que el sol brilla con más ó menos fuerza, y en que la sangre corre por las venas con más ó menos rapidez dando alas á la imaginación para que vuele ó sujetándola con cadenas pesadas para impedir que se aparte de los límites de este mundo.

Los mismos síntomas que en la naturaleza caracterizan estos cambios obsérvanse en la sociedad. Cuando llega la primavera, parece que hay en todo abundancia tal de vida que bastaría á animar mundos y mundos; todo ríe, todo canta, todo se funde en un himno inmenso de amor y de gratitud. Cuando viene el otoño, da principio la decadencia, se marcan la debilidad, el cansancio, y todo agoniza, todo tiembla disponiéndose á morir. En el estío hay calor por donde quiera, por donde quiera se ofrece el espectáculo de la fuerza en su imponente desarrollo; en el invierno el frío, el hielo forman el sepulcro en que toda aquella vida, toda aquella fuerza se han hundido, y el silencio y la calma velan solo junto á ese sepulcro, fieles guardianes de su soledad.

Una cosa debe notarse, sin embargo: la sociedad y la naturaleza tienen sus estaciones encontradas. La sombra de la primavera es la luz de la segunda. Cuando en aquella todo vive, todo se anima, todo recibe el soplo fecundante del estío, todo en esta agoniza, todo se descompone, todo recibe el beso helado del invierno.

Ved, si no; dirigid en derredor la vista y os convencereis de esta verdad. Pasaron los calores del verano; los campos agostados muestran sus flores marchitas; sus hojas amarillentas que penden de los árboles orgullo ayer del bosque y hoy enfermos de muerte que bien pronto morirán. Descólgese de la empinada sierra el viento que en ella duerme, agitando sus alas y publicando la llegada del otoño. Veló el cielo su azul trasparente. alejése el sol de la tierra que abrasaba con sus caricias amorosas, y levantáronse del horizonte las nubes en cuyo hinchado seno mueve sus aguas bulliciosas la lluvia que inunda el suelo y ruje aterradora la tormenta que incendia el espacio con las terribles llamaradas de sus ojos. Ya el astro omnipotente de la luz no funde con sus rayos la blanca nieve que corona la cumbre de las montañas, sin nuestro purgatorio en que esperan las almas condenadas la hora lejana de su redención; ya no corre el arroyo tan libremente como corría por el llano cuando brotando misteriosamente de la juntura de las peñas saltaba bullicioso de roca en roca dando notas alegres á la brisa y salpicando las flores al pasar con perlas que luego titilaban en su cáliz y eran la fuente pura en que venían á calmar su sed las abejas y las mariposas. Borróse ya el bien marcado surco que trazaba la hormiga cuando en busca de provisiones se alejaba de su agujero, después de haber roto con fuerza la capa de tierra de que el invierno le tabicó; cesaron ya los conciertos aquellos á que cada pájaro daba una nota para formar con todas ellas reunidas el *Te-Deum* que á Dios alzaba la tierra reconocida á su poder, embriagada por el perfume de las flores y el aroma de los tomillos. Reúñense en la torre del alto campanario las pardas golondrinas que al nacer la primavera acudieron á nuestra patria buscando sus campos tapizados de verdura, sus bosques entoldados de follaje siguiendo la impulsión de sus recuerdos que á nosotros las atraía con fuerza maravillosa, y parten en grupos numerosos tras ese sol ardiente que se aleja y del que están enamoradas. La naturaleza entera se dispone á morir para luego hacer, como el Cristo, su gloriosa resurreccion.

Contemplad, en cambio, el espectáculo que á vuestros ojos ofrece la sociedad. Toda la magia de colores, toda la armonía de sonidos, toda la variedad de notas, toda la vida, toda la animación

que á la llegada de la primavera surgen por doquier en la naturaleza, os los presenta ahora reunidos la sociedad. Tornan de nuevo á sus hogares, que el calor les obligará á abandonar, las elegantes *cocodettes*, que son sus golondrinas, aves viajeras que ante el estío emigraron á las regiones del Norte, buscando el frío que su patria les negaba; prepáranse para volver á abrir sus puertas las reuniones más buscadas, los salones más distinguidos y solicitados; los revisteros de la *high-life* empiezan á señalar urgente plazo á las bodas concertadas durante el estío. Vuelven las largas, las hermosas noches del hogar, engendradoras de la poesía, amadas del trabajo intelectual, que excitan con su silencio y su negrura. Reanudan sus tareas Academias y Ateneos, ofreciendo sus anchurosos campos al talento, para que en ellos celebre justas y torneos el espíritu. Como llamados por una voz secreta, por una misteriosa apelación, regresan en apretadas haces, y de nuevo se organizan y se reúnen los sacerdotes del arte, sus adoradores y sus augures, á rendirle en sus templos el culto, interrumpido por los ardores estivales. Semejantes á hormigas que á sus hormigueros dan la vuelta, cargada cada cual con el grano que ha de mantenerla, ó á pajarillos que tornan al árbol que les cobija, llevando cada uno la hierbecilla ó la pequeña flor silvestre que han de formar el nido de sus amores, cada uno de los que vuelven trae su apoyo al trabajo comun, y aporta su piedrecita para la formación del gigantesco edificio: la mujer á la moda, trae impresa en su retina, con caracteres indelebiles, la figura más elegante del último figurin que ideó la coquetería; el académico, trae el fruto de sus pesquisas; el ateneísta, la nueva idea que brotó de su cerebro; el poeta, la nueva imágen que hizo nacer su inteligencia; el autor dramático, la obra penosamente concebida; el actor, el resultado de algunos meses de estudio. Todos vienen decididos á trabajar, bien dispuestos para subir la abrupta montaña en cuya cima está la gloria sonriente, brindándoles la posesion de sus encantos. Así como en la naturaleza durante la primavera hay por todas partes exceso de savia, exuberancia de vida, así también en esta otra primavera, en esta primavera del espíritu, que hace hermoso contraste con el dolor de la naturaleza, hay por donde quiera abundancia de gérmenes, derroche de fuerzas. El aire que vuela, lleva sus alas cargadas con el pólen fecundante de las ideas, que es el *Fiat* poderoso que hace florecer los campos y anima los bellos jardines de la inteligencia. Parece que en los cuatro vientos suena el eco potente de las trompetas que los ángeles del juicio final tocan sobre un mundo muerto, para que todos los que en él duermen se despierten y tornen á la vida.

La semejanza es completa. No faltan á esta primavera los días nublados, las noches tristes que recuerdan el invierno, y son aquellos en que la planta pronta á abrirse no florece y, por el contrario, se agosta y se marchita; aquellos en que la flor muere antes de romper el boton que la sujeta; días sin sol, noches sin luna en que la realidad no corresponde á la esperanza, en que el desengaño con su hálito de hielo detiene el curso de la sangre por las venas y el curso de las ideas por las celdillas misteriosas del cerebro.

¡Hermosa primavera del espíritu que aguardan con ansia los que viven otra vida que la vida de la materia, y te reciben como reciben las primeras caricias de la luz los campos que envolvió la niebla nocturna; vírgen madre, querida del deseo, fantasma que en nuestros sueños perseguimos y en que tantas veces ciframos nuestras esperanzas, riente desposada del talento á quien tantas veces vestimos con las galas de nuestra imaginación: ya estás entre nosotros! Envuélvanos en tus miradas luminosas, abrásanos en los rayos del sol que cual foco de fuego brilla en tu frente immaculada, calma el ardor que nos consume con un beso de tus labios en nuestra frente, y haz de modo que cuando vuelvas á alejarte siguiendo tu eterna peregrinación, el recuerdo que dejes en nosotros temple con su grata influencia el pesar que ha de causarnos tu partida.

EUGENIO DE OLAVARRIA Y HUARTE.

## ERRORES DE PUBLICISTAS EXTRANJEROS

EN ASUNTOS HISPANO-LITERARIOS.

El único fin de este artículo, es resumir en poco trecho algunas injustificables críticas formuladas fuera del suelo español en obras de reconocido valer y por autores de primera nota, que se relacionan con puntos importantes de nuestra historia literaria, patentizando así, que aún los autores extranjeros que más sería y dignamente la investigaron, rara vez dieron muestras de estimarla en debida forma, notándose en ellos el prurito de empequeñecer las dotes de nuestros ingenios, vituperable conducta que ya es tiempo de que sea reconocida.

No han faltado escritores extranjeros que llamándose filósofos é historiadores de las letras, negáranse á poner el nombre del Arcipreste de Hita en el catálogo de los varones ilustres del siglo XIV, ó bien han hablado del mismo con absoluto desdén, al bosquejar el cuadro de la literatura española dentro del referido siglo. Entre ellos ci-

taremos á Mr. Villemain, que no lo menciona siquiera en los capítulos que en su *Tableau de la littérature du moyen âge*, dedica al estudio de la española;—á Sismonde de Sismondi, que siguiendo acaso á Boutterwek, que solo hubo de conocer al Arcipreste por lo que escribió Velazquez, le cita en una nota, declarando que contienen sus poesías toda la política y la moral del autor y de su siglo, al paso que asegura que no le parecen «bastante picantes para merecer un extracto.» contradictoria y no justificada opinión que ha sido debidamente combatida por el alemán Claris en su *Cuadro de la literatura española de la Edad Media*.

Un erudito moderno, Du Meril (*Poesías populares latinas*), sospecha que jamás fué popular el *Poema de Mio Cid*. Las razones que alega para justificar su opinión, ofrecen escaso fundamento. Solo con fijar la vista en que el poeta invoca únicamente la tradición oral, bastaría á demostrar lo aventurado de la opinión referida. Además, el exámen detenido del mismo poema nos suministra observaciones tales, que no consienten, en nuestra opinión duda alguna.

En el libro *Los místicos españoles*, nos declara Rousselot incapaces para la filosofía; rebaja á todos nuestros sabios y pensadores, y afirma que esta falta no ha sido efecto de la compresión intelectual de los inquisidores, sino que la Inquisición misma ha sido efecto de nuestro ingénuo fanatismo y de nuestro aborrecimiento á pensar y discutir. Con todo, le perdonamos tales afirmaciones, porque, como escribe cierto autor, encomia, sublima y dá á conocer á Santa Teresa, ambos Luises y otros místicos, en quienes cifra y resume toda la filosofía española.

Cosa es por cierto que merece llamar la atención la desdeñosa indiferencia con que ciertos críticos modernos han considerado á Aquilino Ynnenco, llegando algunos, entre ellos Mr. Amedeo Duquesnel (*Hist. des Lettres*), hasta el extremo de asegurar que tuvo la desgraciada idea de poner el Evangelio en malos versos. Después de los trabajos de Reinhardo Lorichio, quien declara que no hallaba en el presbítero español cosa alguna que desdijera de la pura latinidad, ni de las leyes poéticas, brillando su frase por la tersura, y apareciendo su lenguaje limpio de todo vicio; después de la declaración de Eustacio Swartio y de la defensa de Gaspar Barthio, no era ya lícita esta manera de juzgarlo, que ofende más á quien, sin propia conciencia, formula tal juicio, que á los escritores á quienes pretende condenar al desprecio.

M. Dozy, á quien sería injusto negar laboriosidad y vasta erudición, peca á veces por demasiada ligereza é incurrir en errores de mucha importancia, como el siguiente: Para el sábio holandés, *albania*, (que según Covarrubias, significa *alcoba, cámara donde se duerme*) tiene la misma significación de *arco ó bóveda*, cuando el uso en España le dió el primer sentido. Las palabras de Gonzalez de Clavijo que cita Dozy, nada prueban en favor de su opinión; antes prueban lo exacto de la definición de Covarrubias, pues sea cualquiera el origen y valor de la palabra en árabe, en castellano *albania* no significa sino *alcoba*.

El mismo docto historiador holandés, en su *Dictionnaire détaillé des vêtements chez les arabes*, al tratar de la especie de manta llamada *alquicel*, cita un pasaje de la *Descripción de Africa*, de Mármol, en que describiendo este traje de los berberiscos de la provincia de Heka, dice que «su vestido más común son unos alquiceles, como mantas de lana, por batanar, algo más delgados, que traen revueltos al cuerpo.» y después añade dicho autor: «el verbo *batanar* que se halla usado en este pasaje, y al que muchos diccionarios españoles así antiguos como modernos por mí consultados, dan una significación que de ninguna manera le cuadra en este lugar, significa cubrirse y viene del árabe *battana* que los árabes andaluces parecen haber usado en dicha acepción, como puede verse en el *Vocabulario árabe* de Pedro de Alcalá y en el mismo Mármol. Escusado nos parece advertir, indica cierto insigne arabista contemporáneo, que ni uno ni otro de los autores citados por Dozy da al verbo *batanar* una significación que nunca tuvo, y que tan contraria es á su etimología: *batanar* viene de *batan* (palabra que no es árabe sino latina), que es el mazo con que se golpea y tunde en los molinos de papel, el paño y el trapo, y por consiguiente *alquiceles por batanar* son alquiceles bastos hechos de lana no sometida á la acción del batan. *Battanderius* y *Battandaria* era el nombre del instrumento empleado en la trituración del cáñamo, de donde nosotros tomamos, á no dudarlo, la voz *batan* y de esta el verbo *batanar*.

El citado sábio orientalista Dozy trató con demasiada acritud á Conde, autor de la *Historia de la dominación de los árabes en España*; pues si bien es cierto que éste incurrió en descuidos y equivocaciones, no lo es ni pudo serlo que solamente supiera del alfabeto árabe poco más de las letras, como supuso aquel: de ser así, no hubiera confesado el ilustre historiador holandés, que tradujo

bien en ocasiones. Conde, maestro de españoles y franceses hasta la publicación del libro de Dozy, *Investigaciones acerca de la historia y de la literatura de España*, es digno de más respeto y estimación. En la biblioteca del Escorial se conservan los cuadernos manuscritos en que apuntaba los pasajes de los historiadores árabes de que se sirvió para su obra: comprobados la mayor parte de estos con sus originales, resultan exactísimos; por lo que creemos completamente injustificada la nota de falsificador con que se le moteja.

Es en verdad notable el ver cómo escritores modernos, que aspiran á la consideración de críticos, condenan, cual bárbaro, el poema de Draconio, conocido generalmente con el nombre inadecuado, bien que designado por él con el título *De Deo*, sin haberlo, al parecer, leído. Esta sospecha la formó un insigne historiador de nuestras letras, al encontrar en la *Histoire des Lettres*, de Mr. Duquesnel, ciertas palabras, cuyo autor no conocía, escribiendo en el segundo tercio del presente siglo, la edición de Arévalo, ni había examinado el poema *De Deo*, cuando se expresó en determinado sentido: de otra manera no se concibe cómo un hombre, que procura ver en la historia de las letras de la civilización, puede ir hasta el extremo de pronunciar tan injustificable y arbitrario fallo.

El indicado Mr. Amedeo Duquesnel en su obra ya citada, dice de San Isidoro que habla el latín bárbaro de su tiempo. Quien poseía todas las lenguas sábias, como mejor informado y con más exacto conocimiento de las obras del metropolitano de la Bética reconoce el erudito Bourret, no puede ser acusado de hablar solo el latín bárbaro de su tiempo sin que se desconozca plenamente el estado y carácter de los estudios, y lo que es peor, la alta representación de San Isidoro, á quien tampoco era dado escribir el latín de Augusto.

Montesquieu pronunció una injusta sentencia en sus *Cartas Persianas*, cual es, que los españoles solo poseemos un libro bueno (*el Don Quijote*), que se burla de todos los otros.

No ménos inadmisibles es la aseveración de Guizot, quien supuso con una imparcialidad que le honra, que se puede explicar bien, escribir y exponer la historia de la civilización, haciendo caso omiso de nuestra historia, que dá por nula.

Ticknor formula bien extraña acusación contra el autor de las Partidas, creyéndole entregado á las estériles cábalas de la alquimia: hasta llega al punto de asegurar que el infante D. Juan Manuel «se rie de su tío Don Alfonso el Sábido, porque daba crédito á las patrañas de los alquimistas, y ponía su confianza en un hombre que tenía la vanidad de convertir los metales en oro.»

En un artículo que, en elogio de las obras de Fernán Caballero, publicó la *Revista de Edimburgo*, se afirma con tanta arrogancia como desconocimiento, que desde Quevedo hasta Fernán Caballero, no ha habido un solo autor en España que merezca los honores de la crítica. Cita el revisero á Quintana y á Gallego, y á otros tres ó cuatro autores, intermedios entre Quevedo y el nuevo novelista; pero los califica de medianísimos, y de meros imitadores de la literatura extraña.

De todos los libros de viajes por España, ninguno nos encomia más neciamente, ni nos zahiere y calumnia de un modo más brutal, que el escrito por el marqués de Custine, con el título de *La España bajo Fernando VII*.—De nuestra literatura contemporánea, forma dicho celebrísimo viajero este juicio: Cervantes, Garcilaso y Fray Luis de Leon le parecen bien; pero bosteza con la prosa y con los versos de Quintana. «En general, los españoles tienen el entendimiento difícil, lento, poco brillante: apenas advierto en ellos imaginación: desde fines del siglo XVII son más imitadores que inventores, y esto en todo.» En otra parte, califica á nuestros autores modernos de cáfila de pedantes sin inventiva, limadores de frases, etc. Increíble parece tanta ignorancia, y entendemos que críticos de este jaez no deben excitar el furor, sino la risa de todos los españoles.

ANTONIO M. DUMOVICH.

## HISTORIA DE TRES SEQUESTROS.

El *Maruso* volvió á cerrar con la misma discreción la puerta, atravesó el zaguán, llegó á un patio, y dirigióse á una habitación del piso bajo, levantó un picaporte, y andado de puntillas, penetró en dicha estancia.

El bandido echó en seguida un fósforo y encendió un velon que había sobre una mesa de pino, y luego, tomando la luz, encaminóse resueltamente á la inmediata alcoba, en donde una mujer dormía en su lecho.

La jóven, á causa de los pasos del bandido y de la presencia de la luz, despertóse súbitamente, y con voz azorada, exclamó:

—¿Quién anda ahí!

Pero luego fijando sus ojos espantados en el recién venido, añadió con más tranquilo acento:

—¿Ah! ¿Eres tú?

—Yo soy.

—¿Cómo has tardado tanto? preguntó la mujer con una entonación indescriptible de ternura, pena y abatimiento.

Aquella jóven era María del Cármen Martín Minguet, esposa del *Maruso*, con la cual llevaba doce años de casado, y de la que tenía un hijo único, llamado Antonio, de once años, y al que ambos amaban con idolatría.

—No he venido antes, porque mi suerte maldita lo quiere así.

—¿Qué vial exclamó ella, incorporándose en la cama, y procurando reprimir su aflicción y su llanto.

El *Maruso*, imaginándose que la causa principal de la tristeza de su mujer consistía en su tardanza en haber dado una vuelta por su hogar, con un acento inusitado de ternura, continuó:

—Bien sabes, Mariquita, que si por mí fuera, ninguna noche dejaría de venir á verte y á darle un beso á nuestro querido hijo.

La jóven ahogó un sollozo y cubrió su rostro con ambas manos.

—Pero no parece, prosiguió el bandido, sino que todos los demonios del infierno se han desencadenado contra mí estos días.

—¿Ya lo creo!

—Ese infame de don Manuel nos trae sin sombra, y cuando ya podíamos haber salido de capa de rajadas, no hace con sus cuquerías sino que perdamos tiempo y dar ocasión á que yo haga una que sea sonada.

—¿Por Dios, Pepe, mira lo que haces!

—No hay más remedio que ponerle la cabeza de su hijo en una ventana de su casa.

—¿Virgen Santísima!

—Desengáñate, María, en este mundo no hay más que tener dinero, porque en presidio no he visto ningún rico. Ahora todo el mundo nos mira mal; pero en cuanto yo tenga buenas onzas, ya verás cómo la gente me estima y á tí te llamarán señora.

Y el bandido, con una expansión verdaderamente conyugal é interesante por la ternura, pero repulsiva y horrorosa por su contenido, comenzó á contarle á su mujer con generosa confianza y omnimoda franqueza sus proyectos, sus esperanzas, sus recelos y sus desengaños, sin omitir por último, el reciente recado del padre del cautivo, el propósito que había tenido de hacerlo tascos y el aplazamiento de su cruel y sangrienta venganza, hasta averiguar con exactitud si Rubio procedía ó no de buena fé con los secuestradores.

—¿Y vive todavía? preguntó la esposa con voz desatentada y saltando del lecho.

—Ha estado en un tris que no haya muerto; pero lo he dejado hasta saber lo que me importa.

—¿Cuánto me alegro!

—No hay que andar con alegría ni contemplaciones, Mariquita, sino ser muy hombres y degollarlo sin compasión, para que ese mal padre sepa lo que es perder un hijo.

—¿Tú mismo pronuncias tu sentencia!

—A mí no hay tribunal que me sentencie, porque ya he aprendido mucho y nadie me probará nada.

—¿Y Dios?

El bandido quedóse mirando á su mujer con una sarcástica sonrisa, más cruel y más sacrilega que la más espantosa blasfemia; pero al contemplar la expresión de infinita angustia que revelaba el pálido y triste semblante de la jóven, aquella sonrisa fué desvaneciéndose poco á poco, hasta que sus facciones tomaron un aire serio y sombríamente trágico.

—Dios no se mezcla para nada en los asuntos de los hombres; dijo al fin.

La esposa no respondió una palabra; pero hizo con la cabeza un movimiento negativo de la opinión de su esposo, el cual prosigió:

—Si así fuera, ¿se comerían en el mundo tantas injusticias por los ricos, que se comen la sustancia y la sangre de los pobres? ¿Que muera ese hijo, y que lllore ese padre!

—Y tú también llorarás la muerte de tu hijo.

—¿Yo... ¿Qué estás diciendo, María?

—Pero... ¿no sabes nada, Pepe mío?

—No sé más sino que es preciso matar y ser un tigre, para que á uno le teman.

—También serán tigres contigo y tendrás grandes temores.

—Yo no le temo á nadie en el mundo.

—Pues cuando te he visto entrar esta noche, creí que ya lo sabías todo.

—¿Ya me figuro lo que puede ser! ¿Que me andan buscando para prenderme? Ya he sabido que está presa la mujer del Tío Martín y sus hijos y otros más, y puede ser que alguno se haya berreado. ¿Y qué? ¿Nada de eso me quita á mí el sueño!

—Nada de eso es lo que yo digo.

—Pues luego me lo contarás; pero ahora voy á darle un beso á mi Antonito.

Y el bandido tomó la luz y abrió la puerta de un pequeño aposento, en donde tenía la cama su hijo.

—¿A dónde vas? preguntó la madre con una entonación imposible de traducirse en palabras.

—¿Vaya una pregunta! exclamó con tono jovial el padre. Como tú estás harta de verlo, piensas que á mí me sucede lo mismo. ¡Hijo de mi corazón! Cuando voy por esos caminos, no pienso en nada ni en nadie más que en él y en buscar los medios para dejarlo rico, y que nadie lo atropelle.

La madre comenzó á llorar con grandísimo desconsuelo.

El padre entró en el cuarto, aproximóse á la cama de su hijo, y lanzó un grito desgarrador.

—¿Dónde está el niño? preguntó con voz de trueno.

—Eso era lo que yo creí que tú ya sabías.

—¿Conque ¿era eso de lo que me hablabas?

—Claro está, porque yo no pienso ni hablo más que de mi desgracia.

El bandido permaneció algunos momentos mirando fijamente á su esposa, pálido como el azufre, con la boca entreabierta, la respiración anhelante y sintiéndose tan desfalle-

cido, que no teniendo fuerzas para mantenerse en pie, dejéase caer sobre una silla con inexplicable abatimiento.

## CAPITULO XVIII.

## PERIPECIA.

La naturaleza humana, por lo mismo que es ilimitada, jamás ofrece tipos de perversidad absoluta, ni tampoco de absoluta perfección. Ni la plenitud de la sombra, ni la plenitud de luz, existe nunca en un ser humano.

Así sucede, que las inteligencias más superiores, y los caracteres más elevados, tienen siempre algún defecto que proviene de sus mismas cualidades, é igualmente las inteligencias más rudas y los corazones más feroces, manifiestan á su vez, algún relámpago luminoso y algún sentimiento profundo, noble y hasta sublime.

En efecto, el mal absoluto, sin ninguna mezcla de bien, sería una monstruosidad incompatible con las leyes de la vida é irrealizable en la naturaleza.

El *Maruso*, pues, presentaba un ejemplo insigne de esta verdad inconcusa, pues que en medio de sus extravíos, crímenes y perversión moral, estaba dotado de las más poderosas facultades afectivas, profusando inmensa ternura á su esposa y amor sin límite á su hijo.

Hechas estas indicaciones, se comprenderá fácilmente la honda y abrumadora impresion que en el bandido produjo la fatal noticia.

Cuando se hubo tranquilizado algun tanto, se apresuró á decir:

—Vamos, María, cuéntame lo que ha pasado en esta casa.

—Tu hijo está..... como el de don Manuel. ¡Me lo han robado!

—¡Ah! exclamó el bandido, llevándose convulsivamente la mano al pecho. ¡Mis corazonadas no mentan! ¡Qué ratos he pasado de tres días á esta parte! ¡Bien me anunciaba mi corazon leal, que alguna gran desgracia habia caido sobre mí!..... ¡Paciencia!..... ¿Y cuándo ha sucedido eso?

—Hace tres días.

—Justamente..... desde que me atacó la múrria..... ¿Y quién se lo ha llevado? ¿Y para qué? ¿Acaso piensan que yo tengo dinero para pagar un rescate? ¿Cuánto han pedido? ¿Cómo te lo quitaron? ¡Cuéntame todo!

—No me han pedido dinero. Yo estaba durmiendo tranquilamente, cuando á estas horas, como á las dos de la madrugada, sentí ruido en la puerta y pensé que eras tú; pero luego ví, cuando encendieron luz, que eran tres hombres, vestidos de negro y enmascarados, que cogieron al niño y se lo llevaron.

—Y tú, ¿qué hiciste?

—¡Yo! ¿qué habia de hacer, sino abalanzarme á ellos como una fiera, para quitarles el hijo de mis entrañas? Pero, uno de ellos, que habia cargado con él, salió huyendo, mientras que los otros dos me sujetaron, y al fin me dieron tal empujón, que caí atontada, y entonces me dejaron, como puedes figurarte.

—¿Y no pediste auxilio? ¿Y no se enteraron los vecinos? ¿No acudió nadie en tu ayuda?

—¿Y á quién lo habia yo de pedir, Pepe de mi alma? Ya sabes cómo vivo aquí, siempre mal mirada de todos, y particularmente de la justicia.....

—Es claro, como eres pobre, todo el mundo te desprecia.

—No, no es por eso, Pepe; no es por eso, porque se puede ser muy pobre y estar bien mirada, como hay muchas en el pueblo; es, porque.....

—Calla, María, calla, y vamos á lo que pasó.

—Pues bien, en cuanto á los vecinos, ni los del pueblo ni los de esta casa, pudieron enterarse á aquellas horas; pero, luego, por la mañana, me aconsejaron que diera parte al señor alcalde, y así lo hice.

El relato precedente, cayó como una losa de plomo sobre el bandido, que demasiado bien comprendia que su pobre mujer, afligida, desamparada de todo el mundo, y humillada sin más razon ni motivo, que por ser su esposa, no podia en tan tristísima condicion, pedir auxilio á nadie, ni hacer otra cosa, que llorar y resignarse con su inmensa desventura.

Entonces el *Maruso* perdió súbita y completamente su natural fiera, y por la primera vez de su vida, se le presentaron sus actos bajo una faz nueva é inversa, comprendiendo, en toda su extension, por los sufrimientos que él experimentaba en aquel instante, la magnitud de las penas, tormentos, angustias y perturbaciones que él mismo tambien tantas veces habia llevado, con impasible ferocidad, al seno de numerosas familias.

Bajo esta impresion, miróse tambien por la primera vez en el espejo entonces fiel de su conciencia y se encontró tan deformado y espantoso, que lanzó un profundo gemido, cubriéndose el rostro con ambas manos, lleno de dolor y de vergüenza, el dolor y la vergüenza punzante y amarga del remordimiento.

Hasta entonces nunca se habia visto en la intimidad de su alma sino como pobre, desheredado, aborrecido de todos y tratado como un perro con rabia en la sociedad y en el presidio, y en su conciencia creia firmemente, que tenia derecho para envidiar á los poderosos, robar á los ricos, secuestrar á los que pudieran satisfacer su rescate, y vengar así á todos sus compañeros de infortunio y de abyección, intentando á la vez, labrar su propia dicha con los despojos de los pudientes, á quienes él juzgaba con toda sinceridad, como á los verdugos de los pobres.

Pero en aquella noche comprendió que un padre, pobre ó rico, no deja de querer á su hijo, y sintió iluminada su conciencia por un rayo de la justicia natural, conociendo instintivamente que su afición de padre no era, ni debia ser otra cosa, que la repercusión necesaria, justa y providencial de las infinitas angustias paternales, que él con tan bárbara crueldad, habia producido en otros.

Arrastrado invenciblemente por esta idea, creyó y era natural que lo creyese, aunque no fuese cierto, que el padre del secuestrado habia sido el autor oculto del secuestro de su hijo.

Así, pues, siguiendo el hilo de sus pensamientos, preguntó á su mujer:

—¿Y no has podido rastrear quiénes eran aquellos hombres?

—No he podido descubrir nada, y además, ya te he dicho que venian enmascarados.

—Precisamente por eso te hago esa pregunta, porque cuando ellos venian con las caras tapadas, claro está, que era porque los podian conocer en el pueblo, y aún quizá tú misma.

Esta observacion pareció impresionar vivamente á la madre, que repuso:

—Tan perdida tengo la cabeza con mi pena, que no habia yo caido en eso, Pepe.

—Lo que yo digo es tan claro como la luz del sol.

—Dices bien, y ahora me fijo en que casi no hablaron una palabra; pero no puedo sospechar quiénes fuesen.

—¿Eran altos ó bajos?

—Los tres eran bastante altos, y el que se llevó al niño, era más alto y fornido que los otros.

—Tambien eso de vestirse de negro en este tiempo, me indica que esa gente vino disfrazada.

—En eso no hay duda.

El *Maruso* quedóse durante algunos minutos como abismado en profundas reflexiones.

Al fin, preguntó:

—¿Y no crees tú, que el tiro viene de parte de don Manuel?

—Si te he de decir la verdad, yo no creo que el pobre don Manuel se haya metido en eso.

—Mira, María, que es muy socarrón.

—Eso dices tú y otros, porque el buen hombre es muy metido en sí, no le gusta tener trato con nadie, y no se ocupa más que de su labor y de su familia; y por más señas, que están lo mismo el padre que los hijos, que se les puede ahogar con un caballo, y la hija mayor, la Encarnacion, que es tan buena y les ha servido á todos de madre, dicen que no hace más que llorar por su pobre hermano.

El *Maruso* exhaló un hondo suspiro y quedóse mirando fijamente á su mujer con una expresion de indecible ternura.

—¡Eres más buena que el pan! exclamó el bandido con los ojos arrasados en lágrimas.

Las benévolas palabras de su esposa para con Rubio y su familia, le produjeron un efecto singular é inexplicable, porque á la vez le inspiraban enojo y simpatía.

—Yo creo, añadió la mujer, que como tú tienes tantos enemigos por otras cosas, alguno se habrá querido vengar de tí, robándonos al pobrecito niño.

A este recuerdo, el *Maruso* lanzó un rugido sordo y terrible como el de una pañera.

—Es posible, dijo luego, que algun enemigo se haya querido vengar; pero ¿por qué no me busca y cara á cara me mata ó le mata? Más, ¿qué culpa tiene mi hijo? ¿Eso es una infamia y una cobardía.

—Pepe, si eso es una infamia y una cobardía, pon la mano en tu pecho.

—Mujer, por Dios, no me desesperes. ¿Qué comparacion tiene una cosa con otra? ¿Lo hago yo por venganza, ni seria capaz de matar á ningun hijo por vengarme de su padre?

—Pues, entonces.....

—Yo lo hago por vivir, para no morirnos de hambre, lo cual es muy diferente; pero si tengo un resentimiento con alguno, busco al enemigo que me ofende, mas no á sus inocentes hijos... Sin embargo, de lo que tú dices de la familia de Rubio, ¿qué otra persona puede tener interés en quitarme el hijo, solamente por venganza? No tengas duda de que este golpe nos viene de esa familia.

La esposa esta vez no se atrevió á contradecir á su marido, porque llegó á comprender que acaso tenia razon en sus sospechas.

—¿Y qué tenemos que hacer? ¿A dónde recurrir? ¿Cómo averiguar la suerte de mi pobre hijo? ¡Qué desesperacion y qué rabia! exclamó el *Maruso*.

—Ahora comprenderás, Pepe mio, cuántas fatigas ¡habré yo pasado estos días.

—Es verdad, mujer... Se me parte el corazon de verte y de no verlo. ¡Por vida de Jesucristo! exclamó el bandido, levantándose con el brío y resuelto ademan que le eran peculiares.

La pena, la ira y el amor infundieron de nuevo en aquella naturaleza enérgica, un momento abrumada por un dolor tan inmenso como inesperado, el valor indomable y la sangre fría de que estaba dotada.

—No hay que abatirse, María, nosotros recobramos á nuestro hijo, porque no hay remedio: ó me lo han quitado para que no muera el hijo de don Manuel, ó para sacarme algun dinero, ó para matarlo por venganza y odio contra mí. En esto, no hay falencia, María, y una de estas tres cosas tiene que ser. Si es para que no muera Enrique, salvaremos á nuestro hijo; y si es por dinero, tampoco te apures, porque yo lo robaré para librarlo; pero en ambos casos nos lo han de decir; mas si lo matan por odio contra mí, odio tambien le declararé yo al mundo entero, y entonces ya no veremos más á nuestro hijo, María de mi alma, pero yo te juro que la muerte de nuestro niño hará ruido, por mi venganza.

—¡Dios querrá que no lo maten! exclamó la madre, cruzando las manos con actitud profundamente religiosa; pero sé tú bueno tambien, querido Pepe, y por ningun motivo mates al hijo de don Manuel, ni consientas que nadie lo mortifique, porque si tu tienes misericordia con él, yo creo que la Virgen Santísima tendrá tambien misericordia de nosotros y de nuestro niño. ¿Me lo prometes así, Pepe?

—Te lo juro, María; respondió el bandido haciendo la señal de la cruz y besándola.

—Pues entonces, me quedo tranquila; repuso la madre.

—Pues vive en esa confianza, y además está segura de que no has de tardar en tener noticias de tu hijo y en saber si el tiro viene de donde yo me pienso, ó de algunos que tambien quieren sacar dinero. Si no sucede esto pronto, entonces... ¡encomiéndalo á Dios!

Al pronunciar estas últimas palabras la voz del bandido, de ordinario tan varonil, vibró trémula y llorosa.

La triste madre guardó silencio; pero profundamente conmovida por el enternecimiento de su marido, se precipitó en sus brazos, reprimiendo su amargo llanto y prolongados sollozos.

El bandido abrazó tambien á su esposa diciéndole:

—Yo volveré tan pronto como pueda para saber lo que hay, pero entre tanto, María, procura consolarte y no te pongas mala, porque nada mata más que las desazones.

—¿Y si hay peligro para tí en que vengas? preguntó la esposa.

—Entonces lo mejor será que avises de lo que haya al amigo de la huerta, en donde sabes que dejó el caballo; pues yo como paso por allí antes, él me dirá lo que haya, y si puedo llegar hasta aquí, llegaré, y si no te avisaré en dónde y cómo podremos vernos.

—Eso es lo mejor; pero por Dios, Pepe, no te comprometas luego, ni te detengas ahora; mira que ya viene el alba y si te cojen, ¿qué será de tu hijo y de mí?

—Tienes razon. ¡Adios! ¡Adios!

—Yo estaré rezando mientras sales del pueblo, y la Santa Virgen querrá sacarte con bien de todos los peligros.

—Bueno, mujer, reza, y Dios te lo pague.

El bandido hizo un movimiento como para salir; pero María se le anticipó diciéndole:

—Deja que yo vaya antes; abriré la puerta y miraré por toda la calle, para que no tengas ningun tropiezo.

—¡Bendita sea la hora en que nos echaron las bendiciones! ¡Anda!

María, en efecto, salió delante de su marido, y habiendo abierto la puerta con mucho sigilo, y registrado toda la calle, volvió al zaguan, en donde la esperaba su esposo, y en voz muy baja, le dijo:

—No hay cuidado.

—Hasta la vuelta. ¡No llores!

—¡Piensa en tu hijo!

—Descuida.

El *Maruso* salió de la casa; la mujer cerró la puerta cuando le perdió de vista, y pocos momentos despues estaba él á caballo y en marcha, mientras que ella se hallaba postrada de rodillas en su habitacion, y delante de una imagen de Cristo de la Misericordia, á quien profesan particular devoción en aquel pueblo.

## CAPITULO XIX.

## DIVERSOS ASPECTOS DE UN MISMO CARÁCTER.

El amor es capaz de abnegaciones sublimes.

No habia manifestado el *Maruso* en presencia de su mujer, por no aflijirla, todas las ideas y sentimientos que le habia sugerido la noticia fatal del rapto de su amado hijo.

El bandido respetaba el dolor y los sentimientos religiosos de su esposa, y, por lo tanto, en medio de su ira y de su pena, que fuera de su hogar hubieran conducido al *Maruso* á la blasfemia, á las más tremendas imprecaciones y á la más violenta manifestacion de su furor y cólera, guardó allí todos los miramientos debidos á la mujer, é inspirados por el amor y la ternura que á ella le profesaba.

Pero cuando se halló en el campo y al aire libre, sus ideas fueron tomando otro rumbo, y desde luego, la nota predominante en la confusion y tumulto de sus pensamientos, puede decirse que era la de tomar inaudita venganza del raptor ó raptores de su hijo, luchando valientemente contra todos los enemigos que, ocultos ó descubiertos, se le presentasen.

Teniendo en cuenta que, por punto general, nadie comete un crimen sino como condicion y medio de obtener un interés ó ganancia directa, cada vez se afirmó más y más en sus primeras y espontáneas conjeturas, respecto á que don Manuel Rubio, ó gente amiga suya, habian sido la causa de la desaparicion de su hijo Antonio.

Esta creencia casi le consolaba, porque ponía en su mano la salvacion de su hijo, si, en efecto, éste le habia sido arrebatado como garantía de la vida del joven Enrique, á quien él tenia en su poder; y por consiguiente, si á él le exigian vida por vida, él á su turno tambien podia imponer idéntica exigencia.

En este concepto, apartándose resueltamente de la opinion de su mujer, y persistiendo en el juicio que de antemano habia formado de don Manuel Rubio, considerándole como á un viejo marrullero, astuto, socarrón y tacaño, vino á concertar estas ideas con las que anteriormente se le habian ocurrido con respecto al último recado del padre del cautivo, y desde luego, pensó que él habia juzgado con exactitud incontestable, y que el propósito del viejo labrador no era otro por ganar tiempo y buscar el mejor modo de salvar á su hijo sin soltar dinero.

En esta serie de reflexiones, su amor propio salía triunfante contra la opinion de sus compañeros, los cuales se imaginaban que el último aviso de Rubio habia sido enviado con la mejor buena fé, y en virtud de las más plausibles razones.

Este recuerdo hirió vivamente la imaginacion del *Maruso*, que cada vez estaba más convencido de que él no se equivocaba y que sus compañeros eran los engañados por la sagacidad y astucia del padre del prisionero.

Ahora bien; si es cierto que el juicio del *Maruso*, lejos de haber cambiado desde los días anteriores, habia adquirido, por el contrario; más y más solidez y justificacion, en vista de la terrible noticia que acababa de recibir, tambien es incontestable, que mientras que su opinion permanecia idéntica y cada vez más fortificada, su situacion, en cambio, se habia trocado de la manera más diametral y para él más triste y dolorosa.

En efecto; en virtud de sus dictámenes, antes de separarse de sus cómplices, el secuestrado Enrique debia de morir sin dilacion para hacer un escarmiento, mientras que, segun el parecer de aquellos mismos camaradas, el sacrificarlo así, á meras sospechas, habria sido proceder con precipitacion, crueldad é injusticia.

Resultaba de aquí, que los amigos del *Maruso*, sin pensarlo ni saberlo, defendian lo que á éste más podia agradarle y convenirle ahora, en tanto que él mismo habia sido

antes el tenaz paladin de la solución que más directamente podía perjudicarle, comprometiendo la vida de su hijo.

Ya el lector sabe que los bandidos habían aplazado la muerte de su prisionero hasta el próximo regreso de su jefe, que debía traer hechas las convenientes averiguaciones, para decidir sobre la buena ó mala fé con que el señor Rubio procedía.

Pero dada la tremenda peripecia que había ocurrido, el *Maruso* tenía intereses completamente contrarios, no ya inspirados por su situación y afecto de padre, sino también por el solemne compromiso contraído con su esposa, á la cual le había jurado con toda sinceridad no consentir en la muerte del cautivo.

Este juramento le ponía en contradicción consigo mismo y con sus cómplices; pues que al presente, le convenía á él más que á ellos el salvar á todo trance la vida del secuestrado.

A consecuencia de la nueva é inesperada situación en que se encontraba el *Maruso*, excitado por la pena y por el dolor inmenso de su espantosa desgracia, no menos que por la cólera y por la ferocidad de su carácter bravo y luchador, hervían en su cabeza mil y mil ideas contradictorias, combatían en su imaginación de fuego mil y mil planes contrarios, y se disputaban su corazón con encarnizado combate mil y mil sentimientos diversos é incompatibles.

¿Debía decirles á sus compañeros la verdad de lo que le ocurría? Esto era muy peligroso para su amado hijo, por más que fuese muy satisfactorio para sus previsiones, en virtud de las cuales había calificado como una farsa el recado de Rubio. En este caso, los bandidos podían argüirle diciendo que ellos nada tenían que ver con sus desgracias particulares; que debía atenderse, ante todo, al bien general de la cuadrilla, y que en vista de aquellas noticias, era necesario sacrificar sin dilación y sin remedio al cautivo.

¿Debía ocultarles que había sido secuestrado el hijo de su corazón, como en rehenes de la vida de Enrique? Esto era entregarse sin defensa á sus feroces compañeros, en cuyas manos ponía la existencia de su hijo. En este concepto, el engañar á sus cómplices repugnaba á la altivez y arrogancia de su carácter; pero también el decirles la verdad, desgarraba y rompía en pedazos su amoroso corazón de padre.

Con estas dolorosas y sombrías confusiones caminaba el *Maruso* hacía el rancho, donde sus compañeros le aguardaban, sin acertar á resolver ni á decidir lo que había de decirles, y la conducta que le convenía observar en su situación tan crítica y congojosa, en la cual, no sólo se interesaba su propia persona, sino también la de su esposa querida y la de su hijo idolatrado.

Entre tanto, la dorada luz del sol y las frescas brisas de la mañana infundían en su organización y en su mente un aliento vivificante y una lucidez extraordinaria.

Cuanto más se acercaba al término de su camino, más lenta era su marcha, porque no quería presentarse á sus compañeros, sino llevando ya resueltas en su interior todas las graves cuestiones, que tan vivamente le conmovían y tan directamente le interesaban.

Excusado parece decir, que en el múltiple carácter del *Maruso*, encontrábase á la vez un tierno esposo, un padre amantísimo, un hombre feroz y violento, un enemigo de la sociedad, un jefe valeroso y un ladrón por extremo perspicaz y astuto.

La conciencia humana en sus inmensos límites, es el teatro único en que pueden presentarse coexistentes y vivos estos contradictorios y admirables conjuntos de luz y tinieblas.

Así, pues, el *Maruso*, á medida que se alejaba del influjo redentor, y por decirlo así, religioso, que su esposa ejercía sobre él, recobraba en proporción, cada vez más creciente, sus cualidades nativas y picarescas, entre las cuales la reserva, el disimulo y la astucia, ocupaban un lugar predominante.

Ya muy cerca del sitio, en que debía encontrar á sus compañeros, detuvo su caballo, sacó la petaca, encendió un cigarro, comenzó á fumar con aire pensativo, y como recapitulando en su mente sus ideas.

Al fin, hablando consigo mismo, exclamó:

—Ellos tienen la razón; yo me había equivocado y... *mutis* por mi parte!

Y una franca y truhanesca sonrisa brilló en sus labios, iluminando todo su semblante con una expresión de júbilo indecible.

En seguida, puso al galope su caballo, y pocos minutos despues, se halló en compañía de sus camaradas que le aguardaban con la más viva impaciencia.

## CAPÍTULO XX.

DE CÓMO LA RISA ES MUCHAS VECES COBERTERA DE LAS PENAS.

No bien el *Maruso* había echado pié á tierra, cuando todos sus compañeros le rodearon con la más ansiosa curiosidad, procurando leer en su semblante las noticias favorables ó adversas que pudiera traer respecto al punto de su anterior disidencia.

Desde luego, advirtiendo en su porte y en su mirada, que venía muy satisfecho, tranquilo y alegre, lo cual fué para los bandidos, indicio seguro de que muy en breve habían de verse contando en amor y compañía los cuatro mil duros del rescate del secuestrado.

Uno de ellos cogió el caballo del *Maruso* y lo llevó con los otros, que libremente pacían en la inmediata cañada.

En seguida, los cuatro compañeros, tendidos boca abajo sobre sus mantas, en medio del monte, entablaron el diálogo siguiente:

—¡Parece que vienes muy alegre y satisfecho! exclamó el de los ojos azules.

—Estoy más contento que unas páscuas.

—¿Qué has averiguado? preguntó el hoyoso de viruelas.

—Que soy muy maliciosos y que no tenía razón en atribuirle tan mala fé al padre de ese pobre muchacho.

—Entonces, dijo el otro compañero, se ha salvado de que lo hagamos hoy más cuartos que tiene un real,

—¡Vaya si se ha salvado! El que desde hoy le toque al

pelo de la ropa, debeis hacer cuenta que le toca á las niñas de nuestros ojos.

—¡Toca esos cinco! exclamó el más alto, tendiéndole cordialmente la mano al *Maruso*, que respondió:

—Con mucho gusto; ya sabes que soy tu amigo, lo mismo que de todos vosotros.

—Sí; respondió el alto; pero te he dado la mano, porque me agrada mucho el que seas tan leal y tan amigo de la verdad, aunque sea en contra tuya.

El *Maruso* clavó en su compañero una mirada penetrante, como un puñal; pero convencido de que su interlocutor hablaba con la mayor sencillez, prorrumió en una sonora carcajada diciendo:

—Veo que os gozais en mi derrota y que le dais demasiado mérito á que yo la confiese, pero ¿qué debo yo hacer, sino decirlos la verdad con franqueza? Yo creí que ese viejo tuante, nos quería entretener con palabritas mansas, mientras que vosotros creiais todo lo contrario. Pues bien, en el pueblo me han dicho, que toda la familia está muy afligida y que el buen viejo anda buscando de veras el dinero, como quien busca lumbre.

—¡Lo ves, hombre! dijo el alto. Muchas veces el ser desconfiado puede ser causa de que seamos injustos.

—Y además, esa desconfianza puede perjudicar en muchas ocasiones; añadió el hoyoso de viruelas.

—No podía ser otra cosa, terció el otro compañero; porque el interés de don Manuel estaba en no andar con paños calientes.

El *Maruso* aguantó aquella descarga con aire resignado y jovial, sintiendo hipócritamente en que sus amigos le tuvieran por menos previsora y más maliciosos que ellos.

—Pues nada, respondió al fin; yo me doy por vencido y confieso que vosotros teniais razón; y léjos de contrariarme el caer de mi borrico, esto me ha quitado la múrria, porque yo creo que mi mal humor consistía en la rabia que me causaban, no solamente los recados de don Manuel, sino también ese tío socarrón que nos mandó, y que tiene más conchas que un galápago.

—Verdaderamente que es un tío muy calmoso, y esos hombres así, le quemán la sangre á los que tienen un genio tan vivo como el tuyo; pero me parece que no tiene un pelo de tonto; respondió el de los ojos azules.

—Pues ahora lo que más conviene es poner á ese muchacho en lugar seguro, porque aquí ya ha estado muchos días; dijo el *Maruso*.

—¿Y traes ya pensado el sitio adonde lo hemos de llevar? —Ya hace muchos días que lo tengo pensado, y esta noche lo traspondremos allí, á fin de darle tiempo á su padre para que reúna esos cuartos.

—Dices bien.

El *Maruso*, pues, manifestóse muy risueño y complaciente con sus compañeros, y éstos á su vez, se alegraron mucho de que su jefe hubiese regresado tan contento y tranquilo y renunciando completamente á su feroz y sangriento propósito de dar muerte al infeliz cautivo.

Concertados en trasladarse de allí aquella noche, los bandidos despues de comer, se echaron á dormir, aguardando la hora de la marcha.

Apénas hubo anochecido, el *Maruso* excitó á sus compañeros para que aviasen cuanto ántes los caballos, anunciándoles que tenían que hacer una buena jornada.

El infeliz secuestrado se hallaba muy distante de pensar en el insoportable martirio que muy en breve le aguardaba, de una caminata larga y penosa para cualquiera; pero más insufrible todavía para quien como él se hallaba muy abatido, física y moralmente, despues de tantos días de cautiverio sin hacer movimiento alguno, tendido siempre en el duro suelo, abrasado por el sol, aquejado frecuentemente de una sed devoradora, y sobre todo, sofocado y casi congestionado por los pañuelos que constantemente le cubrían los ojos, oprimiéndole la cabeza y tapándole los oídos.

Esta venda tenaz, perpétua, interminable y fuertemente apretada, hubiera acabado por incrustársele en la frente al cautivo, y privarle de la vista, si en algunas ocasiones no se la hubiera levantado, procurándose así algun descanso, ya cuando sentía algo léjos á los bandidos, durante el día; ya por la noche, cuando estaba profundamente dormido su inmediato guardián, con el que estaba atado.

Estos breves desahogos, que á primera vista podrán parecer pequeños ó insignificantes, eran para el pobre cautivo indeciblemente deliciosos, porque le proporcionaban un descanso tan saludable como apetecido.

En uno de estos venturosos instantes se hallaba el prisionero, cuando apresuradamente se bajó la venda y fingióse dormido, porque sintió aproximarse á los secuestradores.

En efecto, dos bandidos se acercaron á él, y cogiéndole por debajo de los brazos lo subieron á las ancas del caballo del hoyoso de viruelas, y en seguida el *Maruso* montó en el suyo, acomodándose los otros dos bandidos en la otra cabalgadura que les quedaba.

En esta forma, emprendieron su marcha, yendo el *Maruso* delante, el hoyoso de viruelas con el prisionero en medio, y á retaguardia los otros dos bandidos.

Al principio caminaron lenta y dificultosamente por las fragosidades del terreno; más despues la marcha fué menos penosa, durante algunas horas en que la verificaron por tierra llana; pero ya despues de media noche comenzaron nuevas dificultades, á causa de lo escabroso y quebrado del terreno, llegando á ciertos parajes, en que todos tenían que bajarse para poder proseguir su marcha, llevando los bandidos los caballos del diestro, y obligando al infeliz prisionero á que permaneciese en su cabalgadura, asiéndose al aparejo, y sosteniéndose como mejor podía.

En una de las pendientes que tuvieron que bajar, se cayó dos veces el caballo que conducía al secuestrado, dando con éste en tierra; pero en la segunda caída, la caballería arrojó al hoyoso de viruelas, derribándole también, de suerte que se levantó furioso, amenazando al cautivo, y diciéndole:

—Esta noche te mato! No quisiera más que pillar aquí al viejo tuno y perro que tiene la culpa de esto, por no querer mandar el dinero.

En resolución, diré, que estuvieron caminando toda la

noche hasta que al amanecer llegaron al sitio designado por el *Maruso*, entre quebraduras y asperezas, poco ménos que inaccesibles.

Allí se instalaron todos, harto cansados y mohinos, por la prolongada y penosa marcha; pero mientras que los bandideros estaban místicos y cariacontecidos, su astuto jefe parecía radiante de satisfacción y contento, como si al depositar al prisionero entre aquellas breñas y riscos, hubiera encontrado un inmenso y preciadísimo tesoro.

En efecto, allí tenía más seguro y más bien guardado que nunca al joven Enrique Rubio, cuya persona era para él la más firme garantía de la vida de su hijo.

Así, pues, el mal humor del *Maruso* había desaparecido completamente á los ojos de sus compañeros, que se hallaban muy distantes de sospechar que su jefe tenía un paraiso en el rostro y un cementerio en su alma.

¡Tan cierto es, que en el mundo suele ser la risa, la cobertera de la desesperación y de las penas!

## CAPÍTULO XXI.

ENIGMA INDESCRIFTABLE.

El alcalde del Arahál anunció un telegrama de 22 de Julio, al Gobernador de Sevilla, la desaparición ó secuestro del niño Antonio Carrascoso Martín, hijo del *Maruso*.

Este hecho singular é inesperado llamó extraordinariamente la atención de las autoridades en aquellas críticas circunstancias, en que la persecución contra el bandolerismo había llegado en la provincia hasta el último extremo de la energía, diligencia y eficacia.

¿Quiénes podrían ser aquellos nuevos secuestradores, que dirigían sus asechanzas contra el hijo de un criminal, que difícilmente podría satisfacer un crecido rescate? Aquel nuevo crimen, ¿estaba inspirado por la codicia? ¿Era tal vez sugerido por odio y venganza personal contra el *Maruso*? ¿Tendría parte en aquel atentado la familia del señor Rubio, á la cual le convenía sin duda el tener en rehenes al hijo del secuestrador de Enrique? Y de todas maneras, cualesquiera que fuesen los móviles que le impulsasen, ¿quiénes habían sido los perpetradores de aquel delito? ¿A dónde podrían dirigir las autoridades sus esfuerzos é investigaciones? Hé aquí los difíciles problemas que se presentaban á la solución del Gobernador de Sevilla y del comandante de la Guardia civil.

Así, pues, excitaron el oído de sus subordinados para averiguar hasta en sus más pequeños detalles el hecho, interrogando á la madre del niño, á los vecinos y cuantas personas pudiera suministrar alguna luz, para venir en conocimiento de quiénes fuesen los autores de aquel nuevo secuestro.

De igual modo procuraron averiguar, con la debida reserva y discreción, si la familia del señor Rubio había tenido alguna parte en aquel inesperado suceso; pero bien pronto hubieron de convencerse, por las manifestaciones del anciano labrador, de que, léjos de haber contribuido él y su familia á aquel hecho, por el contrario, le había impresionado de la manera más dolorosa, como ya el lector sabe, pues que aquella noticia vino á echar por tierra las esperanzas y seguridades de que pronto se salvara su hijo, en virtud de la persecución activa que la autoridad desplegara contra los secuestradores, los cuales, bajo aquella presión, podían ceder algo en sus exageradas exigencias, hasta el punto de que no le fuese tan oneroso el rescate de su hijo.

Efectivamente, el secuestro del niño del *Maruso* le había molestado desde el primer momento de la manera más ingrata al señor Rubio, porque vaga é instintivamente recordaba, no sólo que la opinión le designaría como autor ó cómplice de aquel hecho, sino también que tuviese para su hijo lamentables consecuencias.

En tal situación de ánimo se hallaba el anciano y afligido padre, cuando se le presentó Rodrigo, que, asustado de la fiera y terribles amenazas del *Maruso*, había partido precipitadamente de Antequera.

—¿Qué traes? preguntó con triste acento el señor Rubio.

—Nada bueno; respondió Rodrigo.

—¡Ya me lo figuraba yo!

—No es tan fácil que usted se figure lo que me ha pasado.

—Vamos, cuenta.

—Pues nada, yo salí de aquí, siguiendo el camino que ellos habían señalado; pero nadie me habló una palabra hasta que llegué á Antequera.

Y Rodrigo refirió al señor Rubio todo lo que ya sabe el lector, respecto á su conferencia con el enojado *Maruso* y sus compañeros, sin omitir la importante circunstancia de que el jefe de los bandidos había sacado para él un enorme cuchillo, y sin la oportuna intervención de los otros dos secuestradores, en las puertas de Antequera hubieran tenido fin y remate su existencia y sus recados.

—¿Conque tan furioso estaba ese hombre? preguntó el anciano con aire profundamente pensativo.

—¡Que si quieres! Yo no he visto en mi vida un basilisco semejante. Cuando le dije que usted estaba conforme, pero que necesitaba tiempo para reunir los cuatro mil duros, comenzó é echar por aquella boca sapos y culebras.

—¡Siempre lo creí; pero ahora ya no tengo duda! exclamó Rubio, como hablando consigo mismo.

Luego, dirigiéndose á Rodrigo, le preguntó:

—Y por fin, ¿en qué habeis quedado?

—En nada... quiero decir... en que...

—Vamos, ¡explicate!

—En que harían lo que anunciaban en la carta.

—¡Bien me lo temía yo!

—Y como luego me quiso matar, me mandó que me quitase de su vista, yo así lo hice, y aquí estoy; pero ¿qué tiene usted, nuestro? Es verdad que mis noticias no son muy buenas; pero á la cuenta, por lo que usted ha dicho, veo que usted quizá tendrá otras peores.

—Todas se salen allá. Tu relato no me ha sorprendido; ántes bien me lo esperaba.

JULIAN ZUGASTI

Continuará.)

# ANUNCIOS.



VAPORES-CORREOS DE LA COMPAÑIA TRASATLANTICA.  
(ANTES A. LOPEZ Y COMPAÑIA).

**SERVICIO PARA PUERTO-RICO Y LA HABANA.**  
Salidas: de Barcelona los días 4 y 25 de cada mes; de Valencia el 5; de Málaga 7 y 27; de Cádiz 10 y 30; de Santander el 20; y de la Coruña el 21.

NOTA. Los vapores que salen de Cádiz el 10 hacen la escala de las Palmas (Canarias).

Se expenden tambien billetes directos para

MAYAGÜEZ, PONCE, SANTIAGO DE CUBA, GIBARA Y NUEVITAS, con trasbordo en Puerto-Rico ó Habana.

Rebajas á familias y platos convencionales para aposentos mayores que los correspondientes ó de gran lujo.

Los pasajes de 3.ª clase acaban de fijarse en 35 duros.

Idem de 3.ª preferentes con mayores comodidades á 50 duros á Puerto-Rico y 60 duros á la Habana.

Para más detalles dirigirse á Julian Moreno, Alcalá, 28, Madrid.—D. Ripoll y Compañía, Barcelona.—A. Lopez y Compañía, Cádiz.—Angel B. Perez y Compañía, Santander.—E. da Guarda, Coruña.

CASA GENERAL DE TRASPORTES  
DE  
**JULIAN MORENO**  
CONTRATISTA DE LOS FERRO-CARRILES  
DE MADRID Á ZARAGOZA Y ALICANTE,  
Y  
UNICO CONSIGNATARIO DE LOS VAPORES-CORREOS DE

A. LOPEZ Y COMP.ª  
MADRID.—ALCALÁ, 28.

PALACIOS Y GOYOAGA  
SASTRES.  
3. PUERTA DEL SOL PRAL. 3

EDMUNDO DE AMICIS

## MARRUECOS

Traducción española, con permiso del autor, y noticia biográfica del mismo, por

**JOSÉ MUÑOZ CARRO**

Un volumen de 450 páginas.—Se vende al precio de 3'50 pesetas.—Los pedidos acompañados de su importe á Victoriano Suarez, Jacometrezo, 72, librería, Madrid.

D. RAMÓN DE CAMPOAMOR  
(DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA)

## DOLORAS Y CANTARES

DÉCIMO-SEXTA EDICION

Un grueso volumen de LVII-458 páginas.—Se vende al precio de 5 pesetas en Madrid y 5'50 en provincias, en casa de Victoriano Suarez, Jacometrezo, 72, librería, Madrid, donde se dirigirán los pedidos acompañados de su importe.

## EL BANDOLERISMO

ESTUDIO SOCIAL Y MEMORIAS HISTÓRICAS  
POR EL EXCMO. É ILMO. SEÑOR

**DON JULIAN DE ZUGASTI**

EX-DIPUTADO Á CORTES, EX-DIRECTOR DE PROPIEDADES Y DERECHOS DEL ESTADO  
Y EX-GOBERNADOR DE CORDOBA

A esta obra se suscribe en Madrid, casa del Autor, calle de San Pedro, núm. 1, piso 3.º derecha.

Se han publicado la INTRODUCCION y los ORÍGENES.

Cada una de estas partes consta de tres tomos, y constituye por sí sola un trabajo completo, que puede adquirirse por separado.

Además se han publicado los cuatro tomos de que consta la PARTE SEGUNDA, titulada NARRACIONES.

Se vende al precio de DOCE reales cada tomo, para los no suscritores, en casa del Autor y en las principales librerías de España.

En las Antillas y Filipinas cuesta cada tomo á los suscritores un peso en oro.

TRADICIONES  
DE

## TOLEDO

POR

**EUGENIO DE OLAVARRÍA Y HUARTE.**

Esta obra, tan encomiada por la prensa y que consta de 316 páginas de esmerada impresion y excelente papel satinado, se halla de venta en Madrid en las principales librerías al precio de diez reales.

Los Sres. Montoya y Compañía, Caños, 1, son los encargados de servir los pedidos que vengan acompañados de su importe.

## BIBLIOTECA DEMOCRÁTICA

TOMOS DE MÁS DE 100 PÁGINAS, 50 CÉNTIMOS DE PESETA

Obras de los Sres. Ruiz Zorrilla, Salmeron, Figueras, Labra, Carvajal, Pedregal, Asquerino y otros distinguidos escritores demócratas.

Por suscripcion á series de seis tomos, 2 PESETAS 50 CÉNTIMOS, previo pago adelantado.

SE HA PUBLICADO

### Á SUS AMIGOS Y ADVERSARIOS

MANUEL RUIZ ZORRILLA

Folleto de Ginebra, impreso en Londres, y publicado ahora por primera vez en España. Obra interesantísima para los demócratas y cuya primera edicion está próxima á agotarse.

OBRAS EN PRENSA

LA CONTRIBUCION ÚNICA Y DIRECTA, por D. Fernando Garrido.  
LA LIBERTAD CIENTÍFICA Y RELIGIOSA, por Felipe Picatoste.

Los pedidos á M. Romero, Ventura Rodriguez, 8, barrio de Arguelles.

### BANCO HIPOTECARIO DE ESPAÑA.

Préstamos al 5 por 100 de interés en cédulas.

Préstamos al 5 y medio por 100 en metálico.

Deseoso este Banco de promover y facilitar los préstamos en beneficio de los propietarios, ha acordado hacer á quienes lo soliciten préstamos en cédulas al 5 por 100 de interés. El Banco comprará las cédulas.

Al mismo tiempo continúa haciendo préstamos al 5 y medio por 100 en metálico.

Las condiciones comunes á unos y otros son las siguientes:

Este Banco hace los préstamos desde cinco á cincuenta años con primera hipoteca sobre fincas rústicas y urbanas, dando hasta el 50 por 100 de su valor, exceptuando los olivares, viñas y arbolados, sobre los que sólo presta la tercera parte de su valor.

Terminadas las cincuenta anualidades ó las que se hayan pactado, queda la finca libre para el propietario sin necesidad de ningun gasto ni tener entonces que reembolsar parte alguna del capital.

La cantidad destinada á la amortizacion varia segun la duracion del préstamo.

### ADVERTENCIA IMPORTANTE

El prestatario que al pedir el préstamo envíe una relacion clara, aunque sea breve, de sus títulos de propiedad, obtendrá una contestacion inmediata sobre si es posible el préstamo, y tendrá mucho adelantado para que el préstamo se conceda con la mayor celeridad, si hay términos hábiles.—En la contestacion se le prevendrá lo que ha de hacer para completar su titulacion en caso de que fuere necesario.

Admite tambien el Banco Hipotecario valores en custodia é imposiciones en cuenta corriente con interés.

### OBRAS NUEVAS.

**UN VIAJE A PARIS POR EMILIO CASTELAR,** seguido de un guía descriptivo de Paris y sus cercanías, por L. Taboada.

Si Paris no es ya para muchos el cerebro del mundo civilizado, es sin duda para todos el corazon que regula y difunde el movimiento de las ideas. Por esto conviene siempre conocer ese foco donde se concentra é irradia á la vez toda la vida de nuestro siglo. Y este libro presenta la gran ciudad en una de las crisis más trascendentales de su dramática historia; el período en que se estableció por tercera vez la República, está iluminado, más que descrito, por un pincel inimitable: la pluma de Castelar.

Parecíamos que completaría el conocimiento de ese fecundo escenario un guía de Paris y sus cercanías, cuyo mérito consiste principalmente en la abundancia de útiles noticias y en el método y la claridad de su exposicion. Con él son, en verdad, innecesarios los servicios de modestos y

costosos tutores. Los suple sobradamente un precioso plano de Paris y los del Louvre, sin cuyo auxilio no podrán recorrerse aquellas vastas y ricas galerías.

Todo está contenido en un tomo manuable de unas 600 páginas, de letra compacta, que se vende á reales..... 20

**GOTTSCHALCK, POR LUIS RICARDO FORS,** miembro del Liceo y Conservatorio de Música de Barcelona, del Ateneo de Madrid y de otras corporaciones científicas y artísticas, nacionales y extranjeras. Obra escrita expresamente para LA PROPAGANDA LITERARIA. Está impresa con todo lujo, en un tomo de 400 páginas, adornada con un magnífico retrato del celebrado pianista y una visita de la tumba en que descansa, abiertos en acero por uno de los mejores artistas de Nueva-York. Está además enriquecida con un fragmento de música, autógrafa é inédita, del célebre artista. El autor de esta obra, tan competente en el arte musical como apreciado del público, ha escrito una interesante y minuciosa biografía del eminente artista, con quien vivió largo tiempo en Sur-América: á esta biografía, formada con datos auténticos, irá unida la historia anecdótica de gran parte de las composiciones de GOTTSCHALCK, reveladas muchas de ellas en momentos de confianza por el propio artista. La circunstancia de que el autor de esta obra conoció íntimamente á GOTTSCHALCK, facilita la publicacion de los interesantes detalles de su muerte y de infinitos actos de la vida íntima del inspirado músico, cuya existencia fué una serie no interrumpida de accidentes á cual más dramáticos é interesantes.

Puede asegurarse que el libro del Sr. Fors sobre GOTTSCHALCK, es una obra que buscan con avidez y leen con placer los numerosos amigos del gran artista norteamericano y los entusiastas admiradores de su potente génio y vastísimo talento. Reales.. 30

**VIDA DE LORD BYRON, POR EMILIO CASTELAR.** Esta obra del eminente orador español, que la considera su autor como la más predilecta entre todas las suyas, publicada con todo lujo, forma un precioso tomo en 4.º menor, de más de 200 páginas, impresa con tipos completamente nuevos y una elegante cubierta de color.

Está adornada con un magnífico retrato del poeta inglés, abierto en acero por el más célebre grabador de Nueva-York. Reales..... 20

**TEATRO NUEVO, POR JOSÉ ROMAN LEAL.**—Con este título ha escrito el Sr. Leal un libro de tanta novedad como interés. Es un estudio de Filosofía y Estética aplicada al arte poético y determinadamente á la dramaturgia. Le sirven de motivo las obras de D. José Echegaray. Intercala en el centro los juicios críticos ya publicados separadamente, de *O locura ó santidad* y *En el seno de la muerte*. Se divide este notable traba-

jo en cuatro secciones por capítulos. La primera, precedida de una introduccion interesante por los recuerdos de historia contemporánea que contiene, consta de ocho capítulos escritos con mucho vigor de estilo. En ellos plantea y desarrolla el autor su pensamiento sobre las condiciones que, con arreglo á las ciencias y sus grandes adelantos, debe tener el arte moderno, y deduce que es una necesidad de los tiempos dar forma amplia y grandiosa al *Drama social* con sentido moral y antropológico, y acometer con audacia y resolucion el problema de la Finalidad, que dice es immanente. Siguen á esta seccion los dos juicios críticos expresados, y termina el libro con otra seccion cuarta, donde aborda los problemas del principio moral y de la vida en relacion con el Universo por corrientes de ideas y de sensaciones, estableciendo, por último, las leyes fundamentales del criterio. Ofrece seguramente este libro tanta novedad en los pensamientos como en la forma de exponerlos. Precio del tomo, de 350 páginas, edicion de lujo, reales..... 20

Los pedidos de cualquiera de estas obras se harán á la sucursal en Madrid de LA PROPAGANDA LITERARIA, calle de Leon, 12, principal, acompañando su importe en libranzas del Giro Mútuo ó sellos de correos.

### LA AMERICA

Año XXIII

Este periódico quincenal, redactado por los primeros escritores de Europa y América, y muy parecido por su índole é importancia á la REVISTA DE AMBOS MUNDOS, se ha publicado sin interrupcion durante veintitres años. En él han visto la luz más de ocho mil artículos, todos originales y escritos expresamente por sus numerosos colaboradores, lo que puede justificarse consultando el índice que figura al fin de cada tomo. Para comprender toda su importancia, bastará decir que el Gobierno español, años hace, lo ha recomendado de real orden á los capitanes generales y gobernadores de la Isla de Cuba, Puerto-Rico y Filipinas; así es que nuestra REVISTA UNIVERSAL cuenta en dichos países con numerosos suscritores, como en toda la América, España, Francia, Inglaterra y el resto de Europa. El número de nuestros comisionados ó corresponsales excede de 400.

Otra que vá directamente desde Cádiz á Canarias, Puerto-Rico, Cuba, Santo Domingo, Haití, Jamáica y demás posesiones extranjeras en Ultramar.

Y otra por San Thomas para la América Central, Méjico, América del Sur y América del Norte, aprovechando los vapores-correos que parten de los puertos de Inglaterra.

Bastan, pues, estas indicaciones para comprender las ventajas que ofrece un periódico tan antiguo y acreditado á los que acierten á escogerle como medio de publicidad.

Agente general en la Isla de Cuba el Sr. D. Alejandro Chao, director del acreditado establecimiento LA PROPAGANDA LITERARIA.

Precio de suscripcion en España, 24 rs. trimestre.

En el Extranjero 40 francos.

En Ultramar, 12 pesos fuertes.

Precio de los anuncios, 4 reales línea.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE LOS SEÑORES M. P. MONTAYA Y C.ª  
Casos, 1.